

ALFONSO IBERRI

# EL VIEJO GUAYMAS



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA





# EL VIEJO GUAYMAS



ALFONSO IBERRI

# EL VIEJO GUAYMAS



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA  
HERMOSILLO 1982



*Los capítulos de este libro  
fueron escritos entre los  
años de 1950 y 1951*

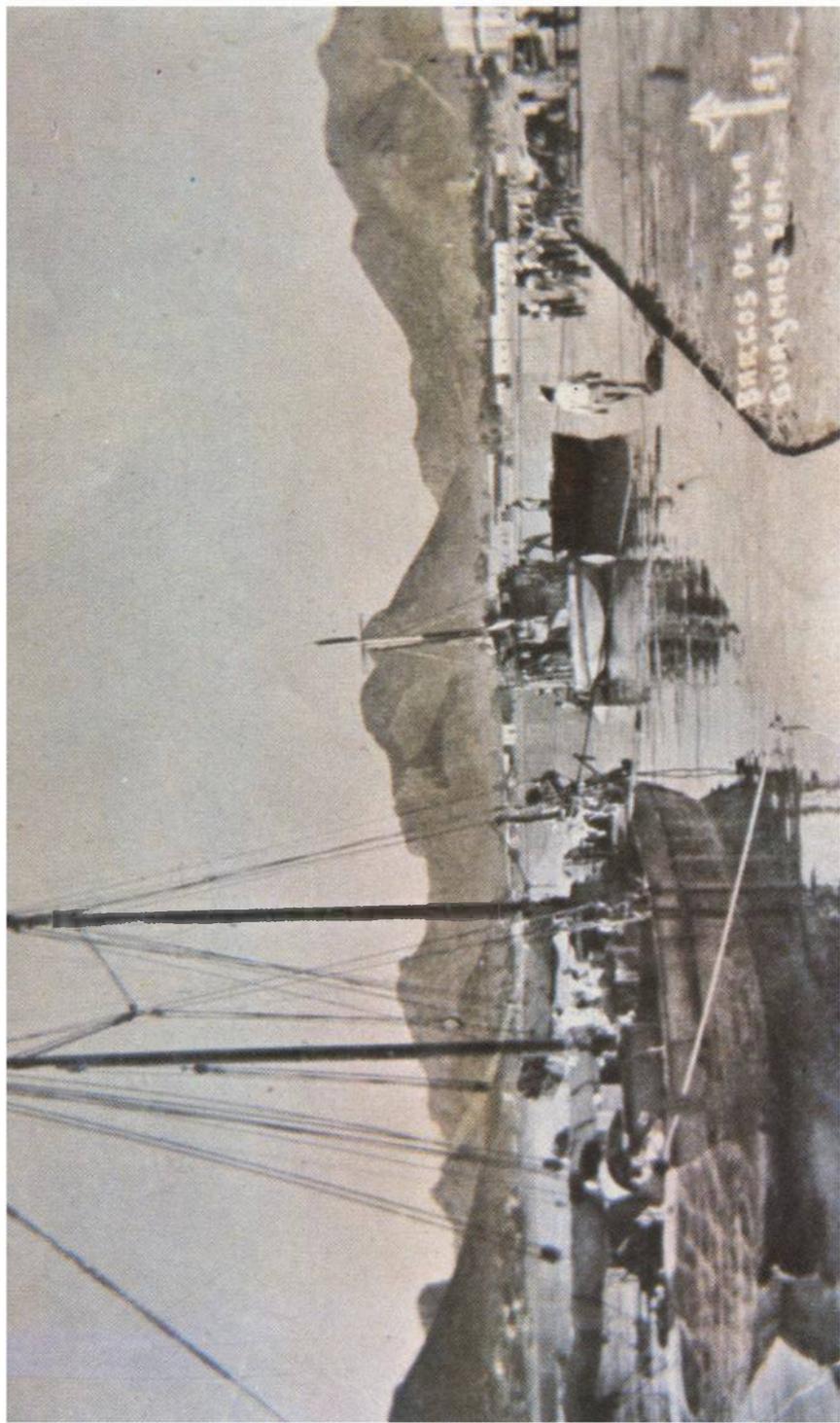


# Ilustraciones





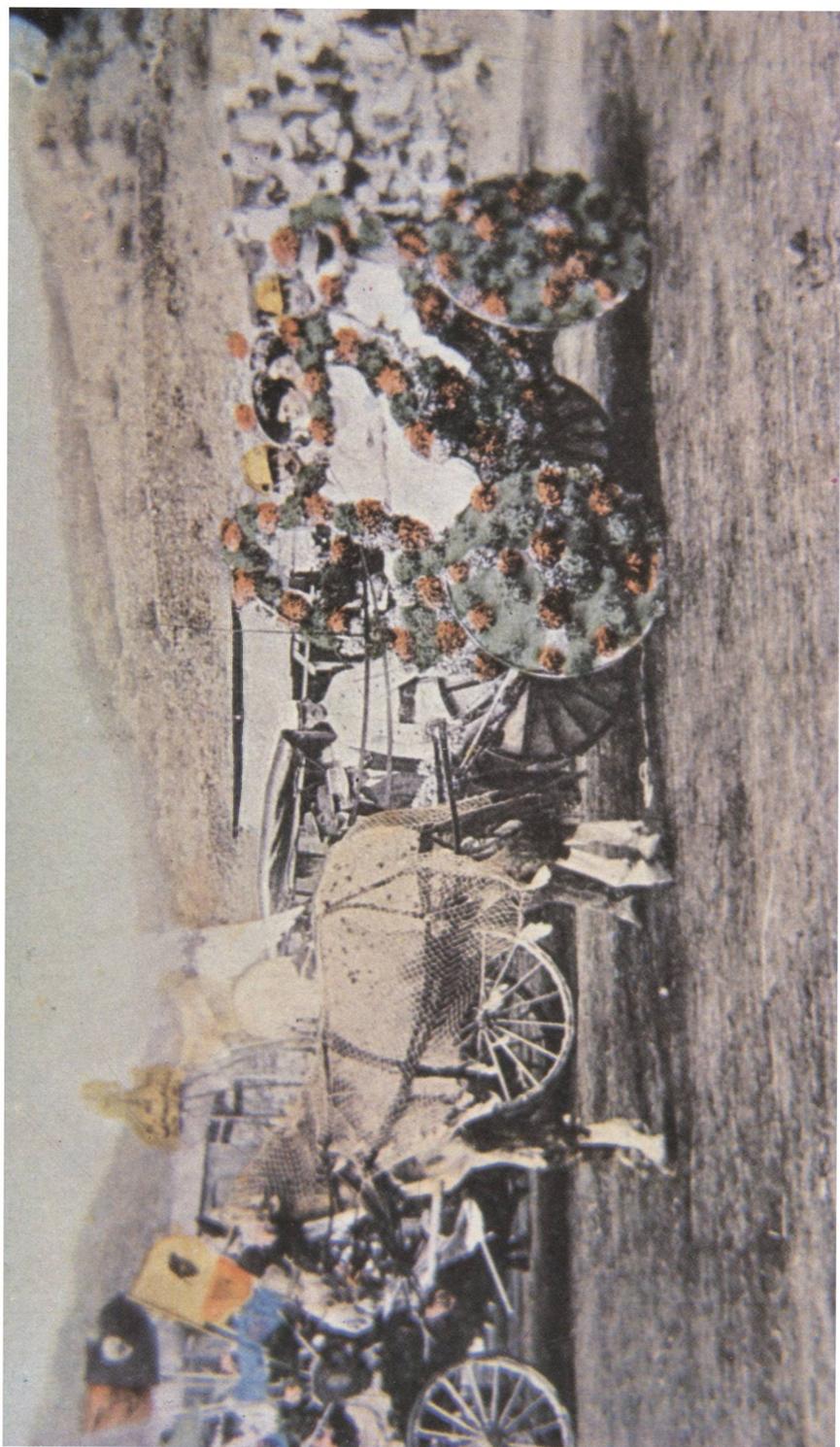
**Bahia en Guaymas. (Cortesia del Sr. José Alcaraz, Empalme, Sonora.)**



Barcos de vela. Guaymas, Sonora. (Cortesia del Sr. José Altaraz, Empalme, Sonora.)



Mendiga centenaria en Guaymas. (Cortesía del Sr. José Alcaraz, Empalme, Sonora.)



Paseo Carnavalesco en Guaymas. (*Cortisía del Sr. José Alcaraz, Empalme, Sonora.*)



Caballería ligera en Sonora. (Cortesía del Sr. José Alcaraz, Empalme, Sonora.)



## PRESENTACIÓN

Crónica, anecdotario, reseña familiar y personal, *El viejo Guaymas* de don Alfonso Iberri constituye un ameno y feliz recuento de una época dorada. En efecto, por sus páginas desfilan estampas de una comunidad pintoresca y próspera, en la que personas, cosas y sucesos se nos revelan en un peculiar trasfondo de luces y de sombras.

Don Alfonso Iberri nos lleva de la mano en este viaje por el pasado, imprimiendo a sus recuerdos el nostálgico acento de lo irrecuperable; la pesarosa conciencia de valores avasallados por el tiempo, pero fijos y permanentes en la memoria como todo aquello que es digno de perdurar.

El Gobierno del Estado de Sonora ofrece complacido esta nueva edición de *El viejo Guaymas*, agradeciendo a sus descendientes su amable anuencia para la presente publicación.

Hermosillo, Son., febrero de 1982.



## ALFONSO IBERRI Y EL VIEJO GUAYMAS \*

Una nueva y valiosa aportación a la paupérrima bibliografía sonorense. Se trata de la segunda edición de *El viejo Guaymas*, deliciosa obra escrita por el exquisito poeta, autor de versos inolvidables como "Los húngaros" y "Tarde de invierno" que recordamos con grata emoción, como los veracruzanos evocan algunas estrofas de Díaz Mirón y de Josefa Murillo; los coahuilenses de Acuña y los potosinos de Manuel José Othón.

La primera edición, con todo y su deficiencia tipográfica, se desvaneció todavía con la tinta húmeda. Trascorrido breve lapso después de su publicación, no podía encontrarse un ejemplar. Como el poeta no iba en pos de lucro, ni lo inspiró afán de notoriedad, con la mayor modestia hizo limitadísima edición. El autor decidió consignar por escrito y en libro hechos y cosas de su tierra, cuyo recuerdo debía perdurar. Se propuso hacer obra literaria semejante a la que realizaron don Antonio García Cubas y don Guillermo Prieto, dos escritores costumbristas que legaron a la posteridad muy estimable y amena información; y a fe que lograron su propósito, el uno en *El libro de mis recuerdos* y el otro en *Memorias de mis tiempos*, cuyas primeras ediciones son joyas bibliográficas. Así lograron dar vida imperecedera en la literatura patria a muchos hechos que habrían sido devorados, en la vorágine del tiempo, por el olvido, o lograron hacer perdurar una interpretación propia sobre tal o cual tema, o consignar la descripción de algún monumento, o darnos a conocer una institución juzgada interesante, ofreciéndonos siempre un des-

\* Tomado del libro *Episodios históricos sonorenses y otras páginas*. de Horacio Sobarzo, Editorial Porrúa, S. A., 1981.

prendimiento personal, supuesto que no fueron meros relatores ni fríos registradores, sino que en la forma literaria quedó embebido el espíritu, el juicio y el pensamiento intransferible, que dota a la producción de carácter, de estilo, de elemento inalienable, de vivencia permanente, digamos, para ser precisos.

Nuestro Iberri consignó sus recuerdos, observaciones y relaciones en libro, sin duda alguna con el ánimo de rendir tributo a su amado puerto, el viejo Guaymas, dando a conocer excelencias del pasado de su tierra natal cuando se sintió cerca del tramonto definitivo. Entonces pensó que el tiempo pasa como vendaval que deshoja y barre vidas humanas; que las vidas se van, pero los recuerdos quedan cuando el que se marcha los confió al papel; que cada hoja contiene un capítulo de historia.

Con estas melancólicas reflexiones da principio el poeta al libro de sus memorias sobre el viejo y querido Guaymas, el puerto que abunda en historia emotiva; que padeció el agravio de la holladura injuriosa de marinos norteamericanos, ingleses y franceses; el ultraje del saqueo pirático, capitaneado por un hijo ingrato del propio puerto; la conmoción angustiada del motín y del albazo militar; la inquietud de merodeos cruentos que conservaban al vecindario en angustiada y vigilante alarma; el sitio prolongado y calamitoso que lo mismo hostilizaba al forastero que al residente, al extranjero que al compatriota, a todos, tirios y troyanos; sobre el viejo y querido Guaymas, cuyo pueblo, con gallardía ejemplar supo escribir una de las páginas memorables de la historia vernácula, cuando el pueblo guaymense obtuvo un triunfo magnífico y supo decorarlo con la mayor dignidad. No se cegó con la victoria para dejarse llevar del exceso, como se ha estilado en todo tiempo, pues ora para satisfacer la vindicta pública siempre exacerbada por el apasionamiento irreflexivo, ora para efectuar la celebración del vencimiento, celebración inspirada por el mismo ánimo acerbo, matizado con tinte alegre, se acostumbra pedir cabezas, vidas, sangre, todo con abundamiento. El caso de Guaymas es ejemplar e inusitado y, conociéndose los detalles de su humanidad y su generosa actitud carente de todo resentimiento, aparece noble y caballeresco. Es cierto que se castigó con la última pena al aventurero a que nos referimos, es decir, al conde Gastón de Raousset-Boulbon,

pero tal pena la impuso el gobierno, siguiéndose los procedimientos del orden legal, con serenidad y sin festinación. Y el pueblo que había sentido en su propia carne la injusta e inmotivada agresión, presenció el sacrificio con gesto respetuoso y conmovido. Por ello afirmamos que el pueblo guaymense supo decorar su victoria, dado que *decorar* connota tanto adornar, embellecer con buen gusto, como con *decoro*, con dignidad, con elevado sentido.

Decíamos que el poeta consignó sus apuntes en un volumen con el ánimo de rendir un tributo a su amado puerto; y lo logró con creces escribiendo un historial honroso y grato que será siempre ejecutoria del solar nativo. Hizo historia de Guaymas, amena historia anecdótica; rindió pleitesía cordial al lugar paterno y nos presentó una semblanza del puerto, la cual nos da a conocer una condición superior de una colectividad selecta y fuerte, coordinada por la armonía y el bienestar.

Cómo va el lector espigando detalles aleccionadores. Guaymas, a principios del siglo, tenía la flota de marina mercante de mayores proporciones que ha conocido México. Todo ello debido a un hombre de singular talento y energía, don Luis A. Martínez. De Guaymas zarpaban los transportes sonorenses para recorrer toda la costa mexicana del Pacífico y parte de la vecina del norte, hasta la Alta California, conduciendo pasajeros y productos de nuestro Estado. En dicho puerto, grandes barcos alemanes descargaban sus bodegas repletas de mercaderías que eran enviadas a toda la región.

La obra del autor nos revela que a fines del siglo pasado y a principios del presente, en Guaymas existía una condición social avanzada. Había agrupaciones mutualistas de obreros, que gozaban de gran prosperidad, como la Sociedad de Artesanos y Obreros del Porvenir y la Sociedad Melchor Ocampo, y otros grupos como Unión de Mecánicos y la Sociedad José María Morelos.

En el Guaymas de aquel tiempo, al contrario de lo que se observaba en otras ciudades de la misma población, sumidas en el más lamentable marasmo, había gran inquietud por el problema educativo, por las letras y por el arte. En el año de 1890, en la escuela que dirigía el notable educador don Carlos Calleja,

se graduaron catorce profesores, entre ellos el propio autor. Existía una Junta de Instrucción Pública que propugnaba por el adelanto de la educación y estaba integrada por las personas más destacadas, ampliamente conocidas en el Estado y aun en la capital de la República, como don Fiacro Quijano, padre del distinguido hombre de letras don Alejandro Quijano; don Javier Arrangoiz; los generales José Guillermo Carbó, que fue jefe de la Zona Militar de Sinaloa, Sonora y Baja California; Juan A. Hernández y Diego M. Guerra; el abogado Carlos García Rojas, juez de Distrito; el doctor Prisciliano Figueroa, quien en cierta época desempeñó la gubernatura del Estado.

Y así vamos conociendo el Guaymas de antaño en que se mecieron las cunas, como dice el poeta, de tres presidentes de la República: don Adolfo de la Huerta, el general Plutarco Elías Calles y el general Abelardo L. Rodríguez (este último en los alrededores del puerto, en el pueblecillo inmediato y por ello llamado San José de Guaymas); el puerto cosmopolita, con numerosa población extranjera y gran intercambio marítimo, por lo cual daba la impresión de una ventana al exterior; el Guaymas de las mujeres hermosas, extraordinariamente hermosas, entre las cuales recuerda el poeta a tres que eran beldades, Czarina Iberri, Mercedes Espriú y Manuela Rivera.

—Estamos evocando sombras —dice el autor.

Sí, sombras actuales, pero que en la imaginación recobran con plenitud el portento de su belleza. He aquí la grata función del historiador que va reconstruyendo imaginativamente el pasado que vuelve a vivir y a veces se muestra redivivo, según la fuerza invocatoria del autor que a las veces es artista que dota de vida palpitante a las sombras del pasado.

El poeta, con su prosa ágil y amena, nos muestra un Guaymas sentimental, *dilettante* y aficionado a las letras, y nos da a conocer hechos ocurridos, lo mismo en su época que *más antes*, hechos que definen la condición superior del puerto natal y, desde luego, entrañablemente amado. Y nos cuenta cómo éste sabía disfrutar de refinamientos de la civilización que excedían a su categoría demográfica e inaccesibles, pensamos nosotros, para distintos pueblos de mayor población, tierra adentro.

El escritor recuerda el deleite que despertaba el teatro en

todas sus manifestaciones, desde la ópera con la insigne cantante Angela Peralta hasta el *género chico*. De tal manera que el guaymense solazábase con la música clásica interpretada por artistas de nombre; con el drama muy a la moda, de Echegaray y otros autores de la época; con la opereta de música accesible, pegajosa y juguetona, como *La Mascota* o las zarzuelas *La Verbena de la Paloma*, *El Rey que Rabió*, *La Marcha de Cádiz*.

Sin ninguna *adjetivación* ponderativa, con naturalidad, sin dejo alguno de satisfacción localista, el autor nos da a conocer diversos valores de Guaymas que, aunados, hacían del puerto una comunidad de elevada condición en aquel tiempo, en estas regiones remotas y apartadas, sin contacto con el interior del país, sin protección de la metrópoli, con todo y su inveterado centralismo. Y pese a su aislamiento nacional, Guaymas vivía una vida placentera, alegre, holgada y sana, pues su carácter de ciudad portuaria, su comunicación con el exterior y su propia marina mercante eran fuente pródiga de vida. Un pequeño mundo de existencia multiforme, con su pueblo laborioso y alegre, bien nutrido con todo género de mercaderías aportadas por un comercio opulento y con su espléndido Golfo de Cortés que ofrecía sin tasa su rica fauna y el máspreciado marisco. Allí se disfrutaba de grata armonía social movida por la inquietud de las artes y las letras que distingue y enaltece a la colectividad civilizada. Allí había poetas, como el autor, Alfredo Díaz Velasco, Alejandro Wallace y Miguel Campillo, festivo e ingenioso; músicos como don Víctor Salazar, don Enrique Astiazarán, doña Elvira von Gundell, mazatleca, pero entrañablemente guaymense.

Tal es parte de la impresión que nos ha causado *El viejo Guaymas*, escrito por el eximio poeta Alfonso Iberri.

Para terminar, hagamos este final comentario. En esta crónica nos referimos al memorable hecho de armas en que fue vencido el conde Gastón de Raousset-Boulbon. Pues bien, en este hecho, entre los defensores del puerto, se destacó por su valeroso comportamiento don José Lino Iberri, padre del poeta. La segunda edición que comentamos la ha patrocinado, como tributo a su amado Guaymas, don Alejandro Iberri, hijo también de don José Lino y hermano del autor. He aquí tres indi-

viduos de la misma familia que han servido a su pueblo y que han mostrado devoción a la tierra natal y en distintas formas han hecho labor meritoria.

HORACIO SOBARZO

# I

## EL VIEJO GUAYMAS

Pasa el tiempo como vendaval que deshoja y barre vidas humanas. Las vidas se van, pero los recuerdos quedan cuando el que se marcha los confió al papel. Cada hoja contiene un capítulo de historia. García Cubas nos dejó en las suyas el relato de sucesos y de cosas de su época. De igual modo, con las memorias de Guillermo Prieto, escritas en estilo descuidado, como su pergeño, y descontando las inexactitudes en que incurrió por sectarismo político, se salvaron del olvido infinidad de acontecimientos de importancia, o simplemente curiosos, así como los rasgos más sobresalientes de multitud de personajes interesantes.

Guardadas las debidas proporciones, nos hemos decidido a dejar en estas páginas, antes que la gran niveladora que se acerca a largos pasos nos reduzca a polvo, una evocación del viejo Guaymas; del viejo Guaymas donde en el último tercio del siglo pasado se mecieron las cunas de dos presidentes: Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta; del viejo Guaymas con su vigía que todas las mañanas escalaba el cerro de ese nombre, y ya en la cumbre, anunciaba la llegada de las naves que enfilaban sus proas hacia el puerto, con señales convenidas que indicaban su nacionalidad y su categoría; del viejo Guaymas con sus tipos pintorescos; con el gitano que al son de mugroso pandero, rodeado de curiosos, hacía bailar en la vía pública, al oso Nicolás o a la "changa" Juanita; con los zapateros chinos que llevaban sueltas o ceñidas a la cabeza las largas trenzas que les impuso la tiranía manchú; con el exchinaco de los "macheteros" del general Angel Martínez, apodado *El Diablito*, que en fun-

ciones de cabo de la policía recorría a caballo la ciudad, hundido hasta las cejas el sombrero gris de anchas alas, colgada a la acción amenazadora espada, y con *Chale*, el negro de "Las Delicias", que se casó con la hija de don Demetrio para dar a la mujer y a la patria varios hijos de charol.

De raza africana pura, del Congo o de cualquier otro semillero de esclavos destinados a América; pero nacido en los Estados Unidos, estaba al servicio del que fue primeramente Ferrocarril de Sonora; luego del Atchison Topeka y Santa Fe, y al finalizar el siglo del Sud Pacífico de México.

Vigilaba en "Las Delicias", a inmediaciones de la antigua huerta de Baco-chibampo, entonces de don Juan Basozábal, un pozo del Ferrocarril, que allí existió; pero los domingos, disfrutando del descanso concedido, se enfundaba en auténtico traje de charro, y jinete en caballo zaíno o alazán, que hacía cabriolas, se venía a la ciudad a lucir su indumentaria mexicana y la gallardía de su penco.

Así era el viejo Guaymas.

## II

### LA VIDA BARATA

El sueldo mensual que se pagaba al negro "*Chale*" no ha de haber excedido de sesenta pesos, ya que el de un tenedor de libros de casa principal raras veces llegaba a ciento cincuenta.

Pero sesenta pesos bastaban al negrito para sostener a su mujer y a su prole, y a su penco con buena ración de pienso, porque la vida en aquel tiempo era increíblemente barata. El yaqui tuerto y mutilado de la mano derecha por el uso de la dinamita en la pesca, que vendía ostiones en su concha, a real y medio el ciento, él mismo los entregaba en las puertas de las cocinas; la totoaba era considerada especie de calidad inferior, que desdeñaba el paladar menos exigente, acostumbrado a saborear la cabrilla, la mojarra, la langosta (todo baratísimo) y sólo se utilizaba en grandes cantidades, para remitirla en lanchas de vela, seca y adobada con sal, al puerto artificial de El Médano, en la desembocadura del Yaqui, para su venta en los pueblos ribereños guarnecidos por las tropas federales que se batían contra los indios alzados, y facturada por los comerciantes de aquí a los de allá, una vez implantado el sistema decimal, a razón de centavo y medio el kilo. No había impuestos, ni inspectores, ni *mordidas*, que la encarecieran. Vivíamos en Jauja. Una lata de legítimo salmón de Alaska valía tres reales, y tres la botella de vino tinto, de California.

En las fondas de la calle de *La Aguja*, la de *Pillón* o la de la *Goya* servían al parroquiano, por sólo una peseta, pierna o pechuga de pollo, aderezadas con ensalada de papas, rabanitos y

lechuga, y en las *menuderías*, que abundaban, por sólo un real, un gran plato rebosante del popular cocido sonoreense.

En el taller de zapatería ubicado frente al viejo caserón que se levantaba en el solar donde ahora está el Palacio Municipal, se cobraban solamente cinco pesos por el par de calzado de la mejor clase, de becerrillo y hecho a la medida, y únicamente doce reales por los gruesos zapatones de suela claveteada, resistentes y durables, que compraban los trabajadores de humilde condición en la fábrica de Tung Chung Lung, establecida en la finca que actualmente ocupa *La Casa Colorada*.

Así era el viejo Guaymas.

Nota: Ocho reales hacían un peso, y doce centavos y medio, un real.

### III

## LA VIDA EN EL MAR

Nuestras *pangas* no son probablemente otra cosa que las pancas filipinas, cambiado el nombre por una alteración de la fonética, al percibirlo el oído. En aquellos viejos tiempos vivían en Guaymas varios manilenses o sus descendientes: Luis Marcelino, que tejía fondos de bejuco, para sillas y poltronas, y una familia entera de aquella ascendencia. Les llamábamos los *Manilitas*, simplemente. Se marcharon a California, para nunca más volver, y aquí dejaron enterrado al padre, nacido en el remoto puerto isleño. El padre ha de haberse referido con frecuencia a las pancas de su pueblo, que sus contemporáneos guaymenses convirtieron en pangas, por error de percepción.

El agua de la bahía inundaba entonces grandes extensiones de terreno, hata llegar frente al actual Hotel Republicano, en cuyo edificio estaba instalado —despidiendo emanaciones de yodoformo y ácido fénico— el hospital del Ferrocarril; y en los días de tormenta, el rumor de las olas, que batían las dentadas rocas de la orilla, se oía claramente en el piso superior.

El mar cubría también las vastas superficies donde ahora se levantan veinte o treinta chalets y otras fincas con las que se estructuraron nuevas avenidas, y llegaba hasta el lugar donde después se fabricaron el Hotel Albín y las casas de Borgaro.

Formaba allí una especie de ensenada a cuyo margen se pudrían tres o cuatro barracas de madera tosca y se iban desplegando otras tantas casuchas de adobe o de ladrillo.

Habitaba una de éstas don Luis García, viejo marino que vivía de recuerdos y de evocaciones, y en la parte de su vi-

vienda que daba al sur, permanecía por largo tiempo inmóvil, en la arena, una *panga* que rentaba, por tres o cuatro horas, cobrando sólo real y medio.

Los patrones de los botes atracados junto al muelle impulsándolos fatigosamente a remo con ayuda de algún compañero del oficio, porque el motor de gasolina no se conoció sino muchos años después, llevaban a las familias o a grupos de excursionistas, a las islas del Almagre, y la de Pájaros, a Las Playitas, al Paraje Viejo o a la Cueva de San Vicente, por sólo cuatro pesos, y permanecían allí hasta la caída de la tarde, si habían salido al mediodía, para traerlos de regreso sin ningún cargo extra por la espera.

El *Pai*, viejo botero, hoy casi inválido, cercano a los 80, recuerda, suspirando, aquellos tiempos, y asegura que con la cuota que cobraba por las excursiones y por el transporte de pasajeros a los barcos anclados lejos del muelle, ganaba lo suficiente para no sufrir penurias.

La comunicación marítima con El Médano o con Mulegé, en la Baja California, se establecía únicamente con lanchas veleras que, según el tiempo bueno o malo, hacían el recorrido en una noche o en varios días, capeando difícilmente el temporal, cuando se desataba.

Mulegé era entonces pueblo próspero. Establecidos en él varios comerciantes acaudalados, mantenían tráfico frecuente con nosotros. De aquí se les mandaban mercancías de diversas clases, y de allá nos venían, en zurrones de cuero de vaca, higos, dátiles y pasas exquisitos, así como ricas aceitunas en barriles.

En 1911, el ciclón que se abatió sobre Guaymas lo azotó también; muchas huertas desaparecieron o quedaron semiarruinadas; por efecto de la inundación o quedaron semiarruinadas; por efecto de la inundación se formaron charcas cenagosas, y apareció el paludismo con todas sus terribles consecuencias, incluyendo la despoblación.

Todos los meses, en día fijo, entraba en la bahía un vapor norteamericano, de San Francisco: el *Newbern*, el *Willameit Valley*, el *Orizaba* o el *Curacao*, que fue el último. Llegaban con las bodegas atestadas de cajas de manzanas frescas y rojas, de papas y de cebollas; con barricas de vino rojo, Clarete o Zinfandell,

procedentes de los viñedos de California; con grandes piezas de sabroso queso; con latas de salmón y de sardinas, y otra multitud de comestibles de la más depurada calidad; unos para el consumo local, y otros para ser reexpedidos en furgones, al interior del Estado, por ser éste el puerto distribuidor.

Así era el viejo Guaymas.

## IV

### LOS GRANDES BARCOS ALEMANES

La producción de arroz en Sonora fue nula hasta entrado el siglo XX; de suerte que el cereal lo recibíamos, primeramente de China, en curiosos fardos de esterilla, atados con tiras de bejuco, por las vías marítimas y de San Francisco, y después, del estado de Colima, embarcado en Manzanillo.

El antiguo territorio de Tepic nos abastecía de tabaco, de puros de Compostela y de azúcar de "*La Escondida*," procedente del ingenio de ese nombre, y nos la traían pailebotes que recorrían el litoral, impulsado el velamen por el viento. Se recibía cubicada o en pilón, y del pilón, que tenía la forma de un cono rematado en punta aguda, los dependientes de las tiendas de abarrotes arrancaban ágilmente, con hacha de mano, los terrones que en seguida llenaban los cartuchos de papel de estraza.

La llegada de los pailebotes era acogida con júbilo por el vecindario, seguro de que no carecería de dulce para su café y sus golosinas; pero nada despertaba mayor alegría ni interés mayor que el arribo de las grandes barcas alemanas, de cuatro palos, que con las velas desplegadas entraban por el Golfo de Cortés, tras dilatada navegación desde Hamburgo.

Como el canal de Panamá no se abrió al tránsito sino hasta en 1914, antes de ese año la comunicación marítima de Europa con los puertos mexicanos del Pacífico, era larga y tediosa, pues para llegar hasta ellos, las naves veleras, después de atravesar el Atlántico, entraban por el Cabo de Hornos, en el extremo meridional de la América del Sur, sacudido con frecuencia por fu-

riosas tempestades, y con sus diez o doce tripulantes anclaban en Guaymas tras un recorrido hasta de seis meses.

Del propio puerto de Hamburgo traían sus espaciosas bodegas repletas de artículos de la más delicada manufactura, nunca igualados por los que de los Estados Unidos nos llegaron más tarde: vajillas de cristal, de loza o de porcelana; utensilios de cocina, con esmalte o sin él; cuchillería y otros mil de insuperable calidad; de los mejores telares del mundo, lino inglés cargado en Liverpool, con el que se confeccionaban prendas íntimas de ropa, sábanas y fundas para las personas de gusto delicado y en condiciones de adquirirlo; piezas de loza tan finas, como no se han vuelto a ver; dril de tejido compacto y mucho más elegante y durable que el "palm beach" o cualquiera otra tela de verano puesta en boga muchos años después; ricos vinos de Burdeos, coñac, y champaña de la viuda Clicqot, recogidos en El Havre; exquisitas carnes y mariscos en conserva, y hasta velas de estearina en pequeños paquetes de cartón azul. A veces, cargamentos de ladrillo refractario y de cemento.

De las barcas, los bultos recibidos, por centenares y millares, eran llevados al almacén de la aduana para ser despachados por el vista don Pedro Garay don Guillermo Artigas, o algún otro en un plazo de semanas tras semanas.

Los cargadores de la cuadrilla de Sixto abrían cajas, desataban fardos, agujereaban barriles para hacer la revisión en presencia de los "aduaneros" encargados de observarla: Luis G. Robles o Julián E. León o Francisco Ramonet, por la casa de Zenizo; el *Chino* Maytorena, por la de Moller; Vicente Bernal o Fortino Vizcaíno o Francisco González Rubio, por la de García, Bringas y Compañía; Manuel Castanedo (hijo) o Juan Oller o José Larroque o Arnulfo Peralta, alias *El Cabo*, por la de Martínez; Alberto Clausen o Manuel Santaella, o Eduardo Castellanos, por la de Iberri; Félix Ceballos, por los chinos; Jesús Preciado, por Astiazarán Hermanos; Joaquín Ibarra, por la de Morales; Joaquín Astiazarán, por la de Aguilar; Francisco Seldner, por la Mercería de la Paz; Celso Sierra, por la de Bastón, y Salvador Díaz o Diego de la Peña, por la casa de Pedro Cosca y Compañía.

Tras de muchos días, se llegaba al fin, y el final reservaba a

los cargadores lo mejor de todo lo esperado, inclusive el pago del jornal, pues por acuerdo de los destinatarios, el último bulto era para ellos: casi siempre la caja más voluminosa y pesada, llena de mercancías de diversas clases, que se distribuían entre sí, una vez abierta.

Por quién sabe qué proceso de comparación mental, la llamaban *la viuda*, y con ella en hombros de los más vigorosos, recorrían la calle Real o Principal (hoy avenida Serdán) con manifestaciones de regocijo y estallido de cohetes, hasta el lugar donde *la viuda* les entregaría su tesoro.

Así era el viejo Guaymas.

## V

### LA FLOTA DE MARINA MERCANTE DE MAYORES PROPORCIONES QUE HA CONOCIDO MEXICO

El *Newbern* o los vapores que lo reemplazaron llegaban siempre en día fijo cada mes, y echaban el ancla exactamente a las cinco de la mañana. Además de las mercancías de California mencionadas en el capítulo anterior, nos traían artículos del Oriente, recogidos en San Francisco, donde primeramente se habían recibido por la vía transpacífica: pimienta y clavo, especia de la India; canela de Ceylán, alcanfor del Japón; té de China, y de este último país, mantones de seda, primorosamente bordados; abanicos de varillas de marfil; curiosos artefactos de bambú; cajitas de laca de la más fina y acabada confección; salsas y yerbas aromáticas, importadas por los hijos del lejano imperio, para dar sabor a sus exóticas viandas, y, con ellas, frutas y confituras sólo allí producidas, y plantas acuáticas de flores blancas que crecían entre piedras, para obsequiarlas a amigos y parroquianos de sus tiendas en el primer día de su año lunar, que nunca caía en igual fecha y difería del nuestro, adoptado al proclamarse la república de Sun Yat Sen.

En 1906 —hace la friolera de cuarenta y cinco años— cuando el Sud Pacífico de México empezó a extender su línea al sur, con obreros mexicanos y rusos del imperio de los zares, bebedores insaciables de mezcal, a cambio del vodka de su patria, comenzaron a llegar, uno tras otro, vapores ingleses y japoneses de gran tonelaje; los primeros, con rieles de los Altos Hornos de Vizcaya, y los segundos, con durmientes creosotados para

prevenir las picaduras; de Australia, otros vapores con enormes cargamentos de carbón, y de Portland o de Seattle, veleros con madera para puentes, con lo que en la carga y descarga de esos materiales se ocupaban centenares de trabajadores.

Desde pocos años antes, Guaymas fue la base de la flota mercante de mayores proporciones que en toda su historia ha conocido México, formada por once vapores de carga y pasajeros, que navegaban entre Salina Cruz y este puerto, y que algunos de ellos extendían a veces el recorrido hasta San Diego, California; el *Gral. Ignacio Pesqueira*, de 3,163 toneladas brutas; el *Ramón Corral*, de 1,530; el *Manuel Herrerías*, de 781; el *Bonita*, de 571; el *José Ives Limantour*, de 592; el *Benito Juárez*, de 593; el *Unión*, de 218; el *Carmen*, de 187; el *Victoria*, de 220; el *Gral. Mena*, de 110, y el *Culiacán*, el más pequeño, de 84.

En esos vapores, requisados por las autoridades militares dependientes del gobierno del general Huerta, el 16 de julio de 1914 evacuaron esta plaza las fuerzas federales que la guarnecían, al mando del general Joaquín Téllez, que perdida su investidura militar murió en México, siendo empleado del Correo; y al triunfar la revolución constitucionalista, la flota se dispersó, desapareció y nunca volvió a haber otra netamente mexicana o extranjera, igual o parecida en nuestras costas. Casi en su totalidad, los capitanes de esos barcos eran españoles, que también se dispersaron, excepto uno de ellos, Sanmartín, que en el puerto de Salina Cruz, a bordo de su nave, cayó acribillado a tiros por un destacamento federal, que abrió fuego sobre ella cuando ejecutaba una maniobra que interpretó como intento de fuga.

La flota, de una fuerte compañía, fue creada y dirigida, en gran parte, por don Luis Martínez, hijo de un abogado duranguense que ejerció su profesión en esta tierra, y de una dama prócer, de la familia Pesqueira, doña Lupe; pero él inició su carrera pobremente, como empleado inferior de la Capitanía de Puerto, de donde le vino su afición a las empresas marítimas. Fue un *self made man*, como se dice en inglés.

Así era el viejo Guaymas.

## VI

### LAS TIENDAS DE ROPA

Todas las tiendas de ropa estaban atendidas únicamente por hombres. En aquel tiempo ninguna mujer desempeñaba empleo en ellas o en oficinas. Su abstención era completa y nadie habría podido concebirlo de otro modo. Solamente una que otra solterona o viuda pobre estaban al frente de algún pequeño tendajón donde vendían desde plátanos hasta chorizos, desde pinole y pamita hasta mangos o piñas: la *Giiera* Dominga, doña Sara de Lozano, *La Sombrerera* y otras más o menos populares, entre ellas las Cervantes, famosas por las empanadas y *coyotas* de su panadería, que los parroquianos buscaban a toda hora en su establecimiento de la actual calle 22, donde está la funeraria de la Sociedad *Agustín A. Roa*.

Las tiendas de ropa eran "La Moda", de don Juan R. Moller, que de una parte de la casa donde se levanta ahora el cine Alameda, se trasladó al solar donde había una finca chaparra, en el cual se construyó después el edificio de la sucursal del Banco de Sonora, en la calle Principal; la de Wolf, donde ahora tienen la suya los Murillos; la de Aguilar, como parte de los grandes almacenes de que se hablará después; las de García, Bringas y Compañía, y la de don Pedro Cosca y Compañía, anexas igualmente a almacenes importantes; la de los hermanos Antonio y Mariano Ricaud, y la de Horvillieur y Save. Horvillieur era judío de origen francés, y francés por los cuatro costados, Antolín Save (tenía voz atiplada y ligeramente torcida la nariz). A principios de este siglo, ya asociado con don Alberto Villedent, se retiró de los negocios, se marchó a su patria y compró en ella

un viejo castillo donde padeciendo larga enfermedad, vivió hasta que se lo tragó la tierra.

Todos los dependientes de tiendas eran jóvenes de modales finos, siempre con la sonrisa en los labios, sin dar señales de fatiga o de hastío a pesar de que seguían despachando hasta después de las ocho de la noche, de pie detrás del mostrador: Aníbal Mancini, Guillermo Escalante, Tomás Petersen, Fernando Grijalva, José Túa, Guillermo Arrótegui, Max Cohen, José Hamburger, Ricardo Campillo, Bernardino Ibarrola y otros muchos. De los mencionados casi todos han muerto. Sólo sobreviven don Aníbal Mancini, ya octogenario, que aún trabaja y se gana decorosamente la vida; Bernardino Ibarrola, que acumuló gran caudal en negocios emprendidos varios años después y que es ahora banquero prominente en Nogales, y el amigable y popular Max Cohen.

El caso de José Túa es singular: cuando se clausuró la tienda donde servía, recibió una indemnización monetaria; se marchó de paseo a México, y regresó tras varios meses de ausencia, enteramente transformado. La vida y las costumbres metropolitanas lo cautivaron de tal modo, que ya en su tierra provinciana continuó usando prendas de lechugino de allá, y todas las tardes recorría las calles de mayor tránsito, esbelto, erguido, enfundado en levita negra de largos faldones, que cuadraba bien con su apostura y fino trato; cubierta la cabeza con alto sombrero de copa, empuñando un bastón y despertando la curiosidad del vecindario. Transcurridas algunas semanas, decepcionado o enfermo, se encerró en su casa, y no volvió a salir sino hasta que se lo llevó la muerte al cementerio.

Así era el viejo Guaymas.

## VII

### LOS GRANDES ALMACENES

Los grandes almacenes de Aguilar y de Moller (G. Moller y Compañía Sucesores) superaban, por la cuantía de sus bienes, a los más importantes del Estado. Su bodegas estaban repletas de las más variadas mercancías: piezas de paño, de casimir, de terciopelo, de dril, de mezclilla, de manta, de telas de todas las clases; rimeros de sacos de café, de harina, de maíz, de arroz y de frijol, artefactos para todos los usos; cajas de champaña, de vino de Burdeos, de coñac; damajuanas y cantimploras.

En el primero, instalado en el grandioso edificio de la calle Principal, que ya bien entrado este siglo dio albergue a una escuela oficial y en estos días está siendo adaptado para hotel,\* uno de sus departamentos, decorado y amueblado ya no sólo con elegancia, sino con suntuosidad, lo ocupaba la familia de don Agustín Bustamante, socio de la casa, con don Cayetano Iñigo que, como él, viajó largamente por Europa.

En este departamento se alojaba principescamente, cuando venía à Guaymas, el gobernador don Ramón Corral; y allí se hospedó cuando, siendo ya vicepresidente, en 1904, hizo una visita al puerto.

Don Cayetano, que atendía, como jefe, las labores de escritorio, tuvo que retirarse por seria enfermedad, y lo substituyó en sus funciones don Fernando Montijo, sobrino de don Agustín, de talento claro y de esmerada educación. Muchos años después, al liquidarse el negocio, se marchó a San Francisco,

\* Cuando se imprimió este libro era ya el Hotel *Casa Grande*.

California, domiciliándose en Berkeley, donde falleció. Don Agustín, correctamente vestido, así en el invierno como en el verano, auxiliado por varios dependientes se entendía con las ventas al mayoreo. Originario del pueblo de Bacoachi, en el distrito de Arizpe, muy joven vino a Guaymas donde se labró envidiable fortuna, identificándose desde luego con la vida social porteña; pero sin abandonar un viejo hábito: el uso del eslabón, el pedernal y la mecha guardada en casquillo de plata para encender el cigarro de las Ortegas, de Bretado o de las Ocaranzas, que los hacían con tabaco de Oposura o de Tepic, envuelto en papel amarillo, parecido al de estraza y a veces en delgadas hojas de maíz.

De igual o mayor importancia era la casa de Moller, ubicada en el extenso solar que hoy ocupa el cine Alameda. Su jefe, don Carlos Busjaeger (se pronunciaba Buciega), era típicamente alemán. Se contaba de él que había sido oficial de dragones en su patria y que había combatido en Francia contra los ejércitos de Napoleón II, el año 70.

Los empleados del escritorio eran, en su mayor parte, alemanes, como él, y mexicanos casi todos los del almacén; en los primeros años unos, y otros después: Alejandro Lubbert, Julián E. León, Miguel Verdugo, Arturo Escalante, Antonio Escobosa, Vicente Pompa (*Pompita*, por su bajísima estatura), Ignacio Valenzuela, Luis G. Félix, Enrique von Borstel, Alejandro Díaz, Miguel Denegri, José Lozano, Otto Benson, Antonio y Adalberto Astiazarán, Jesús Hernández y Alberto Maytorena.

El último, guaymense de 85 años de edad, que en 1884 entró a servir en la casa y continuó en ella hasta su desaparición, nos ha dado cuenta de los precios a que en ella se vendían, al mayoreo, los artículos que se mencionan en esta lista prosaica; pero necesaria para establecer comparaciones.

La manta, desde diez hasta diecisiete centavos el metro; el lienzo del país, a trece; el inglés, a veinticinco; el casimir de fábricas mexicanas, a catorce reales y a tres pesos y medio el de mejor calidad; el inglés o francés desde cuatro pesos y medio hasta siete y medio; el carranclán, a catorce centavos y medio, si era del país, y a veinticuatro el norteamericano; los calcetines, desde un peso y medio hasta siete pesos la docena; y las camisas

de pechera almidonadas a dos pesos cada una. Un buen sombrero se vendía en cinco pesos y si era *Stetson*, en ocho o diez a lo sumo.

Por un peso se daban diez metros de indiana del país.  
Así era el viejo Guaymas.

## VIII

### CARRETADAS DE DINERO

Hasta allá por el noventa y tantos, cuando no circulaban todavía los billetes de banco; varios años antes de que en este puerto comenzaran a operar la sucursal del de Sonora, a cargo de Mr. Heap, súbdito inglés; la del Banco Nacional de México, cuyo gerente, don Fernando Ursáis, cubano o yucateco, probaba varios años después los sinsabores de la pobreza, y la del Occidental de México, dirigida por don Horacio Bonzi, italiano de orgulloso porte, que fue a acabar sus días en alguna nación de la América del Sur, todas las situaciones de fondos, por medio de letras de cambio, así a los Estados Unidos como a Europa, como al mismo México, se hacían por conducto de las casas de Moller y Aguilar; pero muy particularmente de la primera que representaba a la Compañía Francesa de *El Boleo*, y a la que se llevaba el dinero destinado a la compra de giros, en gran número de bolsas de lona, con mil pesos cada una, en carretas que caminaban lentamente, al paso de las mulas, sin ninguna vigilancia porque la seguridad era absoluta. Absoluta era también la confianza que se depositaba en la casa compradora, de tal suerte que el cajero Enrique Kuhlman, que recibía el importe de las letras que se le pedían, no tenía para qué contar el dinero recibido, seguro de que no habría un solo peso falso entre los quince, o veinte, o treinta mil del total, y se limitaba a darles entrada, calculando el monto por el peso de los sacos.

De los derechos de importación de mercancías que en no pocos casos representaban sumas cuantiosas, el dinero era lle-

vado de igual modo a la aduana; pero allí sí lo contaba minuciosamente el cajero, por requerirlo su obligación oficial.

El edificio aduanero era un antiguo caserón, construido probablemente cuando Guaymas comenzó a poblarse; tenía amplias arcadas interiores que revelaban su arquitectura colonial, y se levantaba en el solar donde ahora se yergue, en mármol blanco, la figura del general Yáñez, incluido el terreno de la plazoleta.

En aquel tiempo era el administrador don Evaristo Valdéz, de vista tan cansada que a duras penas podía leer el contenido de los documentos que le llevaban para que los autorizara con su firma. Se retiró del servicio, seguramente jubilado, y fue a morir en Mazatlán, completamente ciego.

La contaduría estaba a cargo de don Luis G. Aragón cuyo nombre, en letra de calígrafo, rubricado con una raya larga, aparecía al lado de la de don Evaristo; y al frente de otras mesas trabajaban jóvenes sumamente conocidos y estimados: Enrique Acosta, cantante de excelente voz de barítono, ceremonioso y de ademanes teatrales, que muchos años después se marchó a California donde fue uno de los primeros mexicanos que desempeñaron papeles en películas del cine mudo, y que, ya octogenario, falleció en Los Angeles; Trinidad Gómez, *Gomitos*, como todos lo llamaban, que dejó su empleo y se estableció en Nogales, como agente de su ramo, y Franciso de P. Mendoza, alto, anguloso, asistente puntual a sus labores, como todos los demás, que abandonó también el campo de la burocracia, se estableció como comerciante en Agua Prieta, y reunió una gran fortuna.

Así era el viejo Guaymas.

## IX

### EL SACO, PRENDA INDISPENSABLE

Ningún jefe o empleado de oficina pública permanecía en ella en mangas de camisa. Todos, sin distinción, portaban saco, aún en lo más riguroso del verano, y con esa prenda de vestir, que completaba su atuendo, se diría que le daban al empleo seriedad y respetabilidad.

En cambio, en las oficinas particulares, los empleados se despojaban de ella para trabajar más desahogadamente; pero volvían a ponérsela para salir a la calle, al terminar sus labores, y a ninguno de ellos se le veía sin cuello y sin corbata.

Las camisas eran, generalmente, de pechera almidonada con puños postizos que cerraban mancuernillas de concha o de metal, y los cuellos, o bien, *de pajaritas*, o altos, lisos, duros, rígidos, tan altos que mantenían ligeramente levantada la cabeza. Los llevaba así el doctor Vera Becerra cuya natural caballerosidad le ganó muchos amigos, y quien, por allá en 1921, después de haber ejercido su profesión en Alamos y en Texas, pasó a México y abrió su consultorio en Azcapotzalco, donde quietamente falleció.

En la tarde, los empleados de escritorio de las casas de comercio, de los bancos o de otras oficinas, cuando estaban libres, de dos en dos o de cuatro en cuatro tomaban un carruaje tirado por caballos, el de *El Guavesi*, *El Pistolón*, *El Torote*, *El Querubín*, *El Gringo*, o algún otro, y mediante el pago de un peso por la hora, a escote, recorrían las calles donde vivían las muchachas bonitas, novias o en camino de serlo, que, asomadas a las venta-

nas, o sentadas en sillas colocadas en la acera, los miraban pasar y correspondían, sonriendo, a su saludo.

En los jóvenes de mejor posición económica y social, eran prendas habituales, los domingos, en los días del invierno, el jaquet negro, el bombín y el calzado de charol, y en el verano, pantalón de dril, saco de alpaca o de casimir azul y *carrete* o jipijapa; y con jaquet, acudían a los bailes provistos de cuello de repuesto, para cambiarlos a medida que los ajaba el sudor.

Había dos prósperas agrupaciones mutualistas: la Sociedad de Artesanos Obreros del Porvenir, en la calle de La Cantera, hoy avenida Yáñez, y la que llevaba el nombre de Melchor Ocampo, frente al costado sur de la cárcel. Dábanse en ambas, fiestas rumbosas, y eran, en su mayor parte, los concurrentes a ellas, representantes de todos los oficios: peluqueros, sastres, albañiles, tipógrafos, mecánicos, pintores, carpinteros, y muchachas elegantes con sus madres o parientas, atendidas gentilmente por los hombres cuyo traje, con excepción del jaquet, no difería en cuanto a corte y calidad, del uso por los jóvenes *de la pomada*, que se reunían con ellos en términos de la mayor cordialidad.

Así era el viejo Guaymas.

## X

### LAS TRES MUCHACHAS MAS BELLAS

Un periódico, cuyo nombre se nos pierde en algún rincón de la memoria, abrió un concurso de belleza. Declinaba el siglo XIX, y la atención del público se concentró en tres de las muchachas más bonitas, de la alta sociedad: Czarina Iberri, Mercedes Espríu y Manuelita Rivera, de tipo criollo las tres, de cutis terso, limpio, blanco, ligeramente empolvado, sin afeites, porque en aquel tiempo la pintura para las mejillas y los labios estaba reservada, en general, a las mozas del partido y era sello que las distinguía de las mujeres decentes.

Czarina vivía con sus padres, en su casa de la calle del Muelle, cerca del Hotel Almada; casa que era alegre jardín y sonora pajarera, llena de las más variadas flores: rosas, jazmines, bugambilias, nardos, claveles y gardenias que embriagaban con su aroma; de canarios y jilgueros, y clarines de la selva cuyos trinos deleitaban el oído; de *verdines* de tierras del sur y de cenizontes cuyo canto musical de inflexiones que arrobaban, justificaba plenamente el nombre de cuatrocientas voces, con que al ave de sus bosques bautizaron los aztecas.

Joven, alta, esbelta, de grandes ojos azules, cuyo encanto realizaba las pestañas naturalmente rizadas, Czarina, en una de las bodas más suntuosas de aquel tiempo, unió sus destinos a los de Miguel Denegri, y del matrimonio nació un hijo que no pudo conocerla, porque a los dos años de su nacimiento, ella murió. El hijo es Manuel I. Denegri, Manuelito para sus contemporáneos; diplomático de brillante carrera, ministro de Mé-

xico en Italia, en Dinamarca y en El Salvador, y actualmente embajador en Costa Rica.

En la amplia y ventilada casa de su tía, doña Jesús Ocegüera, ubicada en el solar donde ahora se levantan las fincas de don Gabriel Milhe y de don Hernando de Cima, Merceditas vivía al lado de ella. Cortejada por innumerables pretendientes que aspiraban a conquistar su cariño y hacerla su esposa, al fin de tanto asedio se decidió por Carlos Félix, que habiendo sido agente de la Cía. del Express, después emprendió negocios por su cuenta. Ambos han muerto.

Estamos evocando sombras.

Con su tío don Alberto Rodríguez perpetuo tesorero del Ayuntamiento; con su mamá, doña Victoria, viuda respetable, de limpia cepa cristiana, y con sus hermanas, de continente y modales distinguidos, Manuelita vivía en su casa solariega de la calle de La Cantera, hoy hospedería, restaurante y propiedad de Oscar Rodríguez.

Deslumbrante de hermosura, contrajo matrimonio con don Adolfo Bley, de ascendencia israelita, de nacionalidad alemana y próspero hombre de negocios: se ausentó con él y a su lado estuvo hasta que lo sorprendió la muerte siendo ahora la única superviviente de las tres lindas muchachas que contendieron en la justa galante del periódico.

¿A quién de ellas favorecieron las votaciones?

Vuelve a flaquear la memoria y la respuesta es indecisa; pero entre las brumas del recuerdo, como en tres facetas de un diamante, resplandece la belleza de las tres.

Así era el viejo Guaymas.

## XI

### LA BANDA DEL REGIMIENTO

En estos relatos nos desentendemos del orden cronológico, y así, retrocedemos en el tiempo para continuarlos.

Varios años antes de aquel célebre concurso, en 1887, estaba Guaymas en constante ebullición con la llegada y salida de las tropas federales destinadas a la campaña del Yaqui, que pasaban revista ante el jefe de las armas, don Diego M. Guerra.

Don Diego era, probablemente, de esos hombres de humilde condición que iniciaron su carrera militar, desde soldados, en revoluciones o pronunciamientos, y que grado por grado, sin nociones de estrategia pero exponiendo la vida, alcanzaron el generalato.

Blanco de murmuraciones por la profusión de brillantes que portaba, y resplandecían en el alfiler de la corbata y en los dedos de las manos, y aun (se cuenta) en las hebillas que sujetaban su calzado bajo, de fina cabritilla; de edad madura, con arrestos de Tenorio, pero sin que se le conociera otro vicio que el del juego, que ya en la ancianidad lo arrastró a la pobreza, era asiduo concurrente a la única plaza de entonces (la del 13 de julio) en las noches en que en ella daba audiciones de música selecta, la banda del 110. regimiento.

La banda, de más de treinta miembros escogidos y correctamente uniformados, se trasladaba a la plaza desde su cuartel con sus atriles y sus instrumentos, y como la ciudad carecía de servicio de luz eléctrica, y el alumbrado con faroles de petróleo era sumamente defectuoso, los músicos, para distinguir con claridad las notas del papel que tendrían ante sí, llevaban ajustadas

a la parte delantera de la copa del chacó, lamparitas con aceite y mechas que encendían desde su salida del cuartel en formación marcial y con repiqueteo de acicates.

Allá, por 1908, uno de los músicos mejores de la banda, Mauricio Jara, dado ya de baja, era oficial de peluquería en la mejor de Chihuahua, y recordaba complacido su larga permanencia en Guaymas, como miembro de su corporación.

El general Guerra bien puede haber carecido de la cultura que se abreva en la escuela o en los libros; pero no de gusto artístico, y así pudo comprobarse con motivo de que, por su iniciativa y con su ayuda, los músicos de la banda que tenían mejores condiciones para el canto, y sus mujeres, en iguales circunstancias, formaron un cuadro de zarzuela que en el viejo Teatro Alvarez, substituido por el hoy ya decrepito Escobedo, representaba las obras de aquel género más en boga, ante las más distinguidas familias de la sociedad, que ocupaban lunetas y plateas, y un público heterogéneo y numeroso, en los palcos y la galería.

Una de las zarzuelas más gustadas y aplaudidas, y mejor representadas, era *Marina*, la célebre comedia musical de Arrieta, en cuyo desempeño se lucían los mejores elementos del cuadro, para quienes los espectadores reservaban las más grandes ovaciones y a las que ellos correspondían inclinando, emocionados, la cabeza, mientras el general animador se regodeaba lleno de satisfacción.

Así era el viejo Guaymas.

## XII

### UN ANTIGUO CEMENTERIO

Uno de los más importantes acontecimientos como signo evidente de progreso, en la vida de nuestra ciudad, lo constituyó, en 1898, la inauguración del alumbrado eléctrico, con el cual desaparecía, para siempre, el anticuado y deficiente que daban las lámparas de petróleo.

El acto, al que se dio extraordinaria brillantez, lo apadrinó el gobernador Corral, y se celebró con una fiesta espléndida en el Hotel Almada, profusamente iluminado con los focos estrenados. Era general el regocijo.

Para la generadora, una fábrica de hielo, otra de fósforos y clavos y un expendio de maderas, de la misma empresa, se construyó el edificio de piedra tal como está en pie.

En aquel terreno había un cementerio, un antiguo cementerio, ya sin tapias si es que alguna vez las tuvo, lleno de sepulcros en gran parte abandonados, y en ellos, las cajas de cedro que habían resistido los embates del tiempo y de la carcoma y que guardaban las osamentas de muchos vecinos cuyas vidas segó el cólera morbo que allá, por el cincuenta, asoló a toda la República. Osamentas trasladadas, con las otras, al ahora llamado cementerio viejo, entonces nuevo.

En aquel tiempo, a los muertos no se les sepultaba en hoyos abiertos en la tierra, como ahora, sino que en la misma tumba, asentado sobre bases de uno o dos pies de altura, era colocado el ataúd con los restos del finado.

Los años no habían transcurrido en vano, y muchas de esas tumbas, enteramente desamparadas, presentaban grandes grie-

tas por las cuales la vista percibía huesos y calaveras, con restos de cabellos cenicientos estas últimas.

Ofrecía el cementerio espectáculo macabro que era para espeluznar, pero los muchachos de la escuela, con la inconsciencia propia de su edad, y no bien desbravados todavía, iban a pasar allí las horas libres casi siempre en las tardes de los sábados, convirtiendo la triste ciudad de los difuntos en un sitio de recreo; y algunos de cerrado entendimiento y más duro corazón hasta se atrevían a sacar, con un alambre, tibias, fémures y desnudos cráneos de los sarcófagos agrietados.

Los restos del Conde Raousset, fusilado el 12 de agosto de 1854, escaparon de tal profanación. Su cadáver fue sepultado allí, enseguida de la ejecución; pero en el año de 1866, ya exhumados los despojos, una barca francesa los llevó hasta aquella nación, patria del iluso aventurero.

El barrio de Punta Arena era entonces asiento de los talleres del ferrocarril, cuyos obreros en su mayor parte, en él vivían; así como muchas otras personas cuyas casas lo poblaban.

Era, pues, el camposanto, paso obligado para quienes se encaminaban allá, y se contaba, que algunas veces, después de medido el sol, se veían deslizarse entre las tumbas, fuegos fatuos que sólo despertaban curiosidad e interés a las personas ilustradas, que eran las menos; pero que a las ignorantes o supersticiosas las llenaban de pavor; y marchando a toda prisa, por el túnel negro de la noche proseguían su camino, santiguándose.

Así era el viejo Guaymas.

## XIII

### EL CERRO DE LA CRUZ

El cerro de la Cruz, ubicado casi dentro de los límites urbanos, el más pequeño entre los que se levantan hacia el norte, lleva ese nombre porque desde tiempo inmemorial se erguía en la planicie de su cumbre, una de madera, colocada allí por la mano de alguna persona piadosa cuyo recuerdo se ha desvanecido. Abatida por la acción de las tormentas, o la incuria, desapareció durante varios años, y ahora la reemplaza una de hierro hábilmente trabajada por obreros de la compañía fundidora, que la instalaron en el mismo sitio.

Aquella humilde cruz, la primitiva, era objeto de encendida devoción en la fecha que la Iglesia celebra su festividad: el 3 de mayo.

En la mañana escalaban el montículo infinidad de hombres, mujeres y niños que iban a postrarse ante ella. La multitud aumentaba después del mediodía, en que la gente devota elevaba al cielo sus plegarias, y ya cuando la tarde había caído, los últimos romeros emprendían el regreso a la ciudad por las veredas que adornaban profusamente las matas de *sanmiguelito* llamado en Sinaloa coronilla; de trompillos y otras flores silvestres que en aquella época crecían, regadas por el agua de las lluvias, en los montes y campos de la vecindad.

El encanto de la primavera se difundía como una bendición en el aire y en la tierra donde todo era sosiego. En el cielo comenzaban a parpadear las estrellas; allá, abajo, el terciopelo del mar ondulaba levemente, y las montañas que cierran la bahía por el sur, se envolvían en el manto de las sombras. Hacía

corto rato que las campanas de la iglesia habían vibrado lentamente, con el toque de oración.

Hace más de medio siglo, allá por el 87, espantoso terremoto sacudió vasta región comprendida entre Chihuahua y Sonora. Del pueblo sonorense de Bavispe no quedó una sola casa en pie, y en Guaymas varias fincas se cuartearon y los vidrios de muchas ventanas se rompieron.

El fenómeno, por raro, provocó pavor.

Un coplero anónimo, como aquel que popularizó el corrido de *Petrita, la traicionera*, relatando un drama pasional, ocurrido en Hermosillo, compuso, para ser cantado, el corrido del temblor.

El día tres de mayo  
qué triste estaba yo,  
de ver al mundo entero  
lo feo que tembló.

En las casa de los arrabales, con rasgueos de vihuela se escuchaba con frecuencia, la monótona canción.

Así era el viejo Guaymas.

## XIV

### LA VIDA ESCOLAR

En una vieja casa de la angosta y corta vía popularmente bautizada con el nombre de *Callejón de los Triquis*, en 1884 doña Leonor Cazet viuda de Ceballos y su hermana doña Luisa, se dedicaban con paciencia a desasnar a los chiquillos que por primera vez pasaban el umbral de una escuela. Su libro de texto era el Silabario de San Miguel, en cuya portada de papel corriente como las demás hojas, aparecía, empuñando la simbólica lanza, el Arcángel vencedor de Satanás. "Be-aba, be-ebe, bi-ibi . . ." Las vocecitas de los niños resonaban en todos los ámbitos del largo corredor, donde las abnegadas maestras les estaban enseñando a deletrear, en tanto que las mañanas de los sábados las destinaban a la lectura del catecismo de Ripalda, en el gran salón del fondo.

¡Pacientes y humildes maestras que vivisteis y moristeis en honradísima pobreza, cuántos de vuestros discípulos que escalaron altas cumbres os habrán echado en el olvido!

Entre el 85 y el 86, de la escuela de doña Leonor pasamos a la de don Jesús Santacruz, en la casa que es hoy de José Avila (*Avilita*). La parte que mira a la plaza era habitación de la familia, mientras que la que da a la actual avenida Serdán la ocupaba el plantel, con veinte o más alumnos y un solo profesor: el mismo don Jesús.

Frente a nuestra sala se levantaba el cerro donde en un tiempo hubo un fortín, demolido aquél, a largos plazos por la piqueta y la pólvora, y enmarcado en unas casas viejas habitadas por personas pobres, entre otras por el herrero Matías Soldevi-

lla, apodado *El Veintiuno* por los seis dedos de una de sus manos.

La geografía la estudiábamos en la elemental de Smith, profusamente ilustrada con grabados de ciudades, ríos y volcanes, y para la lectura, contábamos con los libros segundo y tercero de Mantilla, pletóricos de selectos trozos literarios de autores españoles e hispanoamericanos.

En esos libros nos familiarizamos, en temprana edad, con dos o tres de los más bellos capítulos de la obra inmortal de Cervantes; ellos nos dieron a conocer al colombiano Arboleda, al venezolano Bello, a los cubanos Heredia y Zenea, a gran parte de la más brillante pléyade de poetas y prosistas del siglo XIX en nuestra América, y en ellos aprendimos de memoria, y saboreamos, la Serranilla del marqués de Santillana:

Moza tan hermosa  
non vi en la frontera,  
como una vaquera  
de la Finojosa.

Don Jesús parecía plenamente convencido de que la letra con sangre entra, y así, nos atizaba cada golpe en la cabeza que nos hacía ver fantásticas estrellas; y manejando con deleite la palmeta la dejaba caer en nuestras manos, abiertas y extendidas, veinte, treinta o más veces, hasta enrojecerlas. Corría entre nosotros, como válida, la especie de que el zumo de cebollas, untado en ellas, era remedio eficaz para atenuar el dolor; pero luego sentíamos su inutilidad.

De la escuela particular de Santacruz, pasamos, en 1888, a la de don Elías Bareño. El nombre de éste no aparece en ninguna biografía de maestros que prestaron sus servicios en Sonora, ni se le menciona nunca. Sin embargo, don Elías fue en aquella época uno de los educadores más completos de cuantos por aquí pasaron.

Habiendo hecho sus estudios en un brillante colegio de jesuitas, en el sur de la Baja California, de donde era originario, se trasladó a Los Angeles, y en la ciudad californiana, cuyos habitantes llegarían apenas a cien mil, ingresó en el colegio cató-

lico de San Vicente, como profesor de español. De allí vino a Guaymas, y con el nombre de Escuela Arce Güijosa, apellidos de dos de los jesuitas que habían sido sus maestros, estableció la suya en una pequeña casa de la calle del Teatro, cobrando cinco pesos mensuales por alumno.

Traía ideas y sistemas de docencia enteramente nuevos. En el patio de la escuela formó un hermoso jardincito, con variadas plantas que utilizaba en la enseñanza de la botánica, y allí mismo, un excelente equipo de gimnasia, que daba oportunidad a Walterio y Arturo Lelevier para lucirse ejecutando molinetes en la barra.

El establecimiento albeaba de limpieza: gota de tinta que manchaba el piso de la sala, era removida en el acto por el alumno responsable, con un ácido especial, siempre a la mano.

El mobiliario era tan cómodo y moderno como nunca antes se había visto, y Bareño, hombre joven que apenas llegaría a los treinta años, matemático y gramático de primera calidad; tan competente para la enseñanza de ambas materias que los chicos de diez, once o doce años resolvían, con entera comprensión, los problemas de aritmética y geometría razonada de los textos de Contreras y los de álgebra, del mismo autor; corregían los barbarismos más en uso, y se distinguían en ejercicios ortográficos y de oratoria. El libro de lectura era *Frascuelo* y el *Robertson* para el inglés. En las mañanas de los sábados, se destinaba una hora a la Biblia.

Unos dos años después, don Elías se ausentó, volvió a su terruño donde vio la luz y emprendió negocios comerciales hasta que desapareció.

Corre triste versión sobre su fin; pero preferimos desecharla por respeto a su memoria, tan ligada con la historia de la educación en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## XV

### LAS ESCUELAS OFICIALES

El 15 de enero de 1887 se comenzó a publicar *La Instrucción Pública*, periódico mensual de la Junta que llevaba el mismo nombre y que contaba con la aprobación del gobierno del Estado.

Costituida en 1885, la formaban personas prominentes en el mundo oficial, en los negocios y en las profesiones (entre los primeros uno o dos de exaltado liberalismo, a tono con el ideario del gobierno al cual servían), y a ella se le debe, casi en su totalidad, el progreso de la enseñanza gratuita que llegaba a todas las clases sociales, sin distinción de categorías.

En el mismo año, el cuerpo docente de las escuelas, que tenían el carácter de municipales por cuanto en gran proporción se sostenían con fondos del municipio y de la Junta, lo formaban los profesores Mariano Núñez, Arturo F. García, Marcina Patiño y Luisa Cazet que, con su hermana doña Leonor, habían clausurado su plantel particular; todos ellos como directores y directoras, respectivamente, de las dos de varones y de las dos de niñas, con un solo ayudante cada uno, a saber: Manuel Castelán, Francisco Segovia y Columba y Victoria Patiño.

En el propio año, hubo en el personal ligeros cambios: el profesor Andrés Alarcón reemplazó al profesor Núñez y la profesora Ester Rivera Enríquez de Guadalajara, a doña Luisa Cazet. Otros de menor importancia hubo uno o dos años después.

A ambas escuelas asistían con mayor o menor regularidad, seiscientos sesenta y un alumnos del uno y del otro sexo, y a las de adultos, que eran dos, sesenta y uno.

Al término de cada año lectivo, se efectuaban grandes fiestas en las cuales se entregaban premios a los alumnos más aprovechados, y con esa ocasión, el gobernador don Ramón Corral venía al puerto, asistía a los actos y pronunciaba discursos entusiastas en los que se mostraba complacido de los adelantos alcanzados.

En el número 11 del órgano de la Junta de Instrucción, fechado el 15 de noviembre de 1888, apareció en primera plana, con los caracteres más visibles el siguiente aviso:

"Se solicita un profesor titulado, con buenas recomendaciones, para la dirección de una de las escuelas de varones de este puerto. La remuneración mensual, puntualmente pagada, es de cien pesos.

"Se solicitan, asimismo, personas de buenos antecedentes, que quieran dedicarse a la enseñanza con el carácter de ayudantes, gozando de un sueldo mensual de cincuenta pesos".

A principios de 1889, se hizo cargo de la escuela número 1, para varones, el profesor don Carlos Martínez Calleja, *el señor Calleja* como todo el mundo le llamaba, suprimiendo el primero de sus apellidos que él mismo suprimía, usando solamente la inicial: Carlos M. Calleja.

Se le asignaron dos ayudantes: Mondaca y Grajeda, probablemente sin título profesional, y a él se le mejoraron los emolumentos al revestírsele, al mismo tiempo que del carácter de director, del de inspector.

Lá escuela ocupaba una vetusta finca, en un solar cercano a aquel donde estaban ubicadas las antiguas casas consistoriales y en el cual se edificó el actual palacio del Ayuntamiento, y carecía de las condiciones requeridas para un establecimiento de su clase: de muebles apropiados y aun de adecuada ventilación.

Allá por 1891, cuando Guaymas tenía cinco mil cuatrocientos habitantes, el plantel fue trasladado a uno de los nuevos edificios construidos con tal fin en la calle del Muelle y demolidos hace poco tiempo por la casa comercial que los compró, y desde el traslado fue aumentando el personal docente. En períodos más o menos distanciados ingresaron cuatro nuevos maestros: los señores Vázquez, Véjar, Dorantes y Benítez; el primero hombre ilustrado, inteligente, sagaz y desaliñado en el

vestir, parecía un tanto aficionado al trago; el segundo dejó un recuerdo borroso, y al tercero, joven humilde y de escasa ilustración, las bebidas alcohólicas lo condujeron a extremos lamentables, al grado de que, separado de la escuela, por embriaguez fue a dar algunas veces, con sus huesos a la cárcel.

Don Enrique Benítez duró poco tiempo al frente del tercer año, contrajo matrimonio con Adelaida Hale, él de treinta años de edad y ella de veinte, y al dejar el cargo, desempeñó otros empleos.

La escuela mejoró notablemente en sus funciones con la llegada de los profesores Francisco Chiapa y Miguel Reyes Párraga; de México aquél y de Puebla éste, a quienes el señor Calleja trajo de la capital de la República, en un rápido viaje que hizo a ella.

Hacía tiempo que habían sido suprimidos la palmeta y los demás castigos corporales, exceptuando uno que otro coscorrón; y el más severo que ahora se imponía, raras veces, consistía en un encierro de horas en el calabozo.

Así era el viejo Guaymas.

## XVI

### GUAYMAS DA PROFESORES

Allanadas las antiguas deficiencias, los trabajos del señor Calleja en favor de la enseñanza dieron frutos opimos. Por primera vez en la historia de este puerto, de una de las escuelas, la que dirigía él, salió un grupo de maestros de instrucción primaria, en número de tres varones y de unas once mujeres.

La vanguardia la formaron cinco alumnas: Dolores E. Clausen, Josefina Escobar, Carmen Vizcaíno, Edissa Cervantes y Camila Cáneez, quienes el 19 de junio de 1890 presentaron examen, con arreglo a los términos del acta levantada, de la que reproducimos lo esencial:

Después de una recitación por todas las alumnas dio principio a la réplica el señor Javier Arrangoiz, continuando después los señores Eduardo Gaxiola, José Urgell y Vilá, Pedro Garay y Lic. Carlos García Rojas. Los ramos sobre que versó la réplica fueron: Lectura Superior, Geometría, Ciencias Físicas y Naturales, Geografía, Lecciones de Cosas e Historia Antigua, terminando el acto a las 8 de la noche, en que se suspendió, para continuarlo una hora después.

A las 9 se prosiguió en la réplica por los señores Fiacro Quijano, Javier Arrangoiz y Carlos M. Calleja, quienes sucesivamente examinaron a las alumnas, en Matemáticas, Pedagogía, Higiene, Lenguaje e Historia Patria, concluyendo a las 12 hs. y 45 de la noche.

Terminado el acto, el Jurado se constituyó en calificador, y después de la respectiva discusión y deliberación, tuvo a bien aprobar a dichas señoritas (las ya mencionadas por nosotros) como profesoras de instrucción primaria, lo que se hizo saber a las interesadas . . .

Dos años después, de la misma escuela del señor Calleja salió otro grupo de profesores titulados: Eloísa Díaz Velasco, Antonia Alvarez, Josefita y Ernestina Rivera, Vicenta Ocaranza, Margarita Quijano y alguien más cuyo nombre bien puede haberse nos quedado escondido en la memoria, junto con los jóvenes Mario Garay y José y Alfonso Iberri, que ejercieron por breve tiempo el magisterio, se desentendieron del título obtenido y se dedicaron a otras ocupaciones.

Carmen Vizcaíno, *Calita*, como cariñosamente la llamábamos (desaparecida ya) el 10 de diciembre de 1891 contrajo matrimonio con su propio profesor, señor Calleja; e hijo de su matrimonio es el destacado comerciante de Hermosillo, que lleva el mismo nombre de su padre; nombre que por otra parte, se ha dado a una escuela oficial de Ciudad Obregón en homenaje a su memoria, Camila Cárnez, ya finada, llevó larga viudez porque siendo todavía muy joven falleció su esposo, el cirujano dentista norteamericano Elliot Wolfe, todo un buen mozo; Edissa Cervantes se ausentó hace largo tiempo, se casó, y ahora vive en Arizona. Lolita Clausen, soltera de avanzada edad, que desdeñó pretendientes, soporta sus quebrantos de salud en la vieja casa paterna, de este puerto;<sup>1</sup> Eloísa Díaz Velasco estuvo residiendo en Hermosillo, donde falleció; Ernestina Rivera, esbelta, joven, bella, murió en esta su ciudad natal recién casada, con Otto Rademacher; Toña Alvarez es la esposa de Luis Félix,<sup>2</sup> propietario de una de las mejores peluquerías locales; Josefina Rivera, vive en alguna población del norte y Vicente Ocaranza, que durante largo número de años ha ejercido su profesión en Nogales, ha visto reconocidos sus méritos, pues se ha dado su nombre a una de las escuelas del lugar; Mario Garay se marchó a México, con su familia, recientemente titulado, y pocos años después allí mismo desapareció; Margarita Quijano se trasladó también con su familia, a la propia capital, donde en 1922 en que tuvimos ocasión de hablar con ella, era aún maestra en ejercicio, y Josefina Escobar, esposa de su primo José María, de apellido igual, tuvo dramático fin cuyo recuerdo está fresco to-

<sup>1</sup> Cuando se imprimió este libro, ya había muerto.

<sup>2</sup> Al imprimirse este libro había muerto también.

avía, pues una noche de enero de 1947, al atravesar la calle para entrar en un salón de cine, la arrolló un automóvil guiado a gran velocidad por un joven imprudente, y pocos minutos después expiró . . . Dirigía Josefina entonces el diario local *La Gaceta*, de su extinto hermano Manuel.

Tiembla en nuestros labios la plegaria por las almas de los viejos compañeros que han entrado en el Reino de las Sombras.

Así era el viejo Guaymas.

## XVII

### LOS PROFESORES CALLEJA Y REYES PARRAGA

En la redacción de estos capítulos no seguimos algún orden o plan determinados, porque los vamos escribiendo conforme recordamos los sucesos que más vivamente nos impresionaron, con detalles incompletos muchas veces o con omisiones que no podemos eludir por la prisa con que lo hacemos. Hemos estado procurando, en cambio, sujetarnos hasta donde es posible a la verdad.

Y hecha esta advertencia, continuamos:

Don Carlos Martínez Calleja, originario de El Ingenio, en el Estado de Veracruz, hizo sus estudios en la capital de la República de donde fue llamado a Guaymas por la Junta. Dada su devoción a la personalidad de don Gabino Barreda, a quien dedicó alguna de las varias obras elementales de texto, de que fue autor, hay que suponerlo afiliado a la escuela positivista, que ya pasó a la historia, como tantos sistemas filosóficos engendrados por el cerebro del hombre.

A nuestro parecer, no obstante haber venido a prestar sus servicios en un Estado cuyo régimen estaba identificado con el del general Porfirio Díaz, no era simpatizador de éste. Tenemos la impresión de que había sido lerdista.

En una ocasión, al saber que Altamirano, *el maestro*, como él y Chiapa le llamaban, había aceptado desempeñar en Europa una comisión que le había conferido el gobierno porfirista, comentando ambos el suceso lo hicieron con un dejo de amargura.

Don Carlos tenía un hermano: el doctor Francisco Martínez, que solamente usaba el primer apellido. Lo conocimos en Chihuahua, en vísperas de la Revolución. Era mayor médico militar, en servicio activo, y a pesar de su condición castrense, no ocultaba sus simpatías por el movimiento en gestación.

No era don Carlos hombre de armas tomar, pero cuando lo herían los dardos de la crítica, no vacilaba en enfrentarse a quien lo hiciera. El licenciado Ernesto Peláez publicaba en esta ciudad *El Imparcial*, periódico que salía a luz una o dos veces por semana, y en uno o varios de sus números lo censuró en su cometido. Al señor Calleja se le enviaba puntualmente *El Imparcial*, y una tarde en que se presentó en la escuela un jovenzuelo que iba a cobrar la suscripción, tuvo un arrebató de cólera, al grado de que la pluma con que pretendía escribir el recado desafiante, se negaba a obedecer el movimiento de la mano. En tales circunstancias, se acercó al alumno José Iberri, y con voz trémula por el coraje, poniendo ante sus ojos el recibo, y mostrándole el reverso, le mandó: —Escriba usted lo que le voy a dictar: "No acostumbro dar mi pan al perro que me ladra". Lo firmó difícilmente, y lo devolvió al cobrador.

El distinguido pedagogo, salvo a Calita no tuteaba nunca a nadie. Hasta a los alumnos más pequeños y aún al mozo Praxedis Cortés, daba siempre el tratamiento de usted.

Recién casado pasó a Mazatlán, de donde se solicitaron sus servicios, y como un jefe militar, con grado de coronel, hiciera en un periódico del puerto apreciaciones acres que lo disgustaron, se entabló entre ambos una controversia tan violenta que se resolvió en un duelo. Los duelistas se cambiaron dos tiros de pistola; el profesor resultó ileso y el coronel con un balazo en una pierna, que lo dejó cojo para toda su vida.

De Mazatlán volvió el señor Calleja a nuestro Estado, para hacerse cargo de la dirección del Colegio de Sonora en Hermosillo, de donde ya nunca se ausentó. Empezó algunos negocios, entre ellos el de una fábrica de ladrillos, y en la misma capital murió a principios de este siglo. Calita su esposa, le sobrevivió durante varios años hasta que fue a unírsele nuevamente en la triste quietud del cementerio.

Reyes Párraga era hombre inteligente, versado en el arte musical, pianista y compositor a veces. Trabajó en la escuela al lado del señor Calleja, y luego como director, pero después pasó mil vicisitudes, hasta llegar a la mayor pobreza, de la cual escapó al ingresar, como empleado de escritorio, en la casa comercial de Arturo Morales. Llevó, desde entonces, vida cómoda y alegre. Por las noches se reunía con sus amigos en el Casino; ejecutaba allí, al piano, valeses, chotis, danzas, todas las piezas de moda, y a ratos suspendía la ejecución para echarse al colete largos sorbos de sidra o de champaña que eran las bebidas de su preferencia.

Sin que sepamos la razón, el 16 de julio de 1914, cuando las fuerzas federales sitiadas en esta plaza, la evacuaron, Reyes Párraga se marchó en uno de los barcos que las llevaron al sur, y por allá anduvo desde entonces.

Lo perdimos de vista durante largo tiempo, hasta que en 1923 o 24 lo encontramos casualmente en México, adonde había llegado de Chiapas, llamado por su grande y viejo amigo Adolfo de la Huerta, quien le confirmó un empleo en alguna dependencia de la Secretaría de Hacienda, de que era titular. Pero fue tan mala su fortuna, que al ocurrir el rompimiento entre el Ministro y el presidente Obregón, se quedó cesante y enfermo de cuidado, por añadidura. Murió en la propia metrópoli o en Puebla.

IMPORTANTE ACLARACIÓN.—Por respeto a la verdad y a la justicia, conviene hacer constar que las señoritas que recibieron título de profesoras, mencionadas en capítulo anterior, llegaron al término de su carrera perfectamente preparadas por la distinguidísima maestra Macrina Patiño, directora de la escuela número 1, para niñas, de la que fueron alumnas desde los primeros años, y a quien Guaymas no ha pagado todavía la deuda de gratitud y reverencia que reclama su memoria.

## XVIII

### EL DESVENTURADO FIN DE CHIAPA

El profesor Franciso Chiapa vino con el señor Calleja, directamente de México.

Sospechamos que no había terminado la carrera de maestro, mas que poco le faltaba; que don Carlos lo consideró con la competencia necesaria para el cargo de ayudante, y que por eso lo trajo.

Había traspuesto apenas los linderos de la mayoría de edad. Tenía don de gentes, aire de tribuno, voz sonora, boca grande, labios gruesos, ojos negros de mirar relampagueante y ademanes expresivos; al uso de la época, bigote, ni ralo ni poblado. Solía acariciarlo.

Su especialidad era la enseñanza de la historia, particularmente la de México; pero la enseñaba, y aún sin duda la sentía, de acuerdo con los textos oficiales impuestos por el liberalismo victorioso, adueñado del poder. Historia de partido, esto es, falsificada. Sin embargo, como en esas fuentes él había podido abstraerse a la influencia de su tiempo, transmitía aquéllos con vehemencia, con vigor, con elocuencia, y embobaba a sus oyentes.

A su regreso de Mazatlán, con el señor Calleja, siguió con él hasta Hermosillo, para prestar sus servicios en el Colegio de Sonora; pero años después lo absorbieron los deberes oficiales, por haber sido llamado a colaborar con el gobierno del Estado en una secretaría.

Ese primer paso en falso fue el origen de su final desventura.

Nombrado prefecto del Distrito de Moctezuma, al estallar el movimiento maderista en Chihuahua y al extenderse a Sonora asumió, por orden superior, el mando de una fuerza irregular, con el grado de coronel, y se lanzó en persecución de los revolucionarios. Combatiendo en Sahuaripa capturó a varios de ellos, y sin duda por mandato que ciegamente obedeció, pues no hay razón para creer que lo hizo por su propio impulso, fusiló a uno de los aprehendidos, el de mayor importancia, como jefe de la banda, don Severiano Talamante, hombre respetable cuya muerte produjo en todas partes intensa conmoción, con tanta mayor razón cuanto que con él fueron ejecutados un hijo y un sobrino, que lo acompañaban.

Al triunfo del movimiento, el señor Chiapa se marchó del Estado, donde los vencedores pedían su cabeza, habiendo sido el propio señor Madero quien lo salvó, con la condición de que saliera del país.

En marzo de 1913, regresábamos nosotros de Los Angeles a Chihuahua, y al tomar el tren en Ciudad Juárez, en el mismo coche de primera nos encontramos con él y su familia. Procedía de la ciudad arizoniana de Douglas, donde había subsistido con el desempeño de uno de esos trabajos duros y agobiantes que por allá se reservan a los pobres mexicanos.

Entrando desde luego en cordial conversación, sorprendidos y encantados del encuentro, nos manifestó, sin ambages, su propósito. Se encaminaba a México, a ofrecer sus servicios al general Huerta; pero solicitando que se le enviara a Sonora a batir a las fuerzas constitucionalistas.

No lo volvimos a ver. Logrado lo que se propuso, el mismo año, derrotadas en Santa María por el general Obregón, las tropas huertistas entre las que él se contaba, cayó prisionero. Se refiere que bien pudo salvarse con la huida, pero que como la esposa, imprudentemente, había ido en su seguimiento, con sus hijos, viéndolos a ella y a ellos en peligro, al tratar de socorrerlos, rodeado por el enemigo, se había entregado, en su poder.

No negó su identidad; arrogante, sin solicitar clemencia, resignado con la suerte que sabía que le esperaba, se plantó con paso firme frente al pelotón, esperó la descarga con valentía

asombrosa, y las balas homicidas acabaron con su vida en el campo de batalla.

“¡Murió como los hombres!”

## XIX

### UNA CARTA DE JUAN DE DIOS PEZA, EN VERSO

Durante su ejercicio, la Junta de Instrucción Pública la integraron, con altas y bajas, en mucho mayor número las primeras, y determinadas por ausencia o muerte las segundas, los señores ingenieros Eduardo Gaxiola, de la Escuela Central de París y Fiacro Quijano de la de México; Julio M. Suárez, Javier Arrangoiz, Evaristo Valdés, Pedro Garay, Guillermo H. Robinson, Gabriel J. González, Prisciliano Figueroa, Quirino Rosas, Agustín Bustamante, Wenceslao Iberri, Francisco Seldner, Francisco von Borstel, Cayetano L. Iñigo, Pedro Cosca, Juan Pedro M. Camóú, Agustín Freese, Manuel Aguayo, José L. Robles, Emilio Clausen, Francisco Armienta, generales José Guillermo Carbó, Juan A. Hernández y Diego M. Guerra; José Urgell y Vilá, Carlos García Rojas, Alfredo Díaz Velasco y otros cuyos nombres escapan a nuestra memoria.

Don Guillermo Robinson era apoderado jurídico de la compañía del ferrocarril, y don Gabriel J. González (español), traductor e intérprete de la misma; don Javier Arrangoiz, administrador de la aduana; contador don Evaristo Valdés, y vista don Pedro Garay; Jefe de Hacienda, don Julio Suárez; Figueroa, médico; don Quirino Rosas, secretario del Ayuntamiento; los señores Bustamante, Iberri, Seldner, von Borstel, Iñigo, Cosca, Camóú, Freese y Aguayo, prominentes hombres de negocios; don Luis G. Dávila, farmacéutico y propietario de la principal farmacia; los señores Clausen, Robles y Armienta, empleados de categoría en negocios mercantiles, don José Ur-

gell y Vilá (español, de Cataluña), Capitán de Puerto; don Ernesto Peláez y don Carlos García Rojas, abogados, y don Alfredo Díaz Velasco, poeta y alto empleado comercial.

Don Fiacro, además de ejercer libremente su profesión, era inspector del ferrocarril, y tenía varios hijos. Uno de ellos, Alejandro, que en Guaymas cursó los primeros años de instrucción primaria, es el presidente actual de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la española, y abogado prominente de la metrópoli, y su hermana mayor, Margarita, de quien en capítulo anterior hemos hablado, alumna inteligente, despierta, viva y estudiosa en su escuela de aquel tiempo.

Juan de Dios Peza, el poeta más famoso y popular de aquellos años, injustamente censurado después por la vanguardia modernista, que no quiso tomar en cuenta el medio literario en que el autor de *Cantos del Hogar* adquirió tan gran renombre, en octubre de 1888 envió a Margarita una carta improvisada, en versos ripiosos, que por la distante fecha en que fue escrita, y por haber desaparecido casi todos los que entonces la leyeron constituye verdadera novedad.

Con ella cerramos este capítulo:

## A MARGARITA QUIJANO

Mi sobrina (así le digo  
porque es hija de un amigo  
a quien quiero como hermano),  
pongo esta carta formal  
que mi gran cariño sella,  
escrita pensando en ella  
desde la gran capital.

Recíbela sin temor  
y apréndela, si te agrada  
pues de carta improvisada  
nunca guardo el borrador.

Muy querida Margarita:  
Sé que sin penas ni daños

has cumplido ya diez años  
y eres graciosa y bonita.

Sé que en tu cerebro tienes  
una clara inteligencia,  
y que miras tu existencia  
llena de dicha y de bienes.

Sé que tu hogar es pensil  
que embriaga tu esencia hermosa,  
porque en él eres la rosa  
más pura del mes de abril.

Te llaman Margot . . . ¿no es cierto?  
Así llamo con amor  
a una humilde y tierna flor  
que yo cultivo en mi huerto.

¿La conoces? . . . Ya lo sé . . .  
Conoces tanto su historia  
que has de saber de memoria  
cómo es Margot y Bebé.

Pues bien, Fiacro me escribió  
y me habló mucho de ti;  
su carta a Margot leí,  
y esto Margot contestó:

Dí, papá, que dichas haya,  
las dichas que el cielo brinda  
para esa niña tan linda  
que yo llamo "mi tocaya".

Dile que siempre que escucho  
ni nombre, me acuerdo de ella,  
y que por dulce y por bella  
desde aquí la quiero mucho.

Di que si alguna ocasión  
voy a Guaymas, mi embeleso  
será poder darle un beso  
con todo mi corazón.

Mas ya que el destino mío  
no me da esas ocasiones,  
dila que en estos renglones  
ese beso se lo envió.

Dila que por ti, sé yo  
lo mucho que se ha aplicado,  
y que en su examen ha dado  
pruebas de lo que estudió.

Di todo eso y mucho más,  
pues yo por mirarla lucho,  
y como la quiero mucho  
no la olvidaré jamás.

Esto que Margot me dice,  
te lo transcribo al momento . . .  
¡Dios bendiga tu talento  
como tus gracias bendice!

Si acaso por buen complot  
tu papá a México pasa,  
dile que te traiga a casa  
de tu tocaya Margot.

Dile que sin desvarío  
mi Margot mucho te estima,  
y que ha de decirte "prima",  
y que has de decirme "tío".

Crece en saber y en belleza,  
adora a tu buena madre,  
ama y respeta a tu padre  
y quiere a JUAN DE DIOS PEZA.

María y Juan dicen ufanos,  
que anhelan pronto mirarte,  
y que les des, de su parte,  
mil besos a tus hermanos.

Para la distribución  
de premios, di a tu papá  
que dentro de poco irá  
alguna composición.

## XX

### LAS BATUECAS

No siempre conoció nuestra ciudad la sequía que ahora la atormenta. *En aquel tiempo*, allá por los ochenta y los noventa, la favorecían aguaceros torrenciales que mantenían en verdor perpetuo, mezquites y otros árboles y arbustos, en los cerros que la circundan y en los campos de los alrededores. El hacha del leñador acabó con ellos, y con sus restos los rebaños de cabras y borregos.

En el verano, cuando la lluvia caía, corría impetuosamente el agua por los cauces de los arroyos y entraba muchas veces por las ventanas de las casas de las partes bajas hasta el interior, después de rebasar las aceras.

Desde el ya desaparecido cementerio de que en otro capítulo hemos hablado, hasta el barrio de Punta de Arena, se extendían mezquitales y variadas y frondosas plantas que cubrían largo tramo, así como desde la huerta *Aurora* hasta San José de Guaymas, *El Represo*, *Los Algodones* y otros lugares situados en distintos rumbos, donde la arboleda brindaba fresca sombra a cazadores y caminantes.

En *Las Batuecas*, entre bisnagas y *sahuaros*, los mezquites formaban bosque espeso, cruzado en julio, en agosto y en septiembre por arroyos de agua cristalina donde mujeres de la clase humilde se bañaban a cubierto de miradas impertinentes.

¡Las Batuecas! . . . ¿Quién dio ese nombre al paraje cercano, ahora estéril, por donde se va a Empalme, o cuándo se le dio y por qué razón?

Llámase así un valle de la provincia española de Salamanca

donde los carmelitas establecieron un monasterio en el siglo XVI, y a un lugar que por largo tiempo se creyó país imaginario; y probablemente, pensándose en aquél o en éste lo bautizó de tal manera alguien cuya memoria se ha desvanecido.

A Las Batuecas se iba, *en aquel tiempo*, por dos caminos: por la actual calle 25, dejando a la izquierda el cerro de La Cruz, que es el más largo; pero el menos escabroso, o por ásperas alturas, a espaldas del edificio de la Compañía Industrial y Explotadora de Maderas, hoy Empresa de Servicios Públicos.

En uno de los cerros del trayecto hay una cueva que ya nadie visita. Se entraba en ella, a rastras, por angosto cañón, hasta el interior, amplio como una sala, donde la voz de la calle siempre alerta, aseguraba que había estado enterrado un tesoro que un norteamericano pobre, que tenía un hijo sordomudo, había descubierto y llevádose a su casa.

A medio kilómetro de distancia de la cueva, conforme se avanza hacia Cabo Blanco (Pleamar en los itinerarios del Sud Pacífico de México) don Víctor Lafón, viejo panadero francés, había establecido una cría de marranos en corral de piedras, y conforme por allí se pasaba, el olfato percibía, desde lejos, el hedor inconfundible de la piara.

Más adelante, Felipe Sierra, indígena de la más pura cepa yaqui, había levantado, con troncos de árboles, ramas y petates una cabaña donde albergaba a su familia; en terrenos vecinos sembraba frijol y maíz para su propio sustento y de los suyos, y en un corralejo encerraba, por las tardes, su rebaño de cabras que durante el día pastaban en el campo y le daban blanca leche.

De todo aquel paisaje de novela pastoril no queda ya más que el recuerdo.

## XXI

### LAS CASAS DE LA LOMA

Los nietos de don Fernando Montijo han estado reparando, en estos días, la casa con aspecto de castillo que construyó su abuelo en la avenida XVII, y la que él y su esposa doña Elvira Hughes abandonaron cuando se marcharon a San Francisco, Cal., domiciliándose en Berkeley, donde ambos murieron; él, sin llegar a larga edad, y nonagenaria ella.

Faltaban todavía algunos años para que finalizara el siglo XIX, cuando en un extenso sector de la ciudad, se escuchaban a menudo las detonaciones de los barrenos que desgarraban las rocas, cuyos fragmentos eran removidos para dejar plano el lugar donde la finca se levantaría, y a ésa y a las dos que ya existían desde largo tiempo atrás, en solares contiguos, se les llamaba *las casas de la loma*, porque se asentaron sobre una elevación del terreno que es prolongación o falda de uno de los cerros que limitan por el norte a la ciudad.

La casa vecina a la de don Fernando era la del licenciado don Jesús María Gaxiola, amueblada con lujo y provista de todas las comodidades como que en ella se brindaba alojamiento al Obispo de la Diócesis cuando venía en visita pastoral.

El abogado don Jesús María, nativo de Sinaloa, era un tipo singular, un tanto excéntrico, vestido limpiamente, pero con desprecio de la moda de aquel tiempo.

En cambio, su despacho, cuyo piso cubría rica alfombra, tenía inconfundible sello de elegancia, que acentuaban los estantes llenos de libros cuyos tejuelos no deslucía la más insignificante cicatriz.

Antes de venir a Guaymas, había residido en México, en donde siendo juez, el 6 de diciembre de 1873 había practicado las averiguaciones concernientes al suicidio de Manuel Acuña; y se decía que conservaba en su poder, algunos originales de versos del poeta.

Raras veces usaba saco; nunca se le vio corbata y en las tardes de invierno, envuelto en un *plaid* a manera de sarape, salía a recorrer las calles, para ejercitar las piernas.

Su vecino inmediato, a la izquierda, era don Torcuato de la Huerta, el hombre más correcto, más honrado, más pacífico, más conciliador que hemos conocido, llamado muchas veces como mediador, para remediar desavenencias conyugales.

Su casa, la que existe todavía en buen estado, tiene un amplio patio, sin losas, en el cual crecían tres o cuatro árboles y en donde los muchachos visitantes jugábamos los sábados por la tarde, en que no había clases escolares, con los chicos varones de la familia.

Allí nació y creció Adolfo de la Huerta, cuya afinada voz de tenor hacía imprescindible su presencia en festejos y tertulias; exalumno de la Escuela Nacional Preparatoria, contador de bancos y de empresas industriales, que en 1910, abrazando la causa maderista, fue diputado por Guaymas al Congreso del Estado; oficial mayor encargado de la Secretaría de Gobernación en el periodo preconstitucional, en tiempos de Carranza; gobernador interino y propietario de Sonora; presidente de la República después, y luego secretario de Hacienda de Obregón; visitador general de consulados, con Cárdenas; ahora, después de desempeñar otros puestos oficiales, encargado de importante comisión que le confirió el presidente Alemán, y en todas ocasiones, con limpia ejecutoria que se le reconoce y alaba.

Y allí nacieron y crecieron también, su hermano mayor Emilio, educado en escuelas de Alemania e Inglaterra, y su hermano menor, Alfonso, que llegó a alcanzar en el ejército el grado de general; inicua y plagado en Nogales, Arizona, allá por 1928, y asesinado con vileza en la ciudad mexicana de igual nombre, durante uno de tantos incidentes políticos sombríos de que está plagada nuestra historia.

Así era el viejo Guaymas.

## XXII

### SIETE NOCHES DE KERMESSE

Si en 1891 Guaymas tenía cinco mil cuatrocientos habitantes, se pueden estimar, a lo sumo, en cinco mil los que formaban su población en 1888; y siendo así, tan reducida, a principios de junio de ese año, sus miembros más destacados por su cultura y posición social —casi en su totalidad guaymenses— organizaron, en beneficio del fomento de las escuelas oficiales, brillantísimas kermesses que duraron siete noches.

En el órgano de la Junta de Inscripción Pública, un cronista anónimo las describió, y como en la descripción aparecen de realce el esplendor y la magnificencia que desplegaba en sus fiestas la alta sociedad del viejo Guaymas, vamos a reproducirla sin otras supresiones que las de los detalles menos importantes.

Dice así:

Los altos de la elegante casa de los señores Aguayo Hermanos están profusamente iluminados. La concurrencia es numerosa. Las señoritas visten trajes fantásticos. La orquesta del 1.º regimiento y la del señor Bretado, se alternan, tocando escogidas piezas.

Recorramos los departamentos.

El primero que se descubre es pequeño, elegantísimo, decorado con propiedad, imitando el estilo de la Alhambra de Granada. Es un expendio de tabacos; de lejos parece de filigrana. Lo dirige la señora Claudia H. de González, quien recibe con exquisita finura a sus numerosos visitantes, acompañada de las señoritas Carmen Morán y Gertrudis Marcor. Carmelita Morán viste el gracioso traje de andaluza; lleva la mantilla con sin igual donaire y nadie

puede resistir al hechizo de aquella niña que con tanta dulzura nos invita a fumar un buen veguero.

Inmediato a esta Alhambra en miniatura está colocado un kiosko chino, en cuyo centro se ostenta una pirámide de sabrosos bizcochitos, y a su rededor mesas pequeñas en que se sirve por las señoritas Ernestina Armienta, Loreto Robinson e Ignacia Hugues, lujosa y propiamente ataviadas con vestidos chinos, un riquísimo té que agradaría al inglés más exigente. Felicitamos a la señora Carmen A. de Valdés que supo transportar a la feria esa vistosa fracción del Celeste Imperio.

Pasemos al restaurante. Dos amplios salones llenos de mesas, perfectamente arregladas, bajo la inteligente dirección de la señora Sara C. de Lelevier. Sirven a los venturosos parroquianos las bellas señoritas Marie Hoesch, Elisa Gaxiola, Luisa Bustamante y Mercedes Esprú.

Visten trajes ligeros y sencillos con largos delantales, llevando adornada la cabeza con blanquísimas cofias de fino encaje.

La hermosísima señora Carmen O. de Esprú tiene a su disposición un verdadero vergel. Las más fragantes flores de *Aranjuez* y *Laurita* estaban formando preciosos ramilletes, que ocupaban amplio escaparate. Las señoritas Rosa Esprú, Amelia Hugues y Dolores Ceballos son las dignas dependientes de la señora Esprú. La simpática Amelia Hugues viste traje de aldeana húngara.

Precioso es convencernos de que las flores se buscan, y por esto los departamentos están contiguos. En el *café* hay tres botones que comienzan a abrir su delicado broche a los besos de la brisa primaveral. Enriqueta Maytorena, Lolita Clausen y Ana Cáne, hace poquísimos tiempos eran unas simpáticas niñas; hoy son completas y encantadoras señoritas que con voz risueña y haciendo cómica genuflexión, nos salen al encuentro, dirigiéndonos la tentadora pregunta de '¿café o chocolate?' Con su acostumbrado acierto dirigió este departamento la muy estimable señora Celsa P. de Maytorena, eficazmente auxiliada por la señora Manuela P. de Chisem.

Al cuidado de la joven señora Catalina G. de Freese, estuvo el destinado a los refrescos, que sirvieron las amables señoritas Amelia Astiazarán y Mercedes Maytorena.

Entremos en la cantina. Buen golpe de vista; los adornos son de elección irreprochable, no se ha olvidado ningún detalle y hasta el más insignificante revela el delicado gusto de la señora Gertrudis

S. de Iñigo, encargada de este ramo. La ayudan en su activísima tarea las señoritas Isabel Spence, Amparo Bustamante y Cenobia Lelevier. La señorita Bustamante lucía un elegante traje con los colores nacionales, que le asentaba a maravilla. Cenobia Lelevier ostentó los colores del pabellón francés, menos vivos que sus ojos y que hacían hermoso contraste con el rubio dorado de su undosa cabellera.

En la puerta de entrada de uno de los salones se lee: 'Objetos diversos'. Es una rifa. La amable señora Carmen H. de Nuño y las señoritas Eugenia Fourcade, Concepción Hugues y Josefa de la Huerta, tienen a su disposición una infinidad de objetos de fantasía, numerados previamente. Un billete se obtiene mediante 25 centavos y con él puede conseguirse un objeto costoso, o un sencillo lápiz.

## XXIII

### UNA KERMESSE DE SIETE NOCHES

(Continuación)

Volvamos al salón. La señorita María Armienta nos entrega una carta. Al mirar a la interesante cartera, que por su figura parece hija de la nebulosa Londres, supimos venía de la estafeta de la feria, hábilmente dirigida por la señora Elvira H. de Montijo, ayudada por la señorita Rosario Alzúa.

La señora Carmen Andrade estableció en el salón de baile un juego de diversión que produjo pingües ventas para las escuelas.

*Siete noches duró esta feria, Jamaica, Kermesse* o como quiera llamarse, siendo la animación cada día mayor, pues el entusiasmo rayaba en delirio las dos últimas noches que fueron las más concurridas, porque se vio honrada la fiesta por distinguidas personas de Hermosillo y Alamos y otras varias del puerto, a quienes no había sido posible asistir antes. Recordamos al señor gobernador don Ramón Corral, acompañado de su apreciable hermana Laurita: a los señores generales Luis E. Torres y Diego M. Guerra; al señor Salido y su estimable familia, al señor licenciado Valencia, a don Juan D. Castro, a don Francisco Rodríguez y otros, cuyos nombres no tenemos presentes.

Tuvimos también el gusto de admirar a la señora doña Alejandra Vega de Redo. Su ameno trato, su amabilidad y su hermosura fueron valiosísimos elementos que coadyuvaron al extraordinario éxito obtenido.

La simpática primera actriz de la compañía que actúa en nuestro teatro, señorita Juana Rosado, tuvo la deferencia de recitar con su habitual maestría, un preciosísimo monólogo escrito expresamente

para ella, con el título de *Confidencias*, por don Fernando Costa, redactor del *Diario de la Marina*, de La Habana.

La señorita Columba Patiño, acompañada al piano por la señorita María Cáncz, cantó con sentimiento una aria de *Hernani*.

La señorita Laura Corral bailó el *pascola*, baile indio de paso original y difícil ejecución, llevando en la cabeza un vaso lleno de agua, en equilibrio, del que no derramó una sola gota.

La señorita Amparo Bustamante, al piano; el artista Enrique Astiazarán con su inseparable violín, y el señor Bretado, con la flauta, tocaron alegrísima jota, y, por fin, la señorita Luisa Bustamante y el simpático joven Francisco Azcona, con vistosísimos trajes de gitanos, la bailaron con gracia incomparable. El distinguidísimo porte de la señorita Bustamante y su natural modestia, imprimen a la jota un no sé qué de pureza, de suprema elegancia, que atrae, que seduce y que fascina. No en vano, al terminar, fue saludada con nutrida salva de aplausos, y entonces, quitándose la airosa boina y dejando descubierta su negra y luciente cabellera, se acercó, tímida y ruborosa, a recoger de la entusiasmada concurrencia el óbolo para la instrucción pública.

Inútil nos parece decir que los caballeros supieron corresponder a los esfuerzos de las señoras y que los progresistas generales Guerra y Torres y el gobernador Corral y algunos otros personajes, visto el objeto de los fondos que se colectaban, y el modo delicadísimo de las señoras, para hacerlo, se mostraron espléndidos, pagando cada pieza de baile a veinticinco y a cincuenta pesos.

Del gran número de damas y caballeros mencionados en la crónica, sólo viven aún siete de las primeras; ninguno de los segundos.

## XXIV

### GUAYMAS, CIUDAD COSMOPOLITA

Entre el último tercio del siglo XIX y el primer decenio del actual, con grandes altas y pequeñas bajas, Guaymas fue asiento de una población cosmopolita, por el número de sus residentes extranjeros de diversas nacionalidades (de ellos quedan apenas unos cinco o seis), cuyos apellidos, exceptuando los asiáticos, llevan, en su mayor parte, multitud de descendientes sonorenses: los chinos Fong Hong, Chapoy, Son Lung, Poi Lee, Luis Flank y cien más; los españoles Pedro Prieto, Juan Oller, Pedro Cosca, José, Jesús y Miguel García, Gaspar Zaragoza, Gabriel J. González, Tomás García Galdeano y Pedro Frías (sacerdotes), José Urgell y Vilá, Ceferino Freyre, Eulogio y Antonio Rodríguez Peña, Guillermo Arrótegui, José Elguezábal, Teófilo Arzá, Mateo Bengoechea, Enrique Balparda, Federico García, Bernardino y Esteban Ibarrola, Eduardo Guerrero, Manuel Pacheco, Jacinto Lasa, Fernando Montanaro y los hermanos Luis, Teófilo, Herminio, Nicasio y Delfín Ruibal, llegado este último en 1907, con Prudencio Pasamán; los alemanes Emilio Clausen, Enrique von Gündell, Alejandro Lubbert, Carlos Busjaeger, Agustín Freese, Francisco Seldner, Juan Petersen, Adolfo, Germán, Axel y Carlos Bulle, Juan R. Moller, Jorge Oelker, Enrique Kuhlman, Juan Boke, Guillermo Bush, Max Boemer, Otto Rademacher, Mateo Schulenberg, Carlos Kieselbach, Enrique Zeis, Germán, Leopoldo y Luis Wolf, José Hamburger, Max Conen, Armín Graf, Julio Müller y Guillermo Fichter; los franceses Juan Marcor, Pedro Leriget, Germán Fourcade, Ives Lelevier, Pedro Albín, Benito Bonamén, Donaciano

Bastón, José Lafontaine, Alberto Pradeau, Francisco Bouillet, Ramón Cambustón, Alfredo Laurent, Magloire Marchebout, Mauricio Milliat, Antonio, Mariano y Luis Ricaud, Antolín Save y Alberto Vielledent; los italianos Lorenzo Boido, Esteban Túa, David Mancini, Esteban Borgaro, Juan, Ernesto y Lucas Scolari, Armando Malchiodi Albedi, Juan Paganini, Alfredo Pinto, Horacio Bonzi, Aquiles Baldassi, y Bressani y Mongini; los norteamericanos Jorge Wood, Pedro B. Chisem, Elliot Wolfe, Alejandro Willard, Carlos Taylor, Guillermo Randall, Billy Fransworth, Jorge Lesser, Carlos Hale, Godman, Stocker, Brigs, Rogers, Street, los dos hermanos Richardson y los dos hermanos Farragut; los filipinos Rufino Mavante, Luis Marcelino y *El Manila*, cuyo nombre no recuerda nadie; un noruego, mister Lund, gerente de una fábrica de hielo y de fósforos y de un almacén para la venta de madera; un argelino, Luis Mustafá, buen cocinero que al caer la tarde se instalaba en las cercanías de la iglesia y vendía pollo frito y enchiladas que preparaba en improvisada estufa, a la vista de los parroquianos; un guatemalteco, Murga, que fabricaba aguas gaseosas; un polaco, el ingeniero Wronowsky, que dirigió la construcción del palacio municipal; los ecuatorianos Pedro X, soldado en Quito y por largo tiempo mozo de la familia de don Guillermo Robinson; Leocadio Salcedo, víctima de los apaches, Matías Alzúa y Juan Luken; el chileno Juan Acosta, marinero y soldado de la guardia nacional de Urbanos, en el 54, y que alcanzó larga vida; un sueco, mister Stone, jefe de los talleres del ferrocarril; el austriaco José Horachek, que vino a México con el emperador Maximiliano; el portugués Francisco Silva (Frank Silva, para sus amigos); el canadiense Culloden, auditor del Sud-Pacífico; un inglés, el doctor Alejandro Wallace, padre y abuelo de dos médicos de su mismo nombre, y un indígena peruano que en balsas de carrizo acometía a puñaladas a los tiburones. Ni un libanés, o sirio, o palestino, con asiento fijo. De Belén o de Jerusalén, después de largo recorrido por el mundo occidental llegaban de tarde en tarde, para luego irse de paso, cuatro o cinco de los últimos, vistiendo pantalones anchos, que ellos llaman *de compás*, azules, verdes o amarillos como las blusas que sólo les llegaban hasta la

cintura y con el rojo fez a la moda de los turcos que tenían subyugado a su país.

Turcos los llamábamos, con desconocimiento de su verdadera nacionalidad, y eran mercaderes ambulantes que vendían rosarios de cuentas nacaradas, crucecitas de hueso o de marfil, multitud de curiosas baratijas y rosas de Jericó, aparentemente secas; pero que abrían sus corolas al echarlas en el agua.

Después de varios días, proseguían su camino hacia otras tierras, acaso para no volver ya más al viejo Guaymas.

## XXV

### EL ENTIERRO DE UN CHINO

Los primeros chinos que vieron en sus calles los guaymenses, los trajo don Lorenzo Boido como obreros de una fábrica de calzado, que estableció y que nosotros no conocimos. Desapareció, pero pocos años después se abrió otra de la que en el segundo capítulo hemos hablado, la de Tung Chung Lung, en la que durante largo número de horas se escuchaba diariamente el ruido de las máquinas de coser en movimiento. Se hacían zapatos y pantalones y blusas de mezclilla.

En aquel tiempo, como al comenzar estos relatos lo dijimos, los chinos llevaban trenza larga, suelta o ceñida a la cabeza, y en la fábrica, donde vivían, usaban ropas típicas de la gente pobre de su pueblo, a la manera de pijamas, de lustrina de baja calidad, y babuchas de tela de algodón con suela de cáñamo o de alguna otra fibra vegetal.

Tenían su casino en un departamento de madera de la casa de don Carlos Hale, construido en la azotea y que era, además de tolerada timba, seguramente fumadero de opio.

El día en que celebraban su año nuevo, que difería del occidental, suspendían toda clase de labores y los jefes de la casa recibían las visitas de sus parroquianos, a quienes obsequiaban confituras y frutas de su tierra.

*María*, la mujer de Fong Hong, el jefe principal, el *diente de oro*, vivía retirada, en la pequeña pieza del rincón más escondido de la casa, de la que nunca salía, y en su año nuevo, para festejarlo y recibir también visitas, aunque sólo de mujeres, ajustaba a su delgado cuerpo un vestido oriental de seda coruscante,

adornado con lujosas bordaduras, y en su media lengua departía con sus visitantes, desflorando sonrisas enigmáticas.

Gradualmente la invasión chinesca fue en aumento; se adueñó de nuevas zapaterías, de tiendas de comestibles y de ropa; cultivó hortalizas en pequeñas huertas y en miserables viviendas instaló lavanderías, hasta su expulsión, que dejó a la mayor parte de los hijos del que fue Celeste Imperio en las más aflictivas condiciones de pobreza.

Allá, de tarde en tarde, se registraba en la colonia alguna defunción y varias horas después venía el entierro. En la carroza de don Carlos Hale, que rodaba por las calles polvorientas, en marcha acelerada, iba el ataúd con el cadáver, y a la zaga, en todos los carruajes disponibles, los paisanos del difunto.

Delante del cortejo uno de ellos, de acuerdo con antigua tradición, esparcía en el suelo volantes de papel delgado con signos de su propia escritura, y ya en el camposanto, al introducir al muerto en el hoyo, decapitaban un gallo, cuya sangre regaba la tierra removida, y cerraban en seguida aquél. Ya cerrado, colocaban encima, en un pequeño emparrillado de ramas y de hojas, un lechón cocido al horno, y, en bandejas, fritadas de gallinas, con arroz, como simbólico alimento para el viaje eterno; clavaban en la tierra que guardaba los despojos, una tabla corrientísima, rematada en curva, con el epitafio que sólo ellos entendían, y en seguida se marchaban con el cochinito, el arroz, las gallinas y hasta el gallo, para regalarse con opíparo banquete.

Así era el viejo Guaymas.

## XXVI

### LA VIDA TEATRAL: ANGELA PERALTA

En raras ocasiones, tan raras que en todo un año no se presenta una sola, la actual generación guaymense tiene la fortuna de asistir a espectáculos teatrales de alta calidad: la ópera, la zarzuela, la comedia.

En ese sentido, las generaciones que la precedieron fueron más afortunadas.

Retrocederemos hasta el año de 1883. Guaymas era población pequeña, pero las capas sociales superiores y medianas en condiciones económicas bastante desahogadas y con mayor afición a la cultura que las que después vinieron. Pudo, por eso, permitirse el lujo de ver que ennobleciera el escenario de su viejo teatro Alvarez, alumbrado con quinqués, la cantante más notable que ha tenido México, rival de la célebre Adelina Patti, aplaudida y admirada en Milán, Turín, Génova, Nápoles, Lisboa, Alejandría, San Petersburgo, Madrid, Barcelona, Nueva York, La Habana y en su patria: Angela Peralta.

Los guaymenses, que fueron a recibirla a la estación del ferrocarril de Sonora, recientemente inaugurado, en gran número de carretelas adornadas con flores y banderas y al compás de alegres músicas, tuvieron, pues, la ocasión de asistir al desempeño de las más famosas óperas, llevadas con propiedad a la escena: *Norma*, *Lucía*, *Sonámbula*, *El Trovador*, *Aída* y otras cuya ejecución era larga y calurosamente comentada en corrillos y tertulias familiares, donde no se hablaba tanto, como ahora, de negocios y frivolidades, y porque estábamos distantes de la

época —que desgraciadamente sobrevino— en que las manifestaciones del espíritu cedieron el lugar al culto del becerro de oro: fermento del cataclismo social de espantosas proporciones, que nos amenaza si no nos apartamos del becerro para volvernos, sin hipocresía, a Dios.

La Peralta, según cuentan (porque nosotros no estábamos en edad de conocerla) carecía de atractivos físicos; pero todos cuantos asistían al destartado coliseo, cuando aparecía en el tablado, se desentendían de sus ojos saltones y de su cuerpo desgarbado, hechizados por la magia de su voz, que cautivaba al auditorio de tal suerte que lo enloquecía.

En aquel año, la fiebre amarilla, que tenía su foco en Panamá, se extendió por toda la costa mexicana del Pacífico, llenándola de luto y sobresalto. La soprano excelsa, terminada su actuación en Guaymas, se había trasladado con su compañía a Mazatlán, dispuesta a abrir, como aquí, una temporada; pero la fiebre la cogió en sus garras, le chupó la vida y la hundió en la tumba el 30 de agosto, a los treinta y ocho años de edad.

La noticia de su muerte llegó pronto hasta nosotros, y la ciudad, conmovida, la lloró sinceramente, porque así era el viejo Guaymas.

## XXVII

### ZARZUELAS Y COMEDIAS

Muchos años después de la Peralta, demolido ya el Teatro Alvarez, se presentó en el Escobedo, construido en el mismo solar, pero sólo terminado a medias, un cuadro operístico en derrota, a causa de reveses económicos en infortunada gira, y formado por un reducido grupo de cantantes, entre los que sobresalía por su voz, por su hermosura y por su arte, la soprano italiana Emma Saborani.

En 1906 llegó Sigaldi con su ópera, con Rosalía Chalía, aureolada de prestigio, y con *Caballería Rusticana*, *Los Payasos* y otras obras de reciente aparición, y en temporadas diversas, en el viejo o en el nuevo coliseo se presentaron numerosas compañías de zarzuela o de comedia. En nuestra mente se cruzan y barajan nombres de cantantes, de actrices y actores que pasaron por aquí: Rosa Palacios, Luisa Obregón, Emilia Trujillo, Elena de la Llata, Carlos Obregón, Domingo García, Arturo Buxéns, Joaquín Rosado, Martínez e Inclán, Solórzano y Escanero y otros muchos, con Hilario Altamirano y Elisa de la Maza, que representaban dramas y comedias españolas, entre ellas las de Echegaray (*Mancha que Limpia*, *Mariana*, *El Gran Galeoto*), juzgadas ahora acerbamente por la crítica, pero en su tiempo tan gustadas que atraían a gran número de espectadores.

A grandes rasgos hemos trazado el panorama teatral de un lapso largo, para trasladarnos hasta el año de 1889 en que Guaymas recibió con entusiasmo y alegría, una *troupe* procedente del Teatro Principal, en México, precedida de gran fama: la compañía de zarzuela de Arcaraz, cuyo elenco era de catego-

ría superior: el barítono Enrique Quijada, el bajo Julio Perié, los tenores Pedro Alcaraz y Montaner, el tenor cómico Constantino Cires Sánchez; la segunda tiple Enriqueta Monjardín, y Caritina Delgado y Pilar Quesada, que eran las primeras en categoría.

La Delgado era española y mexicana la Quesada; alta, blanca y algo entrada en carnes aquélla, y la segunda, menuda, moreña, con tipo de mestiza, extraordinariamente simpática, graciosa y dueña de una voz alegre y cristalina que encantaba a sus admiradores. Sobresalía en la representación de *La Mascota*, desempeñando el papel de Betina, y lo hacía con gracia sin igual.

La noche de su beneficio, el público llenó el teatro, y el escenario lo invadieron los regalos.

El poeta Alfredo Díaz Velasco subió al tablado y leyó en su honor unas quintillas, de las cuales conservamos en la memoria la que dice:

Te admiré de Margarita  
y al contemplarte de Flora,  
mi recuerdo resucita  
a la graciosa Juanita  
y a Bocaccio, que enamora.

Terminó con un verso rotundo, y la cantante, emocionada, abrazando al vate, estampó sonoros besos en sus mejillas.

Haciendo uso de la hipérbole que tan cabalmente describe el entusiasmo colectivo, "el teatro se vino abajo".

Pero sucede, a veces, que las vidas que se deslizan felizmente por cauces placenteros van a desembocar en el dolor.

Tal fue el caso de Pilar Quesada. Ella que había saboreado las mieles del halago, cosechado aplausos y dinero, joyas y alabanzas, llegó a ser, al cabo, triste víctima del alcoholismo, y según el relato que nos hizo un viejo cómico que la conoció, acabó sus días pobremente en un mesón tapatío.

## XXVIII

### “EL REY QUE RABIO” Y LA COMPAÑÍA DE VIGIL Y ROBLES

Don Luis Arcaraz, inteligente animador del cuadro, se esmeraba por complacer al público, ofreciéndole las últimas novedades en el género teatral que trajo. *El rey que rabió* fue uno de sus grandes éxitos.

La obra, sumamente graciosa y cargada de malicia, atrajo varias veces al viejo coliseo a un concurso tan numeroso, que llenaba todas las localidades. En ella se presentó, por vez primera, otra de los típles de la compañía: Felicidad Pastor, que iniciaba su carrera de cantante.

De familia de artistas, nacida en la capital de la provincia de Navarra, cuna del excelso violinista Zarazate, y que tiene por patrón a San Fermín, su simpatía, su juventud y su bien timbrada voz, le abrieron el camino de las ovaciones.

A la salida del teatro, todos repetían los versos del aria que ella, en uno de los pasajes de la pieza, había cantado con emoción:

Yo que siempre de los hombres me reí,  
yo que siempre de los hombres me burlé  
hoy en busca de un amante vengo aquí

Constantino Cires Sánchez estaba inimitable en su papel de Jeremías, y con su gracejo hacía estallar la carcajada en todos los ámbitos del salón. El coro de los doctores —una sátira ingeniosa

contra los médicos— era tan largamente aplaudido que para corresponder a los aplausos, se hacía necesaria la repetición.

Al terminar la función y en varios de los días siguientes se cantaban sus versos dondequiera:

Juzgando por los síntomas  
que tiene el animal  
bien puede estar hidrófobo,  
bien no lo puede estar.

de tal manera habían impresionado y agradado a los oyentes.

Varios años después, ya desaparecido el Teatro Alvarez, y dado lugar al Escobedo, se presentaba en éste otra buena compañía, dirigida por José Vigil y Robles, magnífico tenor mexicano, hijo de un insigne historiador y polígrafo, que había heredado su gusto por las letras y arreglado en forma de zarzuela varias óperas famosas, y a quien acompañaba, como director de orquesta, su hermano Eduardo, joven maestro que en España hizo más tarde brillantísimo papel.

La primera tiple de la compañía y atracción de ella, era una italiana rolliza y desahogada, que en la capital de la República había sido, alternativamente, ovacionada y siseada: Pina Penotti, que cantaba en español, pero con el acento de su propia lengua.

Desempeñando el papel de Doña Juanita en la zarzuela de este nombre, en gran parte de la concurrencia provocó multitud de comentarios, con matiz de escándalo o de asombro, por las ropas ligeras que vestía (faldas hasta la rodilla y camisa descotada), porque no se había llegado, como se llegó mucho después, a las desnudeces de los teatros de revistas, de la calle y de la *pochita* Tongolele, cuya falta absoluta de pudor, para no decirlo de otro modo, le ha valido un dineral.

Una noche, cuando se iba a representar un arreglo zarzulesco de la ópera *Rigoletto*. fuera del local entablaron acalorada discusión sobre la etimología del nombre, don Esteban Borgaro y don Pedro Albín, sosteniendo el primero que era de origen italiano, como él, y el segundo, como él, francés.

La controversia adquirió caracteres de vehemencia, y don Esteban, saliéndose de lo esencial, tomó otro rumbo: "Los franceses –le dijo a su oponente– saquearon los museos de mi patria y se llevaron obras de arte". Don Pedro se encogió de hombros, y con tono desdeñoso, le repuso; "¡Sí; los *macarroni* y los *tallarini*".

Y allí paró todo.

Minutos después, ambos, desde sus butacas, asistían tranquilamente a la representación, olvidados ya los términos de la disputa.

Así era el viejo Guaymas.

## XXIX

### EL HOTEL ALMADA CONVERTIDO EN TEATRO

La generación actual, con muy raras excepciones, no sabe, ni siquiera sospecha, que el Hotel Almada, destinado exclusivamente a alojar huéspedes, sin perder su carácter estuvo convertido en teatro, hace más de medio siglo: en 1898.

El escenario se levantaba en el fondo del gran patio, y en éste, se instalaron los asientos de luneta, en tanto que los balcones hacían las veces de galería.

El autor de la transformación, con anuencia del dueño del hotel, fue el empresario yucateco Arcadio Mendoza, tan hábil en el manejo de los naipes y tan insinuante para atraerse a los hombres acaudalados con afición al juego que, según parece, obtenía mayores ganancias con el libro de las cuarenta hojas, que con el espectáculo que trajo.

Era éste el de una compañía de zarzuela cuyo elenco no podía considerarse de primera línea, pero en el que se contaban figuras aceptables, aplaudidas por el público.

La tiple consentida de éste, una joven esbelta y bonita, Blanca Lora, distaba mucho de ser una notabilidad como artista teatral y como cantante, pues no llegaba ni siquiera a medianía; pero su palmito suplía con exceso las deficiencias de su arte, para ganarle admiradores.

Y se los ganó desde la primera noche en *La Marcha de Cádiz*, la zarzuela más graciosa del género chico entre cuantas entonces se llevaban a la escena, cuando bailaba y cantaba el dúo de los patos, en compañía del tenor:

Yo soy el pato,  
tú eres la pata,  
que en el estanque  
suelen nadar.

que durante muchos días se estuvo escuchando en todas partes.

Se la disputaban cinco o seis galanteadores, y a más de uno su empeño le costó una fortuna. La noche de su beneficio, el 3 de marzo, recibió innumerables agasajos y regalos, entre éstos, del joven Pancho Bustamante, un pato con espléndido collar de moneditas de oro, y de Pancho Seldner y el gobernador Corral sobres con valores a cobrar.

Blanca Lora se marchó con su cuadro y ya poco se volvió a saber de ella, como les ocurre a todos los artistas que se estancan.

Don Arcadio fue quien por primera vez dio a conocer a los guaymenses, las zarzuelas del género chico, ya muy en boga en la metrópoli: *En las astas del toro*, *Toros de punta*, *De vuelta del vivero* y otras que se representaban, alternando con zarzuelas grandes.

Fueron otras compañías las que después nos trajeron nuevas y gustadas obras del mismo género: *El Santo de la Isidra*, *La Fiesta de San Antón*, *La Revoltosa*, *La Gran Vía*, (*Caballero de gracia me llaman, y, efectivamente, soy así*); *El Bateo*.

El día que yo gobierne,  
si es que llego a gobernar,  
por el suelo rodarán  
lo menos diez mil cabezas.

*La verbena de la paloma (¿Dónde vas con mantón de Manila, dónde vas con vestido chinés?)*

*El puñao de rosas*. *La reja de la Dolores*, y muchas más; pero al empresario y jugador yucateco debióse la iniciación, y con esas obritas y las otras, dando tres o cuatro funciones por semana, mantuvo en auge una larga temporada en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## XXX

### EL "CIRCO", DE SALVINI

Don Pepe Rubio era hombre emprendedor; pero los negocios que emprendía estaban casi siempre destinados a la explotación de diversiones públicas; un volantín que instalaba entre ruletas, loterías, *carcamanes* y partidas de baraja, en las ferias populares de septiembre y de diciembre, llamadas más bien *fiestas*, y una plaza de toros en que el redondel estaba hecho de gruesos troncos de árbol, clavados en el suelo, y ligados con tiras de cuero, con sus palcos y su galería, enteramente rústicos, en el corral de una casa donde ahora está la Oficina de Telégrafos.

En el año de 1888, se presentó en el deslucido coso un espectáculo tan singular e interesante, tan curioso y atrayente, como acaso no se ha vuelto a ver en México: el *circo* de Salvini, un italiano que con él ganó renombre.

Pero el cuadro del *circo* no estaba constituido por personas: ni por trapevistas o alambristas ágiles y musculosos, con traje de mallas, ni por *ecuyeres* de formas escultóricas que saltaban atrevidamente en el lomo de un caballo; sino por cuarenta perros amaestrados, gran número de monos, *ponnies*, el cerdo *Don Basilio* y hasta un chivo que ejecutaba asombrosos actos de equilibrio.

Los monitos daban con sus actos, la nota regocijada y pintoresca.

En un cochecito tirado por dos perros, guiados por un mono que la hacía de cochero, y yendo a la zaga otro, con uniforme de lacayo, paseaba por el ruedo una monita ataviada como señorita de postín. De improviso, se zafaba una de las ruedas del

carruaje que quedaba en posición de dar un vuelco; la monita simulaba haberse desmayado; el lacayo corría en busca del doctor, y el doctor, otro mono *monísimo*, llegaba a toda prisa con un frasquito de sales que la volvían en sí.

El público estallaba en aplausos delirantes.

Venía luego un juicio instruido a un mono en papel de delincuente. El juez, con toga y birrete, calándose las gafas movía las mandíbulas para dar la impresión de que leía el expediente; los miembros del jurado le prestaban atención, y al fin, condenado el reo a la pena capital, era conducido al paredón, a cuyos pies caía muerto por los monitos ejecutores de la sentencia.

Otros monos colocaban el *cadaver* en el negro ataúd, y en la carroza tirada por un perro, era llevado al cementerio.

Meses después, la tragedia del paciente amaestrador tuvo horribles perfiles; con sus perros y sus monos, *Don Basilio*, en sus caballos y su chivo, en furgones especiales de un tren, se encaminaba a México, cuando en el convoy se declaró un incendio incontenible que destruyó todo el equipo y dejó carbonizados a los pobres animales y a Salvini en la miseria.

## XXXI

### LAS INFAMIAS DE LA LEVA

Una tarde, poco después del mediodía, allá por el 86, la multitud curiosa se agrupaba en las cercanías del muelle fiscal, a la orilla del mar cuyo oleaje se estrellaba en la dureza de las rocas. Procedente del sur, quizá de Manzanillo, *El Demócrata*, cañonero de la marina nacional, echaba el ancla en la bahía; y a poco andar, bajando a paso lento e inseguro por la escala, un grupo humano en la mayor miseria se acomodaba trabajosamente en *pangos*, como carga de color. Eran los reclutas que la leva destinaba al servicio militar: mocetones desamparados, de quienes se echó mano en las calles de las poblaciones del interior del país, o sacados de las cárceles como carne de presidio que se pudriría en los bosques del Yaqui, abatida por las balas de los indios de Cajeme, en abierta rebelión.

Del desembarcadero, los recién llegados eran conducidos al cuartel, ya desaparecido, en la calle de su nombre; allí se les rapaba y se les vestía con uniformes de paño azul, áspero y grueso; pocos días después, se comenzaba a ejercitarlos en las marchas y evoluciones propias de soldados, y en seguida en el manejo de los rifles para que aprendieran a matar a sus hermanos de raza, indígena como la suya.

En la tarde de un domingo, la banda militar daba audición en la plaza y por las calles adyacentes desfilaban los soldados del 25o. batallón que se disponía a encaminarse a la tierra inhóspita donde otros batallones se enfrentaban a los yaquis.

La banda de tambores y cornetas que marchaba a la vanguardia la formaban, en su mayor parte, jovencitos, casi niños

que nosotros admirábamos y envidiábamos, inconscientes de las penalidades diarias que sufrían y de la suerte que les aguardaba. Sus cornetas, sus tambores, sus uniformes, sus arreos, encendían en nuestra imaginación quién sabe qué fantásticos sueños de grandeza.

El batallón marchó a campaña y con él las abnegadas soldaderas andrajosas, cuyos pies descalzos desgarraban las espinas y las piedras del camino, sin arrancarles la más leve queja, entre los espesos matorrales de *El Añil* o de algún otro lugar célebre entonces, aguardaban el regreso de sus juanes, los *pelones*. con frituras y café; pero los *juanes* no volvieron, marchando en formación, como ellas lo esperaban, sino que los que se salvaron, corriendo en dispersión, empavorecidos por la magnitud de la derrota.

Tres o cuatro días después se conmovía y preocupaba la ciudad con la noticia detallada del desastre, y a la hora del toque de silencio en el cuartel, parecía que las notas del clarín sonaban en la noche tenebrosa como el eco de un lamento prolongado que llenaba de aflicción al viejo Guaymas.

## XXXII

### TIPOS CELEBRES Y PINTORESCOS: "EL MACHETE"

En los últimos años del siglo XIX, todos los sábados, desde el anochecer, en el destartalado taller de imprenta de Manuel Rubio, *El Machete*, gemía y rechinaba la vieja prensa *Washington*, manejada por Severiano Parra, recién llegado de Alamos, y de la cual iban saliendo, con impresión de letras desgastadas, las hojas del periódico *El Domingo*, que en el día de su nombre llevaría el repartidor a los subscriptores y que nadie vocearía por las calles porque entonces no había, como ahora, papeleros.

Dirigía, escribía, corregía, doblaba y enfajillaba *El Domingo* el propio Manuel Rubio que andaba entre los cuarenta y los cincuenta; flaco, huesudo, cargado un tanto de hombros, por lo general con barba de cuatro o cinco días, y cuando caminaba por las calles empuñaba grueso bastón que nunca le faltaba, oliendo algunas veces a mezcal.

No carecía, en lo absoluto, de conocimientos literarios; pero escribía en prosa con pobreza de lenguaje y sintaxis deficiente, y en verso, con desconocimiento de la técnica.

La poesía, sin embargo, era su debilidad, y en raras ocasiones aparecía su periódico sin una suya.

Manuel Gutiérrez Nájera trazaba en México el camino que habían de seguir los modernistas de los que fue inmediato precursor, y sus versos los leían con delectación las personas amantes de las bellas letras, que en nuestro viejo Guaymas no eran pocas.

*El Machete* era casado y con dos hijos: un par de avisados *Machetitos*, que habían heredado, en diminutivo, el sobrenom-

bre de su padre; pero ni su estado civil ni su edad fueron obstáculos para que se prendara de María Martínez, agraciada jovencita de cutis levemente apiñonado y de grandes ojos negros, que con su familia vivía en los bajos del Hotel Central (donde ahora se levanta el edificio de la Proveedora de Buques) que cantaba las románticas canciones de aquel tiempo, y que años después se casó con Miguel Mouet.

Cautivado, pues, por los ojos y el donaire de María, la escogió como su musa, e imitando, sin escrúpulos, al Duque Job en una de sus poesías más leídas, recitadas y aplaudidas, ensalzó sus gracias y su encanto en unos versos lamentablemente *cojos*:

Desde la calle de La Cantera  
hasta la esquina del muelle fiscal,  
no hay una niña más hechicera,  
con tanta gracia, con tanta sal,  
como mi tórtola cancionera.

Pero la tórtola no hizo el menor caso de su galanteo.

*En aquel tiempo*, los asiduos parroquianos de la cantina del Hotel Almada, acostumbraban sentarse en sillas puestas en la calle, al margen de la esquina de la acera, cuando la tarde caía y hasta allí les llevaba el cantinero las copas de tequila, colocándolas con aceitunas, un salero y rajitas de limón, en la mesita que tenían a su alcance.

Pasó una tarde *El Machete*, un poco chispo, y convidó a dar un paseo al *Chueco* Maytorena, cuyas ocurrencias le dieron gran celebridad; pero *El Chueco*, llevándose la mano a la torcida boca, como para enderezarla, y haciendo un ingenioso juego de palabras para el que se prestaba el apodo de su amigo, respondió a la invitación con fingida seriedad: "No acostumbro andar armado".

El grupo estalló la carcajada y el aludido se marchó tragando lumbre.

El *Domingo* y *El Machete* desaparecieron a principios de este siglo, en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## XXXIII

### “EL CABALLO”

*En aquel tiempo*, representábase en el Teatro Alvarez una pastorela, ante un público que lo llenaba.

Uno de los personajes de la pieza era un joven espigado, José María Ramírez, cuya cara, desde la nariz hasta la barba, le daba cierto aspecto de caballo, de donde le vino el sobrenombre. Representando su papel de ángel o de arcángel, lanzó de pronto el grito que se indicaba en el libreto: “¡Abrete, abismo, y trágate al Demonio!”

En la cazuela, entre un grupo de truhanes, *El Coyoli*, sonreía socarronamente: y sin dejar de sonreír, ahuecando la voz al escuchar la imprecación dirigida a Satanás, gritó a su vez: “¡Abrete, abismo, y trágate a *El Caballo!*”

Perdió el aludido los estribos, prescindió del respeto debido al auditorio y vociferó a su vez: “¡Abrete, abismo, y trágate a su madre!”

Se armó gran tremolina, y hubo necesidad de suspender, por largo rato, la representación.

Todavía hay quienes refieren, como cierto, el episodio.

*El Caballo* fue creciendo en edad; comenzó a ejercer de tinterillo, con clientela pobre; se aficionó a la bebida y cuando ya se acercaba a la vejez, como la pobreza lo agobiara se coló en la secretaría del Ayuntamiento, en solicitud de alguna *chamba*.

En el secretario don Manuel Calderón de la Barca, inteligente, bromista, con gran facilidad para coger al vuelo el lado flaco de los hombres y hacer con ello un chiste, y contestó así a la demanda: “¡Hombre, qué casualidad! llega usted a tiempo.

El comisario de policía de San José de Guaymas está reclutando gente para perseguir a una gavilla de yaquis, ¡y necesita caballos!”

La alusión a su apodo era directa; Ramírez, al oírla, “respingó”; dio media vuelta y se marchó mascullando interjecciones que no son para decirse.

Individuo pintoresco de *aquel tiempo*. su vida atormentada se alargó hasta ya bien entrado el siglo XX, en que se fue para siempre, abatido repentinamente por la muerte que paralizó su corazón, sin dejar a la zaga odios ni resentimientos; recordado con misericordiosa simpatía por sus contemporáneos de su Guaymas, de su viejo Guaymas.

## XXXIV

### “EL COYOLI”

A Eduardo Bernal le llamaban *El Coyoli*. Personaje de novela picaresca de *aquel tiempo*, como *El Caballo*, se presentaba en todas partes tal cual era: sin hipocresía, sin recato, sin recámaras, sin recovecos, sin escrúpulos, o para decirlo con mayor exactitud, sin pizca de vergüenza; haciendo alarde de sus truhanerías, pero raras veces se atraía malquerencias, sino que más bien se festejaba su cinismo.

Sin convicciones de ninguna clase, porque todas le importaban una higa, se prestaba para instrumento de enjuagues políticos, aun tratándose de los más turbios, por la cuenta que le tenían en cuanto a la paga en monetario que iba a dar a sus bolsillos. Con ese carácter iba a veces a Hermosillo, y allí ganó casi tanta popularidad como en su tierra.

En 1906 llegó a México con alguna comisión, y a poco de su arribo, se encaminó a la Secretaría de Gobernación a saludar a don Ramón Corral, que la tenía a su cargo y era ya vicepresidente de la República. Subió hasta allá, por las marmóreas escaleras, y penetró parsimoniosamente en la antesala.

Se acercó al ujier y le pidió que lo anunciara. —¿A quién anuncio?— le preguntó el estirado cancerbero.

—Dígale usted al señor Corral, que viene a saludarlo *El Coyoli*, de Guaymas.

Se llevó el recado, se abrió la puerta del despacho, y apareció, sonriendo, en el umbral el propio don Ramón; lo abrazó afectuosamente, y lo pasó al interior, donde conversó con él detenida y largamente, inquiriendo sobre cosas de su Estado.

Salió *El Coyote*, dándose aire de persona de grandísima importancia, y fue en seguida en busca de algunos de los pocos guaymenses que en aquel tiempo residían en la capital, para charlar con ellos y hablarles sobre su visita al vicepresidente.

Breve fue su permanencia en la metrópoli cuyos habitantes pasaban apenas de 400 000; regresó a su Guaymas y siguió viviendo a la ventura, como litigante marrullero y enredoso cuando se necesitaban sus servicios para la tramitación de algún asunto poco limpio, atenido a lo que el azar le deparara y embriagándose cuando se le presentaba la ocasión.

Viejo ya, despreocupado y sin escrúpulos morales como en su juventud, se sentaba por las tardes en alguna banca de la plaza. Las gafas con arillos de metal cabalgaban trabajosamente sobre su nariz, y al través de los vidrios empañados, con los ojos que la larga edad iba apagando, observaba indiferentemente el monótono paso de la vida.

Sobrevivió a *El Machete* y a *El Caballo*, y murió en 1928, a los ochenta años de edad.

Al terminar los esbozos de estas pobres almas, nos enternecemos, sin saber por qué; acaso por estar íntimamente ligado su recuerdo al de nuestros ya remotos años juveniles, discurridos en el viejo Guaymas.

## LAS FIESTAS PATRIAS

Allá por el 85 o el 87, un reducido cuerpo de serenos y un cabo montado bastaban para la vigilancia nocturna en la ciudad.

En las noches calurosas, como ahora lo hacen muchas, gran número de familias dormían en la acera, abiertas las puertas de sus casas o solamente protegidas éstas con endeblés rejas, cuando lo hacían en los corredores, sin que nadie intentara valerse de la ocasión que se ofrecía, para cometer un robo. Tan grande, tan completa era la seguridad.

Diariamente, entre las diez y las once de la mañana, los mismos serenos salían con su escalera de mano e iban alimentando con petróleo, de esquina en esquina, las lámparas de los faroles ajustados a la pared con tirantes de acero y cuando comenzaba a reinar la obscuridad, las encendían y lo mismo hacían en los de la plaza cuando una banda o una orquesta daban audición.

La plaza era el centro de reunión de todo el mundo. En los lotes que se destinaban y aún se destinan a plantas de adorno, crecían las de *espuelitas*, *chícharos*, mastuerzos, rosas y otras diversas flores, entre éstas, una cantidad enorme de amapolas, cuyo cultivo no estaba prohibido, como ahora, porque a nadie se le había ocurrido utilizarlas en la elaboración de opio.

En los aniversarios patrióticos, después de las regatas y de la cucaña, llamada *palo ensebado*; e imprescindibles entonces, como ahora, la multitud acudía a aquel su lugar favorito de recreo, en cuya glorieta ejecutaba marchas y las piezas más en boga, una banda militar.

En cada esquina se colocaban, sobre bancos de madera, grandes barriles pintados de blanco, llenos de sangría hecha con legítimo vino de California, limones y azúcar tepiqueña, con la que se obsequiaba, en la cantidad que lo desearan y en grandes vasos de vidrio, a quienes los solicitaban.

Por ahí solía discurrir don Pancho Balcázar, el *Boca Chueca* con la garrafa de nieve de vainilla en un carrito de mano, y la vendía a un medio la ración, en platitos de cristal.

Por la noche, no bien había obscurecido, comenzaba lo mejor y más lucido de la fiesta: los fuegos artificiales, fabricados por un notable artífice de la pirotecnia, hombre sumamente humilde a quien se conocía más que por su nombre, por el apodo de *El Torote*; y eran verdaderas obras de arte sus luces de bengala, sus cohetes, que se elevaban en el aire, y ya en la altura, estallaban en estrellas de colores, y los castillos de estructura complicada, y de maravilloso efecto que se reservaban para remate de la fiesta.

Cerca de las nueve el público se reconcentraba frente al templete donde se pronunciaría el discurso oficial, a cargo de don Alejandro Wallace, que aún no obtenía el título de médico que después obtuvo en Norteamérica; del licenciado don Isidro Castanedo o de algún profesional que accidentalmente vivía entre nosotros.

Mientras peroraba, don Alejandro hacía a veces largas pausas para recapacitar; se rascaba la cabeza, y después de hacerlo proseguía, en tanto que don Isidro hablaba con fluidez, y en algunas ocasiones hasta en verso.

Como adorno, la plaza lucía centenares de faroles de papel, verdes, rojos, azules, amarillos, con las velas encendidas, y profusión de banderas y gallardetes tricolores, mientras en las azoteas de todas las casas de la vecindad, despedían brillante luz centenares de lamparillas improvisadas con pequeñas cazoletas y fondos de botella, pintados con los colores nacionales, colocados en el orden en que lo están en nuestra enseña, y alimentados con aceite de pescado.

Pero el alma de toda la festividad era don Quirino Rosas, juez del estado civil en ocasiones y a las veces secretario del Ayuntamiento; de cabeza como bola de billar por la calvicie;

que vestía severa levita negra, y a quien en gran parte se debía el éxito alcanzado por el empeño y el tesón desplegados en el arreglo de los actos realizados.

Don Quirino era del Estado de Chihuahua; pero durante largo tiempo, hasta su muerte, residió en el viejo Guaymas.

## XXXVI

### LA CARCEL NUEVA SE INAUGURA CON ESPLENDIDO BANQUETE

En el solar donde se construyó el Palacio Municipal estaban ubicadas las antiquísimas casas consistoriales, asiento de la autoridad local y de la prisión civil, donde en 1854 estuvo detenido el conde Raousset, mientras lo juzgaba el consejo de guerra presidido por el general Domingo Ramírez de Arellano, que lo condenó a la pena capital.

En el transcurso de los años la finca perdió el nombre primitivo y en ella quedó sólo la cárcel, con vista a la calle Principal, de manera que los transeúntes que en el día pasaban por allí, podían ver tras las rejas, a los presos reunidos en el patio; unos con la cara enrojecida por el abuso del alcohol; otros (delincuentes) esperando la sentencia, o el día en que saldrían libres, y algunos, desaseados, sucios, espulgándose para librarse del escozor de los piojos. En un pequeño cuarto anexo, el alcaide don Pomposo Navarro se desaburría leyendo algún periódico.

El 18 de enero de 1897, la cárcel se cerró para ser substituida por la nueva, que es la actual, en la antigua "plaza de los carros", a la que los presos, en parejas, fueron conducidos entre dos largas filas de soldados.

A la vanguardia caminaban, agobiados por el largo cautiverio, José Gutiérrez *El Correíto* que por causa de una hembra casquivana, asesinó con puñal al cochero Eduardo Miranda, y Manuel Espinosa que mató a un gendarme conocido comúnmente con el diminutivo de Nachito, y para quienes el agente del Ministerio Público pedía el paredón.

Un día antes, el 17, el penal había sido oficialmente inaugurado con asistencia del gobernador Corral, del doctor Prisciliano Figueroa, vicegobernador en funciones en lugar de aquél: del jefe de la zona militar, general don Luis E. Torres, y de los señores mencionados a continuación: Rafael Izábal, Francisco Espriu, Arturo Avilés, Fernando Montijo, Celedonio C. Ortiz, Wenceslao Iberri, licenciado Fidel S. Pujol, Alfredo Monteverde, Toribio García, Ignacio M. Iberri, Alberto Clausen, licenciado Isidro Castanedo, Juan N. Bringas, coronel Francisco Peinado, José María Maytorena, Guatimoc A. Iberri, Carlos R. Félix, Alberto Cubillas, Alejandro D. Ainsle, Antonio B. Monteverde, Francisco Maytorena, Gabriel J. González, Luis G. Dávila, Gabriel Ortíz, Carlos Rodríguez, Guillermo H. Robinson, Juan B. Scolari, Guillermo Escalante, Feliciano Monteverde, Cayetano L. Iñigo, Felizardo Verdugo, Fernando N. Méndez, Octavio Torres, Alberto Guarneros y León S. Horvilleur, que celebraron la inauguración con un espléndido banquete en la galera número 1, donde se pronunciaron discursos alusivos.

Del gran número de comensales sólo sobrevive uno: Guatimoc A. Iberri, representante auténtico del viejo Guaymas.

## XXXVII

### FUNCION TEATRAL DE GUAYMENSES EN HERMOSILLO

Año de 1889. Hermosillo era en *aquel tiempo* una ciudad de escaso número de habitantes. La cruzaban acequias, por las cuales corría el agua del río de Sonora –cenagosa a veces– y que le daba aspecto arcaico; pero la impresión de viejo pueblo con que aparecía a los ojos del visitante, la borraban los impulsos de modernidad que empezaban a manifestarse en diversos rasgos de su vida.

Asiento de una sociedad elegante, culta y distinguida, el 4 de mayo de aquel año recibió con alegría y aplaudió con entusiasmo al cuadro de aficionados al arte teatral, llegados de Guaymas, que se presentaron en su coliseo, bajo los auspicios de nuestra Junta de Instrucción Pública y con el propósito de allegarse fondos destinados al fomento de nuestras escuelas.

Formaban el cuadro los miembros de la sociedad porteña de mayor presencia artística y gran número de alumnos de los establecimientos oficiales de enseñanza; y la excelencia del programa de la función y el buen gusto entonces imperante quedan de realce con la simple trascripción de aquél.

Estaba redactado así:

Maestro Director, señor Víctor Salazar.– Director de Escena, señor Eduardo Gaxiola.

## PRIMERA PARTE

- 1o.-Obertura por la banda del 11o. regimiento.
- 2o.-Coro del Cuchicheo -*Juramento*- Gaztambide.
- 3o.-*Cavatina de bernani* -Verdi- Señorita Teresa Llaguno.
- 4o.-*Norma* -Fantasía para violín- Señor Enrique Astiazarán.
- 5o.-*Cavatina de Favorita* -Donizzeti- Señorita Columba Patiño.
- 6o.-*Pico de Oro* -Monólogo por el niño Mario Garay.
- 7o.-Aria de *El Barbero de Sevilla* -Rosini- Sra. Elvira F. de von Gündell.
- 8o.-*Jota Aragonesa* -Bailada por la señorita Luisa Bustamante y el señor Francisco Azcona.
- 9o.-Coro Infantil.

## SEGUNDA PARTE

- 1o.-Obertura por la banda del 11o. regimiento.
- 2o.-*Jota Aragonesa* -Coro.
- 3o.-Variaciones de *El Carnaval de Venecia*.
- 4o.-*Lucía de Lammermoor* -Elena de Merchant.
- 5o.-Presentación de un habitante del planeta Marte.
- 6o.-*Los Hugonotes* -Aria del paje- Señora Elvira F. de von Gündell.
- 7.-*¡Quién supiera escribir!* -Campoamor- Señorita Carmen Morán y señor Alfredo Díaz V.
- 8.-*El Anillo de Hierro* -Coro de Pescadores.

El día siguiente, domingo 5, se dio la segunda función con el programa que sigue; excelente también.

## PRIMERA PARTE

- 1o.-Obertura por la banda del 11o. regimiento.
- 2o.-*La Africana* -Meyerbeer- Aria por la Señora Elvira F. de von Gündell.
- 3o.-*Pique Dame* -Suppé- Flauta, violín y piano. Señores Manuel Bretado, Enrique Astiazarán y Víctor Salazar.

- 40.-*L'Ardila* -Wals-Arditi- Señorita Teresa Llaguno.  
 50.-*Una lección práctica* -Monólogo por el niño Mario Garay.  
 60.-*Mariano Faliéro* -Verdi-Dúo- Señorita Columba Patiño y  
 señor Guillermo Crespo.  
 70.-*Adiós a Hermosillo* -Coro Infantil.

## SEGUNDA PARTE

10. Obertura por la banda del 110. regimiento.  
 20. *Me conviene esta mujer* -Juguete cómico, en un acto, por los niños  
 Carmen, Leoncio y Mario Garay.  
 30. *Aída* -Verdi-Dúo- Señora Elvira F. de von Gündell y señorita  
 Columba Patiño.  
 40. *Jota Aragonesa* -Bailada por la Señorita Luisa Bustamante y el  
 señor Francisco Azcona.  
 50. Canciones españolas, por la Señora Elvira F. de von Gündell.  
 60. Orquesta Típica de Guaymas.  
 70. *Jota Aragonesa* -éoro.

Formaban el coro de adultos las señoritas Teresa Llaguno, Columba Patiño, Josefina M. de González, Mariana y Cármen Morán, Orsina Quiroga, Carolina, Carmen y Dolores Clausen, María Armienta, Amelia e Ignacio Húñez, Concha Garay, Alejandra Lübbert, Amparo y Luisa Bustamante y Teresa Crespo, con los señores Guillermo Crespo, Alfredo Díaz V., Enrique Fuhrken, Emilio Clausen, Gustavo Lübbert, David Spence, Joaquín Redo, Abraham Hale, Francisco Azcona, Francisco Bustamante, Enrique y Carlos Astiazarán y el infantil, las niñas Carmen Garay, Guadalupe Munguía, María Morán, Eloísa Díaz, Julia Meyer, Luz Morales, Luisa Cañedo, Guadalupe Rivera, Natalia Garay, Artemisa Camalich y María Luisa Iñigo, con los niños Leoncio y Mario Garay, Alfonso Verdugo, Alfonso Espriú, Carlos Clausen, Ignacio de la Peña, José Iberri y Arturo Lelevier.

## XXXVIII

### LA CRONICA DE LAS FUNCIONES

Editábase en Hermosillo un periódico llamado *La Constitución*, y reseñando los dos conciertos a que nos hemos referido en el capítulo anterior, lo hizo en términos en que se desbordaba el elogio para los ejecutantes.

Y como el capítulo quedaría trunco sin la crónica entonces publicada, nos hemos decidido a transcribirla.

Dice así:

Con el coro del *Cuchicheo* de la conocida zarzuela de Gaztambide, comenzó a formarse la cadena de triunfos y ovaciones que conquistaron para sí las señoritas y caballeros que lo ejecutaron. En el curso del programa interpretaron el coro de pescadores de *El Anillo de Hierro*, repitiendo el de *El Juramento*, la segunda noche. No creemos volver a admirar en mucho tiempo en nuestro teatro, un cuerpo de coros como éste, compuesto por jóvenes de las familias más distinguidas de Guaymas. Perfectamente ensayados, honran al director de la orquesta, señor Víctor Salazar.

La cavatina de *Hernani*, número de la señorita Teresa Llaguno, fue escuchada en medio de un silencio, impaciente por estallar en atronadores aplausos, que se desbordaron antes de extinguirse la última de sus cristalinas notas. La señorita Llaguno acaba de pasar los dinteles de la infancia y cruza por la línea indefinible que separa la niñez de la mujer.

En la segunda noche, cantó el difícil wals *L'Ardila*, interpretándolo con sentimiento y ternura.

El señor Enrique Astiazarán ejecutó en el violín una fantasía de *Norma*, con el arte e inteligencia que le son característicos. Ya sa-

bíamos que era un profesor en el difícil instrumento que ha inmortalizado a Paganini.

Enseguida apareció en la escena la señorita Columba Patiño. Una cavatina del maestro Donizetti, de la gran ópera *Favorita*, hizo las delicias de los inteligentes. La señorita Patiño tiene una voz extensa y vibrante. Su figura simpática y sus dotes artísticas se revelaron fácilmente a la concurrencia, que aplaudió con entusiasmo. Fue de nuevo admirada y aplaudida en la segunda noche, compartiendo los aplausos con el señor Guillermo Crespo, que la acompañó en el dúo de *Mariano Faliero*.

La virtuosa señora Elvira F. de von Gündell cantó un aria de *El Barbero de Sevilla*. ejerciendo desde luego en el público esa fascinación que producen los verdaderos artistas. Sin esfuerzo, con naturalidad y dulzura, luciendo tranquila su voz privilegiada, terminó su número en medio de salvas repetidas y de atronadores aplausos.

Sigue diciendo el cronista que una ligera indisposición le impidió cantar dos arias y un dúo, también anunciados, y añade: "Empero, encantó a la concurrencia con unas canciones españolas llenas de sentimiento y ternura, mereciendo una lluvia de flores que cayeron a sus pies".

*La Jota Aragonesa* que bailaron la señorita Luisa Bustamante y el señor Francisco Azcona, llevó a su colmo el entusiasmo de la concurrencia, que pidió la repetición en ambas noches.

La señorita Carmen Morán y el señor Alfredo Díaz Velasco, interpretaron un interesante diálogo de Campoamor. La señorita Morán es bellísima y su expresión positivamente encantadora.

A cargo de los niños Carmen, Leoncio y Mario Garay, estuvo un capricho titulado *presentación de un habitante del planeta Marte*, delicada y bien escrita crítica de costumbres sociales.

Estos tres niños llamaron la atención notablemente por su precoz inteligencia.

Un terceto de Suppé *Pique Dame*, para flauta, violín y piano, por los señores Bretado, Astiazarán y Salazar les dio oportunidad de demostrar sus profundos conocimientos artísticos. El señor Bretado, con su flauta, nos deleitó con las variaciones del *Carnaval de Venecia*. arrebatando al público con su excelente y sentida ejecución.

Las dos noches se presentaron los coros infantiles, compuestos de graciosos niños de ambos sexos. El espectáculo de esos pequeños, atentos a la batuta del maestro Salazar, habló muy alto en favor de los organizadores de la fiesta.

La Orquesta Típica de Guaymas dirigida por el joven Astiazarán, llamó la atención por su originalidad. Vestidos a lo charro, sin más instrumentos que el armónico y dos guitarras, tocaron perfectamente algunas piezas, entre ellas el popular vals *Sobre las Olas*, cuya ejecución no dejó nada que desear.

Durante la segunda representación, infinidad de *bouquets* alfombraron la escena. En un intermedio del segundo concierto, una comisión presidida por el Gobernador del Estado, se presentó en la escena, acompañando a la señora Elvira F. de von Gündell, y presentándole elegantes *bouquets* fue leída por el señor Corral, la alocución siguiente, que fue, por cierto, estrepitosamente aplaudida.

XXXIX

EL DISCURSO DEL GOBERNADOR  
DON RAMON CORRAL

El siguiente es el discurso del gobernador Corral, a que en el capítulo anterior nos referimos, y pronunciado por él al ofrecer un ramo de flores a la distinguida y gentil dama doña Elvira de von Gündell.

Señora:

Con profunda emoción venimos, en nombre de la sociedad de Hermosillo, a ofreceros este humilde ramo de flores, como un tributo de simpatía por vuestros nobles esfuerzos en favor de la juventud que se educa. Quisiéramos daros un trono, que bien lo merecéis por vuestro talento y por vuestras virtudes; pero ya que no podemos colocarnos en el número de los potentados de la tierra, aceptad el perfume de estas flores y el reino de todos los corazones bien puestos: en ellos ejercéis un dominio absoluto, el de la admiración y respeto que inspiran vuestro talento de artista, vuestra abnegación como redentora de la niñez y vuestras virtudes como mujer.

Si pudiéramos daros la corona que merecéis, arrancaríamos del firmamento las más brillantes de sus estrellas y las colocaríamos sobre vuestra frente inspirada; si hubiéramos de aplaudir conforme a nuestros deseos esas notas incomparablemente dulces y tiernas que brotan de vuestra garganta, lo haríamos con aleteos de ángeles, y si hubiéramos de expresar con exactitud los sentimientos del público que os escucha palpitante de emoción, sería necesario inventar un lenguaje menos rebelde e impotente que nuestro lenguaje, para interpretar las profundidades del alma. Nada de eso tenemos, señora, y solamente podemos presentaros, en pálido

idioma, los testimonios de admiración de una sociedad en la que habéis conquistado tantas simpatías como aplausos, y tanto cariño como respeto.

A cada una de vuestras colaboradoras en esta obra grandiosa que habéis llevado a cabo, quisiéramos individualmente expresarles iguales sentimientos; mas ya que esto no es posible, sed nuestra intérprete para con ellas; decid a la señora de Bustamante que sabemos cuánto se debe a su inteligente iniciativa; a la señora de Iñigo, que admiramos su empeño e incansable solicitud; a la familia Garay, que apreciamos su decisión y sus talentos; en una palabra, a todas las señoras y niñas que os han ayudado en esta empresa, manifestadles las simpatías que se han conquistado en esta población, que conservará un grato e indeleble recuerdo de la Compañía Infantil de Guaymas; pero sobre todo, señora, os rogamos que muy especialmente a la angelical Luisita Bustamante le hagáis presente cuán sinceros y espontáneos han sido nuestros aplausos, y cuán grata memoria deja en Hermosillo.

Creed, señora, que nuestra mayor satisfacción será que llevéis, con todo el interesante grupo de la sociedad guaymense que ha venido a deleitarnos, una agradable impresión de nuestra ciudad, que nosotros el encanto de estos dos días en que nos habéis honrado con vuestra presencia y de estas dos noches en que nos habéis deslumbrado con vuestros talentos, lo guardamos cariñosamente en el santuario de nuestros recuerdos.

## EL "CHAPO" CRESPO Y BRETADO

Guillermo Crespo, el *Chapo* Crespo para todos sus amigos y aun para quienes no lo eran, miembro de distinguida familia guaymense que vivía en la casa de su propiedad, frente al costado occidental de la plaza de armas, y que es hoy hospedería de *La China*, estaba al cuidado de una cantina y un billar de que era dueño, en el piso inferior de la finca.

La cantina tenía el nombre de *La Mar*, y a ella acudía abundante y selecta parroquia; pero un día, cuando el siglo XIX no finalizaba aún, liquidó el negocio y emprendió lo que *en aquel tiempo* era fantástica aventura: marchar a París, con recursos limitados y educar su voz de barítono en un conservatorio de la luminosa capital.

Pero frustrados sus propósitos, por razones que no nos es fácil precisar, no se desalentó y siguió viviendo allí, gastando parcamente sus ahorros, hasta familiarizarse con el ambiente artístico, social y de la mala vida, a orillas del Sena, por donde solían discurrir pecadoras y grisetas y en cuyas aguas los desechos humanos, estragados por el vicio, iban a sepultar su desventura; de manera que, transcurrido algún tiempo, pudo subsistir como experto *Ciceroni*. Cuando don Ramón Corral y don Pedro Albín anduvieron por ahí, recompensaron sus servicios con largueza.

Y en aquel París, el París de Lina Cavalieri y de la Bella Otero; el París de Cleo de Merode y las grandes artistas cortesanas, amigas predilectas de príncipes y reyes; el París de los *follies*, el *Berger* y el *Marigny*, donde se ponía cátedra de baile,

de canto y de impudor; el París de la *divina Sarah* y de Catulle Mendés, el *Chapo* continuó ejerciendo fácilmente sus funciones de guía de forasteros hasta 1922 o 23, en que se decidió a volver a México. Se radicó por breve tiempo en la metrópoli; pero sea porque el clima dañara su salud, o más bien por sentirse extranjero en su patria, después de larga ausencia, y con más amplias relaciones y mayor arraigo en la capital de Francia, regresó a ella, donde falleció.

Manuel Bretado, de San Luis Potosí, vino muy joven a Guaymas, con la orquesta de una compañía de zarzuela, y con su hermano Julián, músico insigne, director que manejaba con maestría la batuta, señor de la armonía, a quien el mar se tragó durante una excursión en bote; y fue entonces cuando él, que era menor, tomó su puesto. Su instrumento era la flauta, pero una flauta que en sus manos y en su boca exhalaba quejas y suspiros, gritos de locura, de alegría o de pasión, como alma humana.

Llegó Angela Peralta con su ópera, y él ingresó en la orquesta de la compañía. Era un músico como los otros, excelentes todos, sin que se singularizara entre el conjunto; pero de improviso vino la revelación de su valía. Fue una noche inolvidable, en el aria de *Lucía*; los lamentos de su flauta se fundieron con la voz de la cantante; se entabló una competencia de tonos y de escalas entre el tubo de madera y la garganta de la diva, y al final, al apagarse las notas melodiosas en medio de un silencio religioso que parecía palpase en el salón, el entusiasmo del auditorio delirante, enloquecido, estalló en una ovación interminable, compartida entre él y ella. Cautivada la Peralta por el arte de Bretado, le pidió que le siguiera, con su cuadro, a Mazatlán, y la siguió, pero tuvo que volver por la muerte de la enorme artista.

Se quedó, pues, en esta tierra, al frente de su orquesta, la famosa *Orquesta de Bretado*: pero ya casado y con familia, necesitado de mayores recursos para sostenerla, estableció una pequeña fábrica de cigarros que duró hasta su muerte, ocurrida el 5 de enero de 1900, a los 44 años de edad. Murió pobre, pero ¿qué más da? El rasero de la muerte iguala a los pobres y a los ricos; lo mismo a los que yacerán bajo un mísero montón de

tierra sobre la cual se clavará una humilde cruz, que a los que reposarán bajo tumbas de mármol o granito con pomposos epitafios. Lo que importa, aunque sólo sea desde el punto de vista puramente humano, es dejar un recuerdo perdurable, como prolongación de nuestra vida, aun después de que Dios que nos la dio, nos la quitó.

## XLI

### NAPOLÉS, EL NIÑO Y TILO

Maximiliano Carrasco era su nombre; pero todos le llamaban *Nápoles*. Muchísimas personas no lo conocían más que por el apodo. Músico por afición, pero solamente empírico, o como se dice impropriamente, lírico, tocaba al mismo tiempo la guitarra y la siringa, instrumento pastoril compuesto de tubitos de carrizo que forman escala musical y van sujetos unos al lado de otros; pero al que nosotros, desconocedores de su nombre verdadero, le llamábamos simplemente *pititos*, en plural.

Los *pititos* de Nápoles eran famosos. Si había un baile u otra fiesta en que se imponía gasto exiguo, se decía: "que venga Nápoles con los *pititos*" y Nápoles se presentaba con ellos, y con la vihuela. Los colocaba sobre el pecho, cerca de la barba, ajustándolos con una toalla, y los recorría con los labios, arrancando con el soplo las notas de la pieza que se le pedía, acompañadas de las que sus dedos ágiles hacían saltar de la guitarra.

Cobraba un peso por hora, si era él solo el ejecutante; pero doce reales con el *Niño*. El *Niño* era su hijo, un muchachito con su mismo nombre que manejaba con destreza el arco de su violonchelo.

Pero los *pititos* no eran novedad introducida por Nápoles en Guaymas: quien años antes la introdujo fue don Juan Campodónico, buen músico italiano de quien heredó, en grado sumo, sus facultades artísticas, su hijo Rodolfo, aquel inolvidable *Champ* que con el *Club Verde* y otras obras alcanzó fama universal. Hasta en el Japón se ejecutaban.

Además de Nápoles había una orquesta, llamada para ame-

nizar las fiestas de la gente de recursos limitados: la del ciego Domitilo García, *Tilo*, a secas, para todo el mundo, tocador de flauta que a menudo alegraba, con sus músicos, *El Salivazo*.

Cuando marchaba por las calles, lo iba guiando un lazarillo; mas a pesar del guía, lo hacía con tropiezos, pisando el borde de los pantalones arrugados, y luego de llegar a la casa de donde se le había llamado, con sus tres o cuatro humildes filarmónicos, comenzaba a amenizar el bailecito, moviendo a un lado y otro la cabeza, y mostrando, al alzar los párpados, nerviosamente, el blanco de los ojos apagados.

Al morir, con él desapareció el músico más solicitado en el barrio popular de *El Salivazo*, en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## XLII

### LA MUERTE DEL AERONAUTA CHARLES HOWARD

Es el 30 de agosto de 1891. Son las nueve de la mañana. Por distintos rumbos, la multitud va llegando a las cercanías de la plaza donde se levantará el mercado Yáñez y en la que, en lugar de árboles y plantas hay grandes montes de piedras que servirán, sin duda, para cimientos de la finca.

La ciudad comienza a envolverse en un ambiente de tragedia. A poco de haber rayado el alba, ha sido descubierto, a la orilla del mar, en la vecindad del muelle, el cadáver de don Eduardo Morales, padre de numerosa y conocidísima familia. En el libro de actas del Registro Civil se hace constar que probablemente fue víctima de un síncope. El agua salobre le cubría parte de la cara.

El concurso que se reunía en el sitio señalado comentaba el triste fin de don Eduardo; mientras tanto, el aeronauta y acróbata norteamericano Charles Howard, de 30 años de edad y nativo de Fresno, California, comenzaba a inflar su viejo y remendado globo por medio de una hoguera que despedía humo y aire ardiente. El dirigible era un sueño todavía, y ni siquiera se presentía la invención del aeroplano.

Howard, enfundado en traje azul de mallas, se disponía al ascenso para descender después en un paracaídas. Se cogió al trapecio que colgaba de la boca del aeróstato; los mozos que sostenían las cuerdas que sujetaban a éste, las soltaron, y el globo comenzó a elevarse, mientras su arriesgado tripulante ejecutaba actos acrobáticos en la barra. Todo iba bien; pero de

improvisamente, de la multitud se escapó un grito de alarma. La tela de la rudimentaria nave aérea se había rasgado y por la rasgadura principiaban a salir columnas de humo espeso. Howard, a tan gran altura que visto desde abajo daba la impresión de un muñeco, no se dio cuenta, desde luego, de lo que ocurría; de repente alzando los ojos se cercioró de que el globo se desinflaba. Precipitadamente tiró de la cuerda del paracaídas para desprenderlo, pero ya era tarde, pues había disminuido la rigidez que habría hecho sencilla la operación a causa de que el aeróstato se doblaba y descendía. El acróbata lo intentó varias veces, y a todos sus esfuerzos respondió el fracaso. Entonces, viéndose perdido, se encogió en el aire, hundiendo la cabeza entre las piernas hasta caer, sin soltarse de la barra, en el corral de *La Baja California*, tendejón de Adolfo Zúñiga, ubicado en la calle Principal, entre cajones abiertos y amenazadores con las púas de los clavos. Uno de éstos se hundió en el tórax del californiano y cuando se le recogió de allí, con vida todavía, se advirtió que su estado era gravísimo. Efectivamente, pocas horas después fallecía.

Con intervención del cónsul norteamericano, mister Willard, se levantó el acta de rigor, y transcurrido el tiempo necesario fue sepultado el cadáver en el único cementerio entonces existente, el ahora llamado Viejo.

La defunción ocurrió poco después de mediodía; personas distinguidas habían preparado una tertulia, un baile, una *tardeada*, como ahora se dice; pero en señal de duelo y de respeto a la memoria del muerto, se optó por suspenderla.

Y la decisión fue unánime, porque así era el viejo Guaymas.

## XLIII

En la tierra bajo la cual fue sepultado Charles Howard no se puso otra señal y otro epitafio que una tabla de pequeñas dimensiones con el nombre del difunto.

Durante muchos años fue vista en el mismo sitio, pero un día desapareció; o los restos del fracasado aeronauta habían sido exhumados y llevados a su pueblo, o —lo que más bien parece haber sucedido— fueron arrojados al osario, por no haber sido adquirido a perpetuidad el lote donde reposaban.

A la entrada del cementerio, a pocos pasos de la puerta, estaba la tumba del general Marcos Carrillo, que siendo jefe de esta zona militar, el 9 de febrero de 1892 falleció de un síncope cardiaco en el pueblo de Torim, desde donde dirigía la campaña contra los indios alzados.

Originario de Cosamaloapan, en el estado de Veracruz, había llegado a los cincuenta y dos años de su vida, pero a nosotros, los muchachos que lo veíamos cuando visitaba a nuestro puerto, nos parecía un anciano de mucha mayor edad.

Su cadáver fue traído a Guaymas para sepultársele, y en la tarde del entierro fue seguido por larguísimo cortejo, formado por los representantes de las autoridades civiles y militares, por gran número de particulares y por alumnos de todas las escuelas públicas que marcharon andando, detrás de la carroza.

Sobre el general Carrillo se contaban dos hechos que no sabemos que fueran comprobados: uno relativo a sus funciones oficiales, cuando las ejercía, y el otro ocurrido muchos años después de su muerte; el primero, consistente en que había propuesto al gobierno del general Díaz, o pensaba proponer, que para la pacificación del Yaqui convenía convertir la región en territorio

federal, segregándola del dominio del Estado; y el segundo, que al exhumarse sus despojos para trasladarlos a México o a su tierra natal, se habían descubierto, ceñidas a los huesos de la cadera, las raíces de un mezquite que creció a la orilla del sepulcro.

Casi a inmediaciones de éste, estaba y aún está, el de Ignacio García, fallecido el 14 de junio de 1898, de congestión del hígado, según el acta de defunción.

Nacho García merece una descripción más detenida. Tras puesto apenas el umbral de la adolescencia, fue colaborador asiduo del semanal *El Tráfico*, un gran periódico de don Fernando Espriú, y sus artículos de crítica social en los que se habría dicho que percibía la influencia de Mariano José de Larra, el *Fígaro* español de principios del siglo XIX, eran leídos con interés y comentados en los corrillos de las personas amantes de la lectura, que entonces abundaban.

El joven escritor cultivaba también la poesía, y es de lamentarse que no se conserven sus versos, a excepción de un monólogo en que presenta al general José María Yáñez, relatando la hazaña del 13 de julio y el fusilamiento de Raousset, escrito en forma ríspida y por otros conceptos defectuosa, por lo que no puede tomarse como índice del mérito de otras de sus producciones, que alguna vez oímos elogiar.

De todas maneras, juzgando de su obra literaria por sus prosas o por lo que de algunos de sus versos se opinaba, Nacho García, andando el tiempo y con el ejercicio de la pluma que inició desde temprana edad, habría llegado a ser probablemente una figura de relieve en el campo de las letras sonorenses. Desgraciadamente, llegado apenas a los veintitrés años, para no decirlo con toda su crudeza, la bohemia lo mató.

## XLIV

### LA INAUGURACION DEL MERCADO

El 16 de septiembre de 1901 se abrió al público el mercado Yáñez, mandado construir por don Luis A. Martínez, que lo poseyó por largo tiempo. Dirigió la construcción el ingeniero don Eduardo Gaxiola, y el costo del edificio, con sus casilleros interiores y el servicio del drenaje y de agua, más la instalación del alumbrado eléctrico, fue de \$97,800.00.

Gran parte de la población recibió con beneplácito la apertura; pero, económicamente, tuvo la característica de un golpe en el riñón para veinte o treinta propietarios de pequeñas tiendas de abarrotes (don Juan Guillén, *La Sombrerera*. Canuto Cárdenas, *La Güera Dominga*. Adolfo Zúñiga y otros) a quienes desde entonces se les prohibió la venta de pescado, carne, frutas y verduras, que tenían que adquirirse, necesariamente, en el mercado.

Los trabajos de construcción del edificio duraron exactamente un año. El solar era una antigua plaza escueta, sin árboles, sin bancas como en reciente capítulo dijimos, y en una de cuyas esquinas, al obscurecer, algunas mujeres del pueblo instalaban fondas ambulantes, donde por escasa paga servían las comidas y donde las rocas eran los asientos de los parroquianos, en su mayoría trabajadores sin familia que devoraban los sabrosos guisos, cocinados al estilo del país.

El 16 de septiembre de 1900 se efectuó la colocación de la primera piedra. En la acera que queda enfrente de la que habría de ser la puerta principal, se formó una plataforma en la que se puso la tribuna para el orador. Nos tocó dirigir la palabra al

gran concurso que asistiría al acto; pero no para referirnos a la obra que se iba a comenzar, sino al aniversario patriótico que se celebraba, y lo hicimos con la pedantería de nuestros veintidós años y las vagas nociones de retórica con que comenzábamos a ejercitarnos en el deleitable cultivo de las letras.

Días antes escribimos el discurso, corrigiendo aquí una frase, cambiando más allá alguna palabra que no nos dejaba satisfechos, por otra más exacta y más sonora y rebuscando, para terminarlo, el período de mayor resonancia musical. Lo aprendimos de memoria y lo recitamos como dando la impresión de que a medida que perorábamos, lo hacíamos improvisando.

Estaba ya avanzada la mañana, y del cielo, donde el sol rodaba sin el tropiezo de ninguna nube, llovía fuego sobre la ciudad; pero el calor no estorbaba nuestros ademanes; ni nos ahogaba la presión del cuello almidonado, del chaleco y del jaqué de casimir, porque estábamos acostumbrados al uso de esas prendas, como todos los muchachos de nuestra condición social.

Terminamos sudorosos, con la cara enrojecida, y saltaríamos sobre la verdad si por falsa modestia no dijéramos que fuimos aplaudidos, felicitados y abrazados por gran número de amigos, del Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## XLV

### EL ALBUM DE CONCHA HUGUES

El 28 de febrero de 1950, a los cien años de edad, cansada del largo vivir, y de la inmovilidad a que el agotamiento la tenía sometida, ágil la mente y fresca la memoria, en el asilo de ancianas al que unos meses antes, por acuerdo suyo, había sido trasladada, Concha Hugues exhalaba, sin quejarse, el último suspiro.

Perteneciente a una familia guaymense del siglo XIX, en su juventud había conocido los halagos de la fortuna; después, entrada ya en edad, había heredado de su hermana Trinidad, viuda del general José María Rangel, alhajas de oro, con incrustaciones de rubíes, de perlas, esmeraldas y diamantes, de subidísimo valor; pero al correr del tiempo, exacciones y robos en sus bienes la habían reducido a modesta situación.

En su casa solariega, ubicada frente a la plaza del 13 de Julio, cinco o seis años antes de su traslado al asilo puso en nuestras manos y nos lo obsequió, un álbum en el que amigos y admiradores vaciaron pensamientos elogiosos a ella dirigidos; pero imponiéndonos la condición de que no se publicaran sino hasta después de su desaparición.

En la primera página aparece una poesía del general José Guillermo Carbó, que era jefe de esta zona militar y quien la escribió en el vapor *Newbern*, el 14 de julio de 1880.

El general Carbó, oaxaqueño, hombre de la confianza del general Porfirio Díaz y político influyente, era en toda la extensión de la palabra, un perdulario cuyas ruidosas borracheras escandalizaban a la sociedad; pero tanto por su cultura como

por su trato correcto cuando se veía libre de las garras del alcohol, se le recibía con las atenciones debidas a su alta jerarquía militar, sin adularle.

Inspirado poeta, publicó un libro de versos , cuyos ejemplares han desaparecido, probablemente, en su totalidad; pero en el álbum de Concha Hugues, escrita con hermosa letra, queda la composición galante, con la que ponemos fin a este capítulo.

En blanco casi tu álbum lo recibo.  
Si de tu alma en la página primera  
un recuerdo escribir dado me fuera  
cual en su hoja primer mi nombre escribo,  
por feliz en el mundo me tuviera.

Mas no debo aspirar a tanta gloria,  
es tan sólo una dicha transitoria  
que la imaginación ardiente fragua,  
pues mi nombre se borra en tu memoria  
cual la estela del *Newbern* sobre el agua.

## XLVI

Allá por los ochenta era jefe de Hacienda en este puerto don Agapito Silva. Quienes lo conocieron lo describen como hombre campechano, entre los treinta y cinco y cuarenta años de edad; cordial amigo de los jóvenes guaymenses a quienes solía acompañar cuando llevaban serenatas a sus novias; en una palabra, *muchachero* que versificaba con facilidad, y cuyos versos publicaban los pequeños periódicos locales de aquel tiempo, y los de mayor tamaño, de la capital de la República.

Por su naturalidad y su campechanía gozaba de estimación y de generales simpatías, y sin presentar excusas ni fingir modestia, en los álbumes que le llevaban las muchachas dejaba correr su inspiración.

En el que nos obsequió Concha Hugues, fechados en julio de 1881, escribió, en el estilo acostumbrado entonces, los que se copian a continuación:

¿Cómo pides al ave abandonada  
las notas de un cantar,  
si lejos de su nido, fatigada  
no puede ni volar?

¿Cómo quieres que deje en las hermosas  
páginas de tu amor  
del sentimiento las fragantes rosas,  
si las hirió el dolor?

Sin esperanza, sin placer, ni calma  
busco en vano al vivir,

un prisma de ilusiones para el alma,  
un bello porvenir  
y como única ofrenda del destino  
a mi loca ambición,  
sólo abrojos encuentro en mi camino,  
y muerta la ilusión.

Del pensamiento que soñé en la gloria  
escribo, a mi pesar,  
en las páginas blancas de tu historia  
este triste cantar.

La juventud te ofrece con sus galas  
horizontes de luz  
y ufana tocas con tus regias alas  
un cielo sin capuz.

Amor, placer, felicidad y encanto  
tiene tu corazón,  
que te cobija el refulgente manto  
de fúlgida ilusión.

Vive feliz, arrulle tu existencia  
del mundo en el vaivén,  
esa tranquilidad de la conciencia  
que forma nuestro bien.

Capullo de ilusiones es tu vida,  
y al abrirse gentil  
sentirás, de placer estremecida  
las caricias de Abril.

Que el huracán no empañe tu hermosura,  
y vivas sin cesar  
en un cielo de espléndida ventura  
siendo luz y esperanza de tu hogar.

## XLVII

### EL PREFECTO DEL DISTRITO VERSIFICA TAMBIEN

Veinte o veintiún años antes de finalizar el siglo XIX, don Ricardo de Carricarte era prefecto del Distrito de Guaymas. Cubano de nacimiento, venido a nuestro país acaso huyendo de persecuciones por sus simpatías en favor del movimiento liberador de la Perla Antillana, o por algún otro motivo que en ninguna fuente hemos podido conocer, adquirió nuestra nacionalidad y así fue cómo el gobierno del Estado pudo utilizar sus servicios en la prefectura.

Se le describía como hombre de valor civil y tan enérgico, que no vaciló, en una ocasión, en mandar detenidos a la cárcel a varios jóvenes de alcurnia que en una callejera reunión política, vertieron en su contra expresiones que lo exasperaron.

Los prefectos sonorenses ejercieron sus funciones hasta el período más sangriento de la Revolución, en que fue abolido el cargo, generalmente antipático.

Su categoría, en *aquel tiempo*, era teóricamente superior a la de los presidentes municipales, pero en algunas ocasiones, éstos invadían su jurisdicción, reduciéndolos a figuras secundarias.

El último en este distrito, durante el porfirismo, fue don Antonio E. García, funcionario pacífico y conciliador, que desempeñó el puesto con buen juicio y con moderación, sin dejar ningún recuerdo amargo.

Hecha esta breve interrupción, volvamos al cubano Carricarte, añadiendo que tenía arranques de poeta, o de versificador, que en el álbum de Concha Hugues escribió también, con letra

clara, unos versos fechados el 20 de septiembre de 1880, en el puerto de La Paz, donde se hallaba por razones que ignoramos, y los cuales en seguida transcribimos.

Si abre tu libro en donde escribo ahora,  
algún día, tu mano indiferente,  
no olvides, te advertí, llevo, Señora,  
luto en el corazón, duelo en la frente.

El luto de ilusiones matizadas  
en los rosados días del encanto,  
y en un día de pena devoradas  
a la siniestra luz del desencanto.

El duelo del amargo pensamiento  
que en un surco profundo se revela,  
y el torcedor de horrible sufrimiento  
en el alma se imprime y la desvela.

Perdona, pues, si en el dichoso día  
que te ocupa mi triste desventura,  
en lugar de riente melodía  
te sorprenda un recuerdo de amargura.

## XLVIII

### EL VIGIA ANUNCIA LAS NAVES QUE ENTRAN EN EL GOLFO

"¡Buque a la vista!" . . . En el muelle, donde los boteros se reunían desde hora temprana, circulaba, de boca en boca, la noticia. El vigía, en la cumbre del cerro de ese nombre como desde entonces se le llama, izaba una bandera en el remate de una larga cruz de palo anunciando la presencia de una nave en las aguas del Golfo de Cortés, a grandísima distancia. Allá por el noventa, José Tapia era el vigía que había substituido a Filomeno Ortega, muerto de insolación en la campaña del Yaqui, y todas las mañanas, antes de salir el sol, escalaba con agilidad de ciervo el alto monte, llevando consigo el catalejo de largo alcance para explorar las azules lejanías.

La bandera solitaria indicaba únicamente que una embarcación se dirigía al puerto, o bien, que iba de paso, sin detalles concernientes a su clase; pero luego, a medida que avanzaba, percibida ya su arboladura, con un ingenioso y perfecto sistema de señales consistentes en gallardetes de colores, dos o tres banderas más y grandes cestos pintados de negro que vistos desde abajo parecían esferoides, colocados unos y otros, ya en los brazos de la cruz, ya en el remate, se sabía si se trataba de un vapor, de una goleta, de un bergantín, de un pailebote o de una de las grandes barcas alemanas que venían desde Hamburgo, tras larguísima navegación.

Se ponía en movimiento el personal de la Capitanía de Puerto que ocupaba un edificio de dos pisos y de cuatro frentes en las cercanías del muelles; edificio que agrietado desde tiem-

po atrás, se desplomó con estruendo cuando en octubre de 1911 sacudió a Guaymas el ciclón que lo ha azotado con mayor violencia; y si se hacía necesario porque el buque era extranjero, uno de los prácticos, Gilberto o Antonio Lelevier (pilotos titulados ambos), iba hasta más allá de la bocana, a conducirlo con las debidas precauciones para librarlo de una encalladura.

Muchos años después, instalado en Cabo Haro el fanal que alumbra por las noches las rutas de los barcos; desde donde la vista del encargado de la torre abarca grandísima extensión del mar, y establecida con la ciudad la comunicación telefónica, los servicios del vigía se hicieron innecesarios; José Tapia se despidió, entristecido, de la altura en donde una caseta de madera rústicamente construida para guarecerlo de los rayos del sol, del viento y de la lluvia, fue como su nido de Aguila, y descendió cabizbajo hasta su casa, para no subir ya más.

## XLIX

### LOS GRANDES DRAMAS DEL MAR: EL HUNDIMIENTO DEL SONORA

¿Es una conseja, o una tradición adornada por la fantasía, a lo largo de los años, o se trata, simplemente, de una extraña coincidencia?

El 4 de octubre de 1883 había alegre fiesta en la mansión de la familia Clausen. Se tocaba el piano y se cantaba (todavía existe en ella el gran piano de cola de los días prósperos junto a los arcaicos muebles de la sala), y cuando cesaban la música y el canto, se conversaba con animación. Todo era complacencia y regocijo, cuando de improviso, una sombra de inquietud turbó las almas: la perrita de la casa entraba aullando. Palideció doña Lolita, y explicó la causa de su sobresalto, ya adivinada por todos: era el día de San Francisco, y seguramente el "cordónazo" había desatado sus amarras, mientras su hijo Carlos navegaba en el vapor *Sonora* de don Joaquín Redo, de casco de madera, voluminosa obra muerta y de cerca de quinientas toneladas de capacidad.

Carlos Clausen, hijo segundo de doña Lolita, había cumplido apenas los veinte años; viajaba en el barco con el empleo de contador, y no hacía muchos días que se había despedido de su madre y sus hermanos, prometiéndoles, para disipar su inquietud y su zozobra, que a su regreso no se volvería a embarcar.

A la caída de la tarde, el mar rebasó todas las orillas; comenzó a invadir las calles que en ellas desembocan, y las convirtió en canales por los que se podían navegar, en *pangas* o pequeños botes, en una larga extensión.

El pueblo, acongojado, presenciaba la invasión, y tuvo, con ella, la certeza de que allá, en algún lugar no muy distante rugía ya el ciclón.

El ciclón, realmente, azotaba las costas de Sinaloa que recorría el *Sonora*. Sin servicio meteorológico, que entonces no existía, y cuando de las transmisoras de radio no tenía la menor idea el cerebro de los hombres, el capitán dirigía su nave a la ventura, y así fue como en aquel día nefasto se produjo el hundimiento. Se hundió el barco y se hundió de tal manera que ni un cadáver, ni una tabla, aparecieron flotando sobre el oleaje. Para tripulantes y pasajeros se abrió como una tumba el mar, y aunque una vez se dijo que el capitán de un velero había hallado en su ruta una parte de la proa del vapor, una tabla del mismo y una pierna humana junto a ella, los parientes de los unos y los otros, durante muchos años alentaron la esperanza inútil de que el buque aparecería alguna vez, procedente de los mares lejanos del Pacífico, hacia donde, al gairete, lo habrían arrastrado las corrientes.

La musa popular se adueñó de la ocasión que le ofrecía el dramático suceso y lo llevó a los versos de un corrido marinero para ser cantado al son de la guitarra:

¡Adiós, adiós, simpático Sonora,  
de Mazatlán muy triste se despidió;  
al llegar a Altata, un viento lo agarró  
y ni siquiera su bandera enarboló!  
Grita Chemala\* con toda agitación:  
¡Ya no hay esperanzas de nuestra salvación!  
Y a Carlos Clausen le daba en el corazón  
que a medio Golfo iba a ser su perdición.

\* éra el capitán de otro barco que, por azar, viajaba en el *Sonora*.

## L

### UNA FAMILIA ENTERA MUERE AHOGADA

El día del dramático hundimiento del *Sonora*, sorprendidas por el "cordonazo" en alta mar, naufragaron otras naves mexicanas: los pailebotes *El Cisne* y *San Antonio*, cuyos pasajeros y tripulantes perecieron, tragados por las olas irritadas.

Pocos años después —no podemos precisar la fecha— toda una familia —una madre con sus hijos, pequeños varios de ellos— desapareció de igual manera.

Don Abraham Bejarano era patrón de pequeños barcos de cabotaje, y, además, experto carpintero de ribera. Como tal, construyó aquí una balandra preciosa, bautizada con el nombre de *Sara*, como homenaje de simpatía a doña Sara C. de Lelevier, que actuó como madrina en el acto de la botadura; y efectuó felizmente su primer viaje a Mulegé, pero don Abraham, según nos cuentan, era aficionado a la bebida, de la cual solía abusar. Entrado, pues, en copas, emprendió el recorrido de regreso con su esposa y sus retoños, que eran siete, y con su amigo don Eustaquio Valle, comerciante del pequeño puerto de la Baja California. Al Principio, la *Sara* navegaba a toda vela, sin tropiezos, de suerte que confiaba en su próxima llegada a Guaymas, término de su carrera; pero la confianza se frustró espantosamente. En el Golfo estaba en formación una trombá que por el estado de perturbación mental en que se hallaba, don Abraham no advirtió, y así fue como su nave fue cogida por el violento remolino de agua y volcada en un instante. Del naufragio sólo se salvaron el cocinero, el propio don Abraham y un

marinero que lograron sostenerse en el fondo de la lancha durante ocho días, apagando su sed con el agua de las lluvias, que recogían en el improvisado recipiente de una lona que flotó sobre el oleaje y de la cual se aprovecharon, y alimentándose con la sangre y los pedazos crudos de la carne de las caguamas que pasaban cerca y que el cocinero, con el afilado y puntiagudo cuchillo de su oficio, que llevaba en la cintura, apuñalaba, hundiéndoles el acero en la concha, a la manera de arpón.

Los tripulantes de otro velero que pasaba por la misma ruta descubrieron a los tres náufragos, a punto ya de sucumbir; los rescataron, y los trajeron al viejo Guaymas, sacudido por intensa conmoción al tener conocimiento de los detalles espeluznantes del naufragio.

## LI

### LOS LORIGOS MURIERON DE FRIO

Ningún viejo vecino de este puerto recuerda una Navidad tan horrorosamente fría como la del año de 1891, sobre todo entrada ya la noche.

En la mañana, los muchachos de padres alemanes, los únicos que hasta entonces se ajustaban a la tradición nórdica del arbolito, despertaban nuestra envidia —la de todos los niños de familias netamente mexicanas— con los juguetes vistosos que les había llevado Santa Claus, personaje enteramente desconocido para nosotros que estábamos más bien acostumbrados a lo nacional, a lo castizo, que a lo extranjero; y las horas restantes trascurrieron entre la alegría y el bullicio de las fiestas con que se acostumbraba celebrar la venida del Señor.

Pero el día siguiente, el 26, ya en alto el sol, circuló por toda la ciudad una noticia que la estremeció: al sur de la bahía, casi a la orilla del paraje de Las Playitas, habían sido descubiertos tres cadáveres con los miembros rígidos y en la boca “esa sonrisa espantosa de los que mueren de frío”, caídos de los bancos de una chalupa. Eran Francisco y Andrés Lorigo carpinteros de ribera, de 24 y 35 años de edad, guaymenses conocidos como expertos nadadores, y un mozuelo de catorce, Francisco Arévalo, aprendiz del oficio de Andrés y de Francisco, que había llegado de México agregado al 24o. batallón.

A los marineros avezados a los peligros del mar les fue fácil reconstruir la escena que precedió al doloroso fin de Arévalo y de los Lorigos. La chalupa volcó; ellos la volvieron a estabilizar sobre las olas, y con los botes de hojalata que siempre llevaban

consigo los tripulantes de las embarcaciones pequeñas, comenzaron a desalojar de la suya el agua que la había invadido; pero no pudieron continuar la operación, porque el aire helado los paralizó; los paralizó de tal manera que los músculos se les endurecieron y la sangre se les fue congelando poco a poco hasta dejar sin movimiento el corazón.

El padre de los Lorigos (nosotros, cambiando el acento, les decíamos los Lórigos), era un anciano con aspecto de extranjero, fumador de pipa y de cabello rubio cuyo brillo habían opacado ya las canas.

Viejo lobo de mar, naufragios y catástrofes marítimas de otra clase no eran raras para él, y aunque sacudían sus nervios, la impresión duraba poco tiempo: pero ahora era distinto: se trataba de sus hijos, de Francisco, sobre todo, cuyo aspecto varonil era su orgullo y, como lo decía el pueblo en su lenguaje peculiar, desde entonces "clavó el pico" y se fue agotando, agotando hasta entregar el alma a Dios en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## DOÑA ELVIRA VON GÜNDELL

Doña Elvira Fuhrken de von Gündell era una dama en la primera y más exacta significación de la palabra; una gran dama. No había fiesta de beneficencia a la que no prestara su concurso, y ya se han visto, en capítulo anterior, los elogios calurosos con que el gobernador Corral le rindió público homenaje en un teatro de Hermosillo. Pero doña Elvira no se envanecía ni con los encomios, ni con su posición económica y social, que eran de alta calidad. Por el contrario, su sensato porte la realizaba.

El orgullo, en cualesquiera de sus fases, es siempre detestable. Doña Elvira no lo conocía.

Nacida en Mazatlán e hija de doña Antonia de Mendoza y de su esposo, "herr" Johann Fuhrken, que llegó allí de Alemania, su país, en el año de 1848, lo representó como su cónsul y fue de los fundadores de la firma comercial de Melchers Gebruder y Compañía; a los seis años de edad, huérfana de madre, su padre la llevó a Oldenburg, con sus dos hermanos más pequeños, Enrique y Arturo, para su educación en la casa de los abuelos.

Allí la recibió esmerada, y allí se distinguió por su facilidad para el correcto aprendizaje de los seis idiomas en que se podía expresar, sin titubeos: el español, el alemán, el inglés, el francés, el italiano y el holandés.

Estudió música con un célebre profesor de la materia, y marchó a Milán a perfeccionar los conocimientos adquiridos en el canto y su admirable voz. En Alemania le llegaron a llamar

"el ruiseñor de Bremen", ciudad en la que residió durante largo tiempo.

En 1877 contrajo matrimonio con el barón Henry von Gündell (don Enrique) y llegó por primera vez a Guaymas en el año de 1881, con él y con su pequeño hijo Henry Carl. Gran cariño le cobró a esta tierra y la llamaba siempre "mi querido Guaymas".

Era de alegre condición, activa, incansable en las tareas que emprendía, ya organizando conciertos, ya kermesses, ya estudiantinas, a beneficio del hospital, o de la iglesia, o de la educación; y se caracterizaba, en todas ocasiones, por su excelso espíritu de caridad.

Se refiere un episodio que realza sus rasgos de carácter: en cierta ocasión, desde un palco del destartado Teatro Alvarez, se disponía a recrearse con la representación de una ópera anunciada por una compañía de aquel género, cuando por repentina enfermedad del director de la orquesta, se anunció que se suspendería la función; y que entonces, ella descendió con toda naturalidad hasta el pie del escenario, y empuñando la batuta dirigió la ejecución. El público la ovacionó estruendosamente.

Con su esposo don Enrique, comerciante acaudalado, se ausentó en el mes de junio de 1899, para pasar el resto de su vida en la ciudad de Hamburgo, en un hogar tranquilo, sin problemas difíciles de resolver; pero en 1914 se desató la guerra, con "lágrimas y sangre" y privaciones, y cuantiosas mermas de caudales, de los que no escaparon los de doña Elvira, que reducida a inesperadas estrecheces, falleció a los ochenta años de edad, lejos de su Guaymas de aquel tiempo, de su alegre y viejo Guaymas.

## LA HUERTA DE LA AURORA

*En aquel tiempo.* un alemán, don Armín Graff, entrecano, alto, robusto, de cara enrojecida por el sol y calzado en su predio con pantunflas, infundió próspera vida a la huerta de "La Aurora", que acababa de adquirir.

Reducida actualmente a árido terreno, que está siendo fraccionado para urbanizarlo, era un paraje delicioso, un vergel que olía a jazmines, rosas y azucenas, o a azahares, guayabas y ciruelas reventadas al caer de las ramas en el suelo; ubicado en la puerta occidental de la ciudad, por la que, antes del ferrocarril, entraban, con sus troncos de mulas que a trote largo hacían sonar alegremente los cascabeles de sus collares, las diligencias que llegaban de Hermosillo, después de penoso viaje por el camino polvoriento y anfractuoso.

Frecuentemente visitado por muchísimas personas, lo era, en los paseos escolares en 1888, por los alumnos José Bastón, Manuel Castanedo, Arturo y Walterio Lelevier, Agustín y Enrique von Borstel, Gustavo y Guillermo Randall, José y Alfonso Iberri, Emilio Clausen, Eduardo Gaxiola, Cayetano Navarro, Aurelio Maldonado, Adolfo Bülle, Felipe Seldner y otros varios, de la escuela Arce Güijosa del profesor Elías Bareño, que los acompañaba en la excursión y quienes acudían a recrearse a la sombra de los grandes y frondosos árboles frutales, entre los que sobresalían los altos datileros; o de los tupidos emparrados de los cuales en la época de la vendimia, colgaban los racimos de uvas frescas.

Para los adultos había casetas de baños de regadera, por los

que cobraba un real; y en una pila, alimentada con el agua de la noria, utilizada para el riego, los menores nadaban a sus anchas, pagando sólo un medio.

Don Armín vendió "La Aurora" y se marchó de Guaymas. La compró el abogado tabasqueño don Rodolfo Nieto, casado con una dama acaudalada y de serio continente, oriunda de la capital del distrito Sur de la Baja California, doña Rosa Viosca, y en un tiempo alcalde o prefecto del distrito; pero con mayor afición a la política y al ejercicio de su profesión que a la horticultura, se desentendió de la huerta que fue decayendo hasta desaparecer.

Primeramente, una parte de ella, despojada de árboles y plantas, se acondicionó para campo de beisbol, donde se jugaban memorables partidos que encendían los ánimos y que provocaban discusiones y reyertas; pero que, por lo mismo, por la competencia y la rivalidad que se entablaba entre los dos equipos, constituidos exclusivamente por auténticos hermosillenses y guaymenses, atraía a gran número de espectadores.

Y a poco andar, fue transformado totalmente en triste yermo el paraje que años antes encantaba al viejo Guaymas.

## LOS TRANVIAS DE MULITAS

Don Armín estableció un servicio de tranvías de mulitas, desde su huerta hasta la estación de ferrocarril, a la que se llamaba entonces "dipo", pronunciando así la palabra inglesa "depot" que estaba pintada en la fachada de la casa de madera donde tenía sus oficinas el agente ferrocarrilero.

Los tranvías o "carritos urbanos", nombre con que más comúnmente se les mencionaba, hacían el recorrido sobre rieles, por partes de la calle Principal; daban vuelta hacia la derecha, en la esquina de la tienda de Wolf, hoy de los Murillos, y seguían luego por la calle del muelle, para torcer, hacia la izquierda, con rumbo a la plaza, y ya en la esquina que mira al norte continuar hasta su punto de destino: la estación.

Tres hacían el viaje, respectivamente, en ambas direcciones: hasta el "dipo" o "La Aurora", para lo cual se cruzaban en la calle, hoy avenida que inmerecidamente lleva nuestro nombre, y en la Principal, llamada también Real.

Los había de dos tamaños: los pequeños con capacidad para unos veinte pasajeros, destinados al servicio ordinario; y los grandes, de mejor apariencia, para correr a la hora de la llegada y la salida de los trenes, y en algunas ocasiones, por las noches. En uno de los primeros, todos los días, a las diez de la mañana, recorriendo el trayecto de ida y vuelta, descansaba de sus faenas, por media hora, o poco más, el comerciante francés don Domiciano Bastón, propietario de la mercería de su nombre y en los grandes, por la noche, paseaba una alegre parvada de muchachas trajeadas a la usanza de la época: faldas y blusa de

gasa linón, carranclán o nansú, en el verano, y de telas afelpadas o de lana en el invierno; largas hasta más abajo del tobillo las primeras, y sin escote y con mangas hasta el puño las segundas.

Para defenderse del frío, ninguna, ni las más encumbradas, llevaba sobretodo; solamente una capita de paño o casimir que les cubría el busto y debajo de la cual escondían las manos, eludiendo el aire helado.

Los sobretodos llegaron mucho tiempo después, y su uso se extendió hasta las mujeres de modesta condición.

Atendían los "carritos" el cochero y el conductor, siendo el segundo el que cobraba el pasaje a razón de diez centavos por persona, cuando se implantó el sistema decimal, y duraron en servicio hasta el año de 1917, en que desaparecieron, desalojados por los camiones de David Spence y don Miguel de la Peña, que les entablaron incontrastable competencia. Se levantaron los rieles y durmientes y sólo quedó el recuerdo de ellos, tan ligado al Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## UNA CASA DE TRES PISOS ENLUTADA POR UN FUSILAMIENTO

Por allá en 1900 y desde varios años antes, había en este puerto una casa de tres pisos. Era la de don Fernando Llaguno, separada por estrecho y corto callejón del edificio casi en ruinas, en cuyo solar se levanta actualmente el Palacio Municipal; pero el piso último era un desván inhabitable, de madera tan reseca que en el caso de un incendio habría ardidido como yesca. Don Fernando había instalado en él su taller o estudio de fotografía, con su cámara de aquellos tiempos, de grandes dimensiones y de manejo lentísimo.

En época distante o para decirlo precisando fechas, el 14 de septiembre de 1866, el luto había ensombrecido aquella casa y llenado de aflicción a la familia. Uno de los hijos, Alfredo, de veintidós años de edad, había sido fusilado en el cementerio de este mismo puerto junto con el general Refugio Tánori, de treinta, e indio pima de grandísimo valor; con Luis Morales, de dieciocho; con José Almada, de dieciséis, y once desdichados más, aprehendidos todos en el mar, a bordo de un velero en que habían escapado cuando las fuerzas francesas que Napoleón III mandó en apoyo de Maximiliano, evacuaron la ciudad.

Se les acusó de imperialistas (lo eran en efecto) y el general republicano Angel Martínez, reconocido como cruel y sanguinario, que sin combatir se había adueñado de la plaza, no tuvo compasión ni siquiera para Morales y Almada, los dos adolescentes.

En la historia oficial, la del partido vencedor, con las falsificaciones habituales y con malabarismos de dialéctica, se pretende justificar la crueldad de las ejecuciones; pero todavía, transcurrido largo tiempo, eran recordados con horror.

Ya el sangriento drama era cosa del pasado cuando don Fernando alcanzaba excelente reputación como fotógrafo, y vivía al lado de su esposa y de sus hijas; la mayor, Teresa, casada después con don Juan Scolari, con su voz maravillosa de soprano, era imprescindible en los conciertos, como se habrá visto en capítulos anteriores, y seguíanla en orden de edades María y Camelia, preciosas muñequitas, cuya blancura de jazmín hacían resaltar las mejillas sonrosadas.

Las dos contrajeron matrimonio con los novios que las asediaban, y después, aporreadas rudamente por la vida, fallecieron en plena juventud.

El padre las había precedido en el viaje hacia la eternidad, en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

Lista completa de los imperialistas fusilados en esta ciudad: general Refugio Tánori, treinta años, soltero; general Domingo Molina, cuarenta años, casado; alcalde mayor del Yaqui Martín Bustamante, cincuenta y cinco años, viudo; capitanes Sebastián Corona, treinta y dos años, casado; Jesús María Pesqueira, veinticuatro años, soltero; tenientes Salvador Almada, veinte años, soltero; Abelardo Escalante, treinta años, soltero, y Patricio Cervantes, veinticinco años, soltero; subtenientes José Almada, diez y seis años, soltero; Sacramento García, cuarenta años, soltero, y J. J. Alvarez, veintitrés años, soltero; ayudante de Tánori, Eduardo Tálamo, veinticinco años, soltero; no declaró empleo Luis Morales, diez y ocho años, soltero; reincidentes: Alfredo Llaguno, veintidós años, soltero, y proveedor de los franceses; Juan Aldave (francés), treinta y dos años, soltero.

El 20 se dio alcance a la embarcación en que iban los fugitivos, los cuales fueron conducidos a Guaymas, con excepción del coronel don José María Tranquilino Almada, a quien dio muerte, sin poderlo evitar, el capitán don Abato Avilés, en venganza del fusilamiento de su hermano, el coronel don Lorenzo, ejecutado en Alamos por orden de aquél jefe.

## GUAYMENSES EN LOS ANGELES

*En aquel tiempo*, nadie buscaba a don Fernando Llaguno con el propósito de obtener en su fotografía esos retratos "mignón", que se exigen para los pasaportes de los que nos disponemos a internarnos en Norteamérica porque las puertas del país vecino las teníamos francamente abiertas. Si acaso, un solo agente de la Migración hacía al viajero dos o tres preguntas, y luego lo dejaba pasar, sin molestarlo.

La afluencia de guaymenses y de otros habitantes de Sonora a California, con destino a Los Angeles, en su mayor parte, en los primeros años de este siglo adquirió tan grandes proporciones, que en la ciudad, entonces de ciento cincuenta mil almas, se abrieron dos casas de huéspedes exclusivamente para mexicanos: la de doña Amelia de la Puerta, en la calle Hill; y en la calle Hope la de la señora Smith.

En 1905 íbamos frecuentemente a la segunda, con Francisco Flores, un minero de Los Bronces a buscar para invitarlas a algún paseo o a algún teatro, a tres amigas nuestras: una buena moza y simpática morena, de Hermosillo: Laura Paredes; a su rubia hermana Elena, y a otra rubia, chaparrita, al lado de ellas, Rosa Platt, de Tecoripa, que a los setenta años falleció hace pocos días, en la capital de la República.

En el porche saludábamos a un señor de aspecto prócer y de barba recortada cuidadosamente: don Angel Almada, de Alamos, y a su hijo Angelito, desaparecidos ya los dos.

En la primera se alojaban: con su esposa un caballero de marcial aspecto, ex-alumno del Colegio Militar: don Leobardo

Salido, padre del vitriólico escritor y sin pelos en la lengua, catedrático de historia en la Universidad Nacional: Rubén Salido Orcillo; un agricultor del Yaqui, hambriento a toda hora, aunque sus comidas fueran abundantes, por razón de que se las substraía del estómago una enorme solitaria: don Salvador Campoy; otro caballero acaudalado y con amplias relaciones en el mundo político y en el de las finanzas, amigo de don Ramón Corral y de don Rosendo Pineda; don Reynaldo Ramos, éste de Chínipas; una dama hermosillense de estirpe distinguida, que conversaba con delicadeza y con pausada voz, como si meditara en las palabras antes de emitir las: doña Carmen Serna viuda de González, y otras muchas personas de diversas poblaciones.

Una tarde llegó de Guaymas un joven delgado, con traje azul marino y con anteojos, en busca de hospedaje: Clemente Fierro; mientras en el soportal, en mecedoras o en sillas de extensión, pasaban la hora de la siesta, en animada charla, vecinos o exvecinos de la tierra nuestra: un anciano de paso vacilante: nuestro padrino de confirmación, el abogado don José Monteverde, con su esposa doña Carmelita, con su expresivo y amistoso yerno don Francisco Tapia, y una guapa jovencita de modales finos, que se entregaba con ardor a ejercitarse en la pirografía con punzón de acero en delgados recortes de madera: su nieta Mariita, después María Tapia de Obregón, que honró el castillo de Chapultepec con su modestia, despojada de toda vanidad entre la corte de políticos aduladores, y que ahora, en su hacienda El Náinari, que personalmente atiende, ha de recordar algunas veces con emocionada simpatía los años de su infancia y de su mocedad en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LVII

### CAZANDO GAZAPOS

*En aquel tiempo*, los escritores y periodistas de toda la República, con excepciones, naturalmente, se recreaban con la caza de gazapos que descubrían en las páginas de las publicaciones que llegaban a sus manos; generalmente los canjes, y el interés que despertaban los juicios emitidos, ponía de realce la afición a las letras de gran número de lectores.

En el *Doctor Ox*, periódico que se editaba en este puerto, el doctor Alejandro Wallace hundía su escalpelo en los versos de Alfredo Díaz Velasco, que se impacientaba y se irritaba, y en hojitas impresas que él mismo repartía, atacaba a su censor en endecasílabos sonoros, con desaire de la prosa. "Imita a Juvenal; tórnate Harmodio", le decía en tono pedantesco, y el doctor se limitaba, probablemente, a rascarse la cabeza, que era una de sus manías más usuales.

La emprendía luego contra el periodista Aurelio Pérez Peña, director de *El Imparcial*, que cortejaba a María Camacho, una muchacha muy bonita y muy honesta que fue después su amante esposa y que en aquel tiempo era su musa a quien dedicaba las poesías que Wallace censuraba; una de ellas por defecto de cacofonía.

*El Machete* a su turno, en su *Domingo* entablaba controversias literarias con el licenciado Eduardo J. Correa, de la capital de Aguascalientes, poeta amigo nuestro de hace más de cuarenta años, profundamente religioso, que ahora vive en México, donde es colaborador del diario *Excélsior*, y que por su cultura, con decencia y caballerosidad impugnaba a su opositor, que jamás quería darse por vencido.

En Ciudad Victoria o en Tampico, un maestro de escuela, don Tirso Tijerina, dirigía un periodiquito en el cual se solazaba en exhibir los yerros de prosistas y poetas. En 1910 elogió un libro de versos que nosotros publicamos en Chihuahua; pero muchos años antes, allá por el 1900, se había deleitado criticando unos versos que escribimos y que publicó *El Noticioso*.

La censura hirió levemente nuestra susceptibilidad porque, en fin de cuentas, el periódico se editaba en un lugar distante y los coterráneos no se enterarían de ella, pero sucedió que otro Tirso –Tirso Campos–, un pobre tipógrafo que tenía en este puerto un pequeño taller de imprenta, y que de aquí se trasladó a Los Angeles donde falleció, se consideró apto para el periodismo, fundó un minúsculo semanal o quincenal, muy mal escrito, y reprodujo la crítica de Tijerina; y eso sí nos molestó de veras porque nos dejaba expuestos a las bromas más o menos malintencionadas de nuestros amigos en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LVIII

### NOVIAZGO Y MATRIMONIO DEL JOVEN PROFESOR QUE LLEGO A PRESIDENTE

En los últimos años del siglo XIX, la calle del Teatro se contaba entre aquellas en que el movimiento era mayor: en las tardes del domingo y en las noches de ése y de los otros días, cuando en el *Escobedo* se anunciaba función de ópera, de comedia o de zarzuela, por el gran número de personas que acudían a las representaciones; y en los días ordinarios, ya merido el sol o a punto de ponerse, así como horas después, por el tránsito constante, a pie o en carretelas, de los jóvenes enamorados que "les pasaban", como entonces se decía, a las simpatiquísimas muchachas que vivían por ahí, mientras don Ramón Carrizosa, por la puerta abierta de su hojalatería, contigua al coliseo del cual era vigilante, por la fuerza de la costumbre los miraba discurrir con absoluta indiferencia.

En la acera de enfrente, casi al término de la manzana, don Andrés Chacón con su familia, habitaba una de las mejores casas del dichoso vecindario.

Don Andrés, nativo de Chihuahua, era comandante del resguardo de la Aduana. Hombre honrado, afable, bondadoso, gozaba de la estimación de todos cuantos lo trataban, y tenía varias hijas: las mayores María, Natalia y Lupe (nacidas en Mazatlán), cuyo trato les granjeaba simpatías, pues se mostraban con la sencillez y la franqueza comedida de las mujeres decentes de la costa en *aquel tiempo*.

A hora temprana de la noche, Natalia recibía la visita de un joven profesor de instrucción primaria, que vestía traje de dril

en el verano, y en el invierno, pantalón de casimir gris claro y saco o jaqué negro.

Llegaba sin apoyarse en el bastón, colgado al antebrazo; era un tanto encorvado de la espalda y de voz ligeramente cascada; rasgos de que se adueñaron la mordacidad y condición bromista de Toribio García para aplicarle, pero sólo entre seis o siete amigos, el sobrenombre de *La Viejecita*.

El profesor se llamaba Plutarco Elías Calles; su noviazgo era formal, y el 24 de agosto de 1899, a los veinticinco años de edad, unió sus destinos a los de Natalia que había cumplido veinte.

Plutarco Elías Calles, hijo de este puerto, dejó el magisterio poco tiempo después del matrimonio, y desempeñó empleos o comisiones en cuyos detalles no nos detendremos para llegar hasta 1910 en que se distingue como simpatizador del movimiento maderista. El año siguiente lanza su candidatura para diputado al Congreso del Estado; pero lo derrota Eduardo C. González, alias *El Pollo*. Meses después, el gobernador José Ma. Maytorena lo nombra comisario de policía de Agua Prieta, donde ejerce sus funciones, sin enfrentarse con ningún problema serio; pero en 1913, traicionado y muerto el señor Madero, empuña las armas y se adhiere al Plan de Guadalupe. Desde entonces se inicia la carrera meteórica que once años después lo llevó a la Presidencia de la República —hecha odiosa por la persecuciones insensatas y la sangre inicuaamente derramada— y que todavía separado de ella, por el vencimiento del término constitucional, lo mantuvo durante largos años como amo del país, lo que le ganó de los aduladores el título de Jefe Máximo de la Revolución, confirmándose con eso, una vez más, la atinada observación del gran historiador Carlos Pereyra: “Los generales políticos de la América Latina no se sienten completos sino hasta que reciben el apoyo de las glorificaciones”, como lo recibió con íntima satisfacción —¡quién lo habría soñado *en aquel tiempo!*— el oscuro profesor del viejo Guaymas.

## LIX

### ¡SE DURMIO LA LUNA!

*En aquel tiempo*, las familias guaymenses no tropezaban con dificultades para tener a su servicio cocineras, criadas y mocitos. Los hallaban con frecuencia entre los yaquis mansos que en gran número vivían en nuestra ciudad. En nuestra casa tuvimos como cocinera, durante largo tiempo, a una tal Cuca que murió de vieja, y a una criadita de buen ver llamada Cruz, que hace poco más de un lustro se despidió del mundo, cargada de años y apagada la luz de sus pequeños ojos negros.

Los inditos, desde diez hasta quince años, eran los mocitos y jugaban a las *catotas*, al trompo y a la *bebeleche*, con los chicos de la casa. En la de don Torcuato de la Huerta, uno de ellos. Rudecindo, fue nuestro íntimo amigo de la infancia.

En las esquinas de las aceras de las calles principales, todavía no pavimentadas con cemento, sino con lajas de los cerros, como aún subsisten en barrios apartados, pasaban largo número de horas, sentados sobre sus *cotenses*, indígenas adultos que esperaban ser llamados para hacer algún mandado.

No se había fundado el barrio de Yucatán, una especie de reservación para los pobres aborígenes, que tomó aquel nombre cuando el gobierno decidió enviar desterrados a la Península lejana, a aquellos de quienes sospechaba convivencias con los sublevados, y así pues, habitaban chozas humildísimas en distintos rumbos: en *La Cantera*, en *Malakoff*, en las faldas de los cerros, como el *Cabezón*, y el de *La Cruz*, y sufrían lo indecible, pero con paciencia, o más bien con estoicismo, los rigores de la

temperatura y el azote del viento y de las tormentas, habituados como estaban, al dolor de su estirpe desgraciada.

Chale Randall, que fue tesorero general del gobierno del Estado en el de Maytoarena, y después gobernador interino, contaba con su estilo peculiar, que una vez, al pasar por una ranchería, vio a un indito pequeñísimo puesto en pie y a la intemperie bajo los rayos del sol que parecía de fuego, y que como le preguntará qué era lo que hacía allí, el niño le contestó: "me estoy cultiando".

¡Se estaba curtiendo el inocente, para resistir sinsabores y fatigas!

Una noche, la luna se eclipsó. El eclipse fue total, y entonces, desde que el satélite comenzó a entrar en el cono de sombra, en todos los lugares habitados por los yaquis se produjeron ruidos ensordecedores, largos, persistentes; sonidos de tambores y de botes de hojalata, golpeados con palos y con piedras, para despertar a la luna que se había dormido.

"¡Se durmió la luna!", repetían en su lengua, y así siguieron repitiendo durante muchos años cada vez que a "la pálida Selené", como dicen los poetas cursis, la veían eclipsada en su Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LX

### LA COMPAÑIA FILARMONICA DE GUAYMAS

Faltaban todavía varios años para que agonizara el siglo XIX, cuando el ingeniero don Eduardo Gaxiola dirigía la construcción de la torre del templo de San Fernando, que mira hacia el norte. La otra, la del sur, la construyó mucho después el cura párroco don Angel María Barceló.

La casa de Dios, pues, carecía entonces de una y otra y ofrecía el aspecto de una pobre iglesia de poblacho; pero miembros distinguidos de la sociedad desplegaron esfuerzos para mejorarla, y acudieron a varios expedientes, entre otros, a la organización de funciones en el Teatro Alvarez para destinar sus productos a tal fin.

Así fue como el 8 de noviembre de 1891 (un domingo), la Compañía Filarmónica de Guaymas, formada por jóvenes y señoritas de destacada posición social, ofreció al público un espectáculo en el que se alternaron la música, el canto y la representación de una comedia.

Como director de escena figuraba don Luis G. Dávila, que con entusiasmo permanente ejercía sus funciones, y como concertador el ilustre maestro don Víctor Salazar, pianista de categoría superior e inspirado compositor cuyas obras ejecutaban las orquestas y la gente admiraba y aplaudía.

La selección del personal, atento a las indicaciones de don Luis y a la batuta de don Víctor, era atinadísima, y se podía conocer por el elenco: sopranos, señoritas Teresa Llaguno y Columba Patiño; mezzo-sopranos, señoritas Guadalupe y Horten-

sia Díaz; tenores Alfredo Díaz Velasco y Eduardo Espinosa; barítonos, Giovanni Scolari y Francisco Corella; bajos, Leoncio Garay y Eugenio Vera.

El coro constituíalo un elegante grupo de pimpollos de aquel tiempo: Mercedes Esprú, María Cáñez, Carmen Clausen, Concepción Garay, Anita Cáñez, Dolores Clausen, Luisita Camou, Loreto Robinson y Luisa Cañedo, con los jóvenes Gabriel Corella, Carlos Astiazarán, Vicente Esprú, Alberto Clausen, Abraham Hale y Guillermo Clausen.

La orquesta era magnífica: violín concertino, Enrique Astiazarán; primer violín, Carlos D. Cáñez; segundos violines, Gabriel Corella y José L. Esprú; viola Alberto Clausen, violoncelo, Guillermo Clausen; flauta, Eduardo A. Espinoza; pistón, Carlos Astiazarán; trombón, Guillermo L. Robinson; barítono, Vicente Esprú y contrabajo, Francisco Corella.

Todos estos jóvenes, varios de los cuales habían traspuesto apenas las fronteras de la adolescencia, se presentaban al pie del escenario, vestidos de etiqueta, y se acomodaban en las sillas que se les había destinado, para ejecutar las piezas anunciadas. Algunos de ellos eran asimismo coristas, cuando se necesitaba utilizarlos como tales.

La función del 8 de noviembre, de que hablamos, comenzó con la obertura *Poeta y Campesino*, de Suppé, por la orquesta; siguió el coro de *La Gitana*, de la ópera de Verdi, *El Trovador*, por toda la compañía; luego el dúo *Trema O'Vil*, de Arditti, cantado por Teresa Llaguno y Columba Patiño; en seguida, el monólogo de Juan de Dios Peza, *Tirar la llave*, por Anita Cáñez, y a continuación, una escena de *Norma*, por todo el personal del cuadro.

Hubo un intermedio de quince minutos y, transcurrido, se reanudó la función con el vals *Urutaú*, de don Víctor Salazar, que ejecutó la orquesta, para terminar con la representación de la zarzuela en un acto y en verso, titulada: *Para una Modista, un Sastre*, con el siguiente reparto: Carmen, señorita Guadalupe Díaz; señor Alfredo Díaz Velasco; Timoteo, señor Giovanni Scolari, y Tío Roque, señor Leoncio Garay.

El entusiasmo de la concurrencia se tradujo repetidamente en aplausos estruendosos; al salir del teatro llovieron abrazos

cordialísimos y encendidas felicitaciones, y así se continuaba fomentando el gusto artístico en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXI

### LA SOCIEDAD AMOR AL ARTE Y SUS GRANDIOSOS ESPECTACULOS

Nunca, como allá por 1902, han asistido los guaymenses a espectáculos más encantadores que los de *aquel tiempo*, así por la elegancia y distinción de los ejecutantes, como por sus grandes méritos artísticos. La ciudad se ennoblecía, y sus habitantes se alejaban de los centros donde la vulgaridad se enseñorea, para recrearse, saboreando la belleza.

El milagro se debió a la Sociedad *Amor al Arte*, cuyas funciones teatrales, a beneficio de la iglesia, del hospital y de los pobres, alcanzaron enorme resonancia. No había ni tertulia ni corrillo donde no se comentaran con elogio, y en el seno de todas las familias constituían, con frecuencia, el tema de conversaciones.

El *Escobedo*, entonces, aunque no totalmente acabado, como quedó para siempre, estaba dotado, en la luneta, de magníficas butacas; las plateas ofrecían aspecto de limpieza suma y de comodidad, y los palcos y la galería eran semejantes a las de cualquier coliseo mexicano. En el telón y en el techo el público admiraba las obras maestras, a colores, que trazó la mano experta del pintor José Segura, de la Academia Nacional de Bellas Artes, hombre joven, de presencia varonil, desgraciadamente aficionado a la bebida.

Las funciones de la Sociedad traían abundante concurrencia, entre la que se destacaban, por su gusto y su lujo en el vestir, la mayor parte de las damas que ocupaban las localidades bajas y que para refrescar el rostro, movían lenta y suavemente los

abanicos de plumas de avestruz, o de tela de seda floreada, con varillas de madera finas, de metal o de marfil, mientras se alzaba la cortina que cerraba el escenario, para dar comienzo a la función.

Todos, absolutamente todos los espectadores guardaban la mayor decencia y compostura; pero una vez, sólo una vez, mientras el tenor cómico Guillermo R. Romay, derrochando su gracia y natural desenvoltura, entonaba una canción cascabelera, un espectador de la cazuela, incapaz de refrenar con el silencio la impresión que le bullía en la cabeza, lanzó un grito que tradujo su entusiasmo: "¡viva el loco Romay!"

El aludido se desconcertó; suspendió su número por corto rato, y en seguida continuó cantando y bailando al mismo tiempo, alegremente, con su estilo propio, intencionadamente pinturero.

Con él, compartían aplausos y ovaciones la primera tiple Columba Patiño, simpática, morena, menudita, con extensa y cultivada voz que dejaba embelesado al auditorio; la tiple ligera Luisita Bustamante, entonces ya esposa de don Pancho Azcona, dulce, fina, delicada, de mejillas adornadas con hoyuelos y de labios cuya perfección acentuaba la flor de su sonrisa placentera; María Morán, la muchacha más graciosa, más linda y más querida en aquel tiempo; las actrices de carácter Berta Seldner y Catalina Cádiz que para el desempeño de sus papeles sacrificaban el encanto de la juventud y derrochaban, sin reservas, gracia cómica.

El primer actor, Adolfo de la Huerta, que comenzaba a recorrer ya triunfalmente el camino que lo condujo a la celebridad como cantante, hasta ser en Nueva York, discípulo admirado y predilecto de Caruso; el barítono Enrique Acosta, gran artista por su prestancia y por su voz, y un brillante cuerpo de coristas completaban el cuadro destinado a llevar a la escena las zarzuelas más gustadas y aplaudidas y otros actos de gran mérito.

Pero había otro grupo: el de los cuadros plásticos: María Elena y Sofía Montaña, Clarita Oriol, María Amparo Martínez, Lupe y Rosaura Bringas, Delia Ibarri, Elena Dávila y Mercedes Tapia. Sobre pedestales al estilo griego y ataviadas con pe-

plos, mantos y en general, con vestiduras de la antigua Hélade, representaban a las nueve Musas: Clío, Euterpe, Terpsícore, Talía y las demás hijas de Júpiter, y de Mnemósine señoreadas por el padre Apolo (Rafael Manzo) majestuosamente erguido como el dios de la ficción pagana.

Se alzó el telón, y el hechizo de la muda representación se manifestó en asombro y luego en tempestad de aplausos en todos los ámbitos del teatro.

Noches después, en una nueva función, se exhibió otro cuadro de belleza insuperable: la agonía de Chopin. Sentada al piano, de perfil, pero ligeramente vuelto el rostro hacia la sala, apareció María Cãñez, con elegancia y gentileza tales que arrobaban al concurso todo, mientras cerca de ella el gran músico polaco (Adolfo de la Huerta) comenzaba a desprenderse de la vida, y acudía a auxiliarlo una enfermera (Clarita Oriol).

Así, en ese ambiente de arte puro, olvidados de trivialidades y vulgaridades, se recreaban el espíritu y la mente de los hombres y mujeres en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXII

### EL PRIMER CARNAVAL

El año de 1888 fue pródigo en acontecimientos artísticos y sociales, como ya se ha observado en capítulos anteriores; pero el más notable lo constituyó la celebración del primer carnaval, con las fiestas que en años sucesivos sólo tuvieron por rivales, en toda la nación, a las de Mérida, y cuya fuerza de atracción estaba en la magnificencia con que se efectuaban, pues aún no degeneraban en indecentes desenfrenos, como sucedió mucho después.

En los desfiles y otros actos no tomaba parte sino un grupo de personas de elevada posición, porque varias de la misma clase, las de la media y la popular se sentían plenamente satisfechas y gozosas presenciando el lujo y el buen gusto desplegados principalmente el domingo por la tarde, en que los festejos comenzaban. El entierro del *Malhumor* es invención popular de años posteriores.

Este primer carnaval fue improvisado. De algunas damas partió la iniciativa, y desde luego se comenzaron los preparativos, ya con breve tiempo disponible para la realización. Sin embargo, ésta fue espléndida.

Electa reina María Zúber, hermosísima muchacha mazateca de visita en Guaymas, con el rey Alfredo Díaz Velasco, encabezaron la marcha por las calles principales, en carroza ricamente engalanada, mientras a la zaga, en carruajes cuyas galas competían con aquélla, los seguían Concha Garay, Mercedes Esprú y Anita y María Cañez, damas de honor, que vestían trajes coruscantes de la más delicada y fina confección.

A ambos lados de la carroza real, escoltaban a sus majestades, en caballos de selecta raza, los húsares Matías Alzúa, Emilio Clausen y Julio y Víctor Clermont, con vistosos uniformes de soldados húngaros, y a la retaguardia un cuerpo de rurales y dos bandas militares, llegados unos y otros de Hermosillo.

Seguían después varios carros alegóricos de distintos diseños, cuyo paso la multitud contemplaba desde las aceras, mientras en el aire resonaban canciones y músicas alegres, bajo el cielo luminoso de fines de invierno y de anuncio de la primavera.

Ya en la noche se efectuó el gran baile de fantasía en el largo y amplio corredor de la casa de don Pedro Chisem, cuyo piso fue cubierto totalmente con tela roja, sobre la que se derramaron centenares y millares de brillantes lentejuelas alemanas de múltiples colores, que resplandecían bajo la radiante luz de las arañas de las que pendían prismas de cristal. Pero ni de él ni del desfile haremos más pormenorizada descripción, porque sólo tenemos datos incompletos y no queremos incurrir en grandes omisiones; así es que en el capítulo siguiente, avanzando once años, nos trasladaremos al de 1899 en que para referirnos al recorrido de los reyes y su comitiva por gran parte de la población, en la tarde del domingo, no tenemos que hacer sino transcribir el relato de un cronista, descubierto en el ejemplar de un periódico, amarillento y semiapolillado, que se publicaba en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXIII

### BRILLANTE DESFILE

Esta es la pintoresca descripción de los carros alegóricos que desfilaron en la tarde del domingo de carnaval, en el año de 1899.

Su lectura tendrá para los recuerdos de la gente de *aquel tiempo*, la significación de un soplo de aire en un rescoldo a punto de apagarse, y para la generación actual el agrado de ver reproducidos en gran parte los nombres y apellidos de sus padres o de sus abuelos, de quienes ellos los heredaron.

De todas maneras, es un documento histórico de índole social del que no debemos prescindir a pesar de su extensión, y dice así:

Marchaban a la vanguardia cuatro comanches montados: Rafael Esprú, Jesús Preciado, Baltasar Almada y John Mandress; y detrás de ellos la carroza de los Reyes (Alfonso Esprú y Felipe Seldner), espléndidamente adornada y tirada por un magnífico tronco tordillo, guiado por Rafael Camou y Chacho Iberri, como palafreneros.

Seguía la escolta de S. S. M. M., compuesta de veinte soldados y jefes, mandada por Enrique Seldner, que montaba brioso caballo. Entre estos jóvenes, cuyos nombres se nos pasó anotar, venían cuatro niños elegantemente vestidos: Guillermo Escalante, Roberto Robinson, Rodolfo Nieto y Alvaro Peláez.

Luego, la banda de música formada por don Juan Guillén y veinticinco filarmónicos, batiendo marcha, y en seguida los carros alegóricos.

*Carro Crisantema.* Hermosísimo, delicado, poético y muy original. Desde la plataforma hasta unos diez pies de elevación, una

montaña de nieve formada con riquísimo punto de ilusión y gusanillo blanco de seda, simulaba la aristocrática flor. En la corola, y a guisa de pistilos y estambres, iban las niñas del señor Agustín Freese, del señor Naugle, del señor Recarks, del señor Hopkins y la señorita Street. Todas vestían la misma tela y adornos del carro, llevando cada una sombrilla de igual color.

*Carro Pabellón Japonés.* de las señoras de Martínez y Azcona, costosísimo y muy elegante, decorado con ocho enormes dragones vestidos de rojo y amarillo que sostienen la elegantísima cúpula, de cuyos frisos penden farolillos y abanicos japoneses. Fueron las damas, que vestían magníficos e irreprochables trajes de seda con flores bordadas de oro, o pintadas, las señoras Amparo B. de Martínez, Luisa B. de Azcona, y señoritas Mercedes y Marianita Espriú, María y Catalina Cáneez, Armida Pesqueira, Guadalupe Rivas, y niñas Carmelita Tapia y Amparo y Luisa Martínez.

Japoneses: señores Francisco A. González, Francisco Azcona, Carlos Félix y Luis Aguayo.

*Buggy de Francisco Seldner.* artísticamente transformado en una estrella color de rosa, de linón, con filamentos de oro y plata. Iban en él, la encantadora Luisita Parodi, vestida de dama de corte, y Panchito Seldner de paje.

*Carro de las Naciones.* Majestuoso trofeo formado por la mayor parte de las banderas de las naciones, perfectamente caracterizadas. En la parte posterior se alzaba un hermoso altar con nuestras armas y colores. Simbolizaban las banderas, con riquísimos trajes: la norteamericana, la señorita María Boido; la francesa, en traje de Juana de Arco, la arrogante señorita Camila Cáneez; la cubana, señorita Berta Seldner; la española, señora Concepción I. de Astiazarán; la griega, señorita Celia Almada; la de Gran Bretaña, señora Ana C. de Astiazarán, y la salvadoreña señora Rosa E. de Astiazarán. Iban además, ocho niños y niñas, simbolizando otras tantas banderas.

*Carro de las Ondinas.* Un barco con la proa hacia el oriente, combatido por las olas de gasa transparente. A través de las aguas saltaban peces naturales. Cuajadas de espuma, las risueñas ondinas caracterizadas por las señoritas Aurelia Maytorena, Rosalía Avilés, Eugenia Cáneez, Rosa Nieto, Margot Fourcade, Amalia Escalante y Ettie Goldtree, que coronaba aquel florón de bellezas. Al occidente, el sol moribundo se hundía en las aguas. El cuadro era de una verdad artística pasmosa.

*Carro Firmamento.* Bellísima constelación de estrellas, rodeando a la luna. La nota dominante de este símbolo es el azul, recamado

de oro y plata. Las blancas nubes están formadas por finísima tela, sobre las cuales resaltan los luceros que forman corte a la casta Diana, representada por la señorita Carmelita Velasco, siendo las estrellas, con manto azul, las señoritas y niñas Clara Basozábal, María Suárez, María Iberri, Mercedes Bringas, Flora Seldner, Carmelita Iberri, Ernestina Peláez, María de la Huerta, Josefina Velasco, Elena Rivas, María Tavisón y Elodia Suárez; Lidia Roca vestida de cometa, y la señora Margarita G. de Peláez al pie del grupo.

## LXIV

### CONTINUACION Y FIN DE LA CRONICA

Con este capítulo se termina el relato carnavalesco empezado en el capítulo anterior.

*Carro Kiosko Griego.* Ocho columnas torneadas, de dorados plintos, sostienen la elegante cúpula de globos de colores. Tres gradas blancas dan acceso al patio bajo en el cual arde el fuego sagrado del que cuidan siete lindas vestales: señoritas Amelia y Lolita Rivera, Amelia Pesqueira, Guadalupe Martínez, Josefina Rivera, Remigia Torres y Rosario Pujol. Al pie del solemne grupo van don Ulpiano Harispuru, y su distinguida consorte, señora María M. de Harispuru.

Los trajes talarés de las sacerdotisas, bordados de oro, son de supremo buen gusto.

*Carro Café Turco.* Muy original en detalles. Un pabellón estilo oriental al que no faltan ni las clásicas guacamayas que con su garrulería contribuyen a la general algazara. Iban en él, entre los intercolumnios, vistiendo soberbios trajes, las señoritas Ernestina Rivera, Amalia y Elena Moller, Alejandra Lubbert, Julia Boido y Dolores Iñigo. En la parte posterior, las señoras Enedina G. de Cosca y Adelaida H. de Benítez, y los señores Pedro Cosca y Enrique M. Benítez.

*Carro bote vapor.* Primoroso botecito auténtico, bogando en tranquilas aguas y arrojando penachos de negro humo. La tripulación está formada por un delicioso grupo de marineritas cuyo contramaestre es la preciosa esposa del señor Miguel Denegri. El segundo de abordó es el señor Guillermo Romay, que exhibe enmarañadas y selváticas barbas, mientras en la proa, las tripulantes contemplan indiferentes las olas humanas que las admiran. Las marineiras son la señora Matilde B. de Romay y las señoritas Polina Seldner, Josefina Pesqueira, Lupe Bringas, Panchita Esprú, Catalina

Gaxiola y Delia Iberri. Todas lucen falda y chaqueta blancas, listadas de azul, y boina de este color.

*Carro Enterpe.* Inmensa pandereta de madera con lira y flores artísticamente pintadas, en cuyo fondo va una estudiantina de manteo y sombrero montado, formada por las señoritas Lupe Gabilondo, Natalia Lelevier, Beatriz, Lupe y María Esprú, Anita Morales, Loreto Robinson, Olaya Iberri; niños Garay, Esprú y Pesqueira. Cada una de las ejecutantes empuñaba su clásico instrumento de cuerda. En el timón del carro iba una enorme mariposa, de alas de gasa de muy bonito efecto.

*Cuerno de la abundancia.* Carruaje ornado de gasa amarilla, sembrada de multiplicadas flores de arteificio. Era conducido por el señor Marchebout, disfrazado de *groom*, y en el fondo del cual se veía a las apreciables esposas de Marchebout y Morales, y un grupo de preciosas niñas.

*Carro montaña rusa.* Sobre la plataforma se eleva una gran rueda de molino, con cuatro trapecios sobre los cuales iban un negrito, Tío Sam, un Polichinela y un Perriot. La montaña rusa giraba, y los cencerros y cascabeles hacían un ruido carnavalesco. En el fondo del carro iba un enjambre de chicuelos disfrazados, que esperaban su turno para girar con la montaña.

*Carro cantina ambulante.* Adornos naturales, guirnaldas, festones, palmas y flores. Tres barricas de cerveza y copiosa despensa de salchichas para todo el mundo. Eran cantineros Axel Biille, Alcejo del Corte y Eduardo Espinosa.

*Carreta música de momo.* Comparsa de enmascarados, sonando sus instrumentos.

*Carro payaso.* Muy festivo y gracioso hijo de don Carlos Taylor, vestido de Arlequín, y adornado con listones, flores y cascabeles, carrito y burro.

*Bicicleta Tío Sam.* Otro niño del mismo señor Taylor, luciendo traje de Tío Sam y montado en elegante bicicleta.

*Tetabiate y su Estado Mayor.* Carruaje ocupado por los jóvenes Cosme Echeverría, José Aztiazarán y Diego de la Peña. Vestían camisolas rojas, sombreros de palma y provocaban estruendosos aplausos, con su inigualable buen humor.

*Carruaje de niños.* Vestidos como tales formaban en la procesión los señores Gregorio Alvarez, Otto Rademacher, Jorge Oelker e Ignacio M. Iberri.

*Buggy.* Vistosamente enflorado, del señor Francisco C. Busta-

mante y esposa. Fuera de los vehículos descritos, hubo muchas máscaras de a caballo y pie.

El cronista termina su relato así:

El regio triunfal paseo duró hasta que comenzó a anochecer; él puso de manifiesto, ante los admirados ojos de nuestros huéspedes extranjeros, la vitalidad, cohesión y energías extraordinarias de nuestra culta sociedad, pues fiestas de este género no se llevan a cabo si no con el concurso moral y pecuniario de cada uno de sus miembros, y no se gasta el dinero con tanta prodigalidad sino cuando hay arcas bien repletas, la prosperidad y la abundancia dan la nota dominante de la jovialidad y el buen humor.

Ahora, permítasenos a nosotros añadir esta advertencia: entre todos los carros presentados no se aprovechó uno solo para anuncio o propaganda comercial porque en las fiestas sociales se prescindía totalmente del mercantilismo en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LIV

### EN LA PLAZA DE ARMAS

Allá por el año de 1886 daban sombra a la plaza de armas (hoy 13 de Julio) gran número de naranjos, de fruto dulce unos y de fruto agrio otros, y entre ellos, varios arbustos frondosos que no sabemos por qué llamábamos piochas cuando su nombre verdadero es el de lilas. En las plazas de Chihuahua las había en abundancia.

En los meses en que los naranjos florecían, el aroma penetrante de los azahares perfumaba el ambiente, como se cuenta de los huertos y jardines orientales, pero años después, a principios de este siglo, fueron substituidos por laureles de la India, vulgarmente llamados *yucatecos* por haber traído los primeros, de aquella península lejana, el general don Luis E. Torres, que anduvo por ahí en el desempeño de alguna comisión.

En época más distante todavía, cuando la plaza sin más pavimento que la tierra vil, estaba cercada con cadenas, la adornaban *nacapules*, árboles de la tierra que dan un pequeño fruto ligeramente parecido, en su sabor, al higo y que los chicos engullían con delectación; pero en aquélla a la que se contrae este capítulo, quedaba sólo uno, aislado en el ángulo noroeste del paseo, en el cual había una banca que ocupaban invariablemente, por las noches, don Torcuato de la Huerta y don José Iberri, paradigmas de compañerismo en los negocios, pues la sociedad comercial que ellos formaron, duró cerca de cuarenta años, en completa armonía para no acabar sino con la muerte del primero, en el mes de marzo de 1900.

A don Torcuato y don José hacían compañía, algunas veces

con ausencias, don Leopoldo Valencia, don Wenceslao Iberri, don Ismael Quiroga, don Leonides Encinas, don Andrés Rivero, que era prefecto del distrito al abrirse la campaña del Yaqui, y después, en su lugar, el coronel y don Francisco M. Espino, que lo sustituyó en el cargo y que el 12 de agosto del 54, con el grado de capitán había mandado el pelotón que fusiló al conde Raousset, a la orilla del mar; y dos o tres amigos más.

En la reunión se comentaban las lacónicas noticias cablegráficas que traía *El Monitor Republicano*, de la capital de la República y que se recibía con cuatro, cinco o seis días de retraso; se festejaban en el mismo, las crónicas dominicales del boticario Enrique Chávarri, que las firmaba con el pseudónimo de Juvenal, y se hablaba de los largos *boletines* que para el periódico metropolitano mandaba de Madrid el que fue presidente de una efímera República Española, novelista y difuso orador parlamentario: don Emilio Castelar.

Don Andrés, oriundo de Alamos, era hombre malhablado que intercalaba ajos y cebollas en la charla, y don Francisco, delgado como un huso y de tipo marcial bien definido, a pesar de su avanzada edad al ponerse en pie, se mantenía erecto, como disponiéndose a dar la voz de mando a un imaginario batallón.

Y era cosa singular que la ocupación de aquella banca constituyera una especie de tabú para las personas extrañas al grupo, pues ninguna se sentaba en ella a la hora de que deberían llegar, uno tras otros, sus habituales ocupantes, para quienes voluntariamente, se dejaba libre.

Así era el viejo Guaymas.

NOVIAZGO Y MATRIMONIO  
DE "LA GUERA" ROBINSON

Por las tardes, cuando el sol ya no daba de lleno en la fachada de su casa de la calle del *Depot*, doña Loreto Zayas de Robinson, doña Loretito, como todos la llamábamos, se instalaba en la acera sombreada, y arrellenándose en una mecedora, teniendo al alcance de la mano una pequeña cesta de mimbre, o de otra fibra, de las que los indios pápagos venían a vender y a las que en su lengua daban el nombre de *coritas*, que se hizo general, se entregaba a la diaria tarea vespertina de torcer cigarros de papel o de hoja de maíz, que con el tabaco de Oposura sacaba de la cesta. Los cigarros eran para ella, y los fumaba con moderación.

*En aquel tiempo*, la costumbre de sorber el humo del pitillo estaba reservada únicamente a los hombres, y salvo tres o cuatro señoritas jóvenes que constituían excepción, a las señoras de avanzada edad.

La *Guera* Robinson, única mujer de los siete vástagos de don Guillermo y de doña Loretito, lleva el mismo nombre de la madre, pues, a Dios gracias, vive aún, y gozaba *en aquel tiempo* de incontables simpatías.

El novio era Diego de la Peña, que llegaba a visitarla vistiendo pantalón claro de costoso casimir, saco negro de corte irreprochable y una de aquellas fajas con botones (el último grito de la moda), que cubrían el abdomen, hasta el epigastrio, a manera de chalecos.

A esa hora, la calle se animaba. Desde el balcón del alto de su casa, calados los anteojos con arillos de oro, doña Anita

Cáñez veía pasar a los transeúntes; doña Lolita Clausen se sentaba a un lado de la puerta en amplio sillón de brazos, y charlababa con sus hijas, Carolina, Carmen y Dolores; y doña Carmelita Aínza, asomada a la ventana, conversaba con la gente conocida que pasaba por ahí, mientras doña Manuelita Iberri\* salía a paso lento de la iglesia, donde había orado largamente.

Anita Valle esperaba cerca del zaguán a los muchachos que acudían a comprarle caramelos o suspiros de su minúsculo expendio de golosinas, sostenido por los chicos de la escuela, y Felicitas, su hermana, que llegó a vivir noventa y siete años, evocaba aquellos tiempos de su mocedad en que era cortejada por oficiales de la marina británica, en las fiestas que ofrecían a la sociedad, en los barcos que venían a recoger grandes cargamentos de pesos fuertes, destinados al Celeste Imperio, unidades monetarias de circulación forzosa en el país.

Los tranvías de mulitas pasaban cada cuarto de hora, con mayor número de pasajeros; se cerraban puertas y ventanas de la oficina del ferrocarril, en el solar donde ahora se levanta la escuela *General Ignacio L. Alatorre*, y los empleados norteamericanos se marchaban a su Club de Natación y Regatas para ejercitarse en el manejo del remo.

La pareja de la *Güera* y su novio iba derechamente al matrimonio, y el matrimonio se efectuó con lujo; pero, como entonces era el uso, sólo con padrinos, sin damas de honor, ni pajecitos, ni viajes de luna de miel, porque los recién casados se quedaban en casita, saboreando su dicha.

Diego de la Peña murió hace varios años sin bienes de fortuna, en tanto que la *Güera* pasa pobremente los postreros de su vida en la ciudad californiana de Los Angeles, con sus hijos y sus nietos y con el recuerdo amable del jardín alegre de su casa, de las sonoras carcajadas de su padre, del semblante apacible de doña Loretito y de los grandes amigos del Guaymas de sus buenos tiempos, de su viejo Guaymas.

\* Eran doña Ana Wilson viuda de Cáñez, doña Dolores Aguilar viuda de Clausen, doña Carmen Aínza de von Borstel y doña Manuela Carpena de Iberri; pero se las mencionaba como en el capítulo.

## LXVII

### LAS "MUCHACHAS" VALLE

La menor de las *muchachas*<sup>1</sup> Valle, en los días del noviazgo de *La Güera*, pasaba ya de los cincuenta. Anita, Felicitas y Lola, que era un poco sorda, recibían en su casa, noche a noche, a sus vecinas que acudían a jugar a la malilla, con pasión, alternándose en la mesa y a menudo disputando.

En su juventud habían conocido la opulencia: joyas deslumbrantes con incrustaciones de rica pedrería, tápalos de burato, de la mejor clase, mantones de Manila adornados con bordados primorosos, encajes de Bruselas, costosísimas peinetas de carey; lino, terciopelo, seda y raso en las prendas de vestir; pero habían venido a menos en los tiempos que evocamos. Su pobreza, sin embargo, no era extrema, pues les quedaban recursos con los cuales seguir viviendo con decoro.

La fortuna comenzó a serles adversa en un viaje a Sinaloa para visitar a una parienta: una gavilla de malhechores asaltó la diligencia, y las despojó de las riquezas que llevaban: alhajas y mantones, seda y peinetas, todo de valor altísimo.

Su padre, don Ramón, había tenido, pocos años antes, espantoso fin. Labrador acaudalado, propietario de la hacienda *El Echo*, a inmediaciones de la que mucho tiempo después se llamó estación de Ortiz, cayó en manos de una banda de indios en rebeldía contra el *yori*, y tras de someterlo a bárbaras torturas, acabaron con su vida.

<sup>1</sup> Así se llamaban, unas a otras, las ancianas de aquel tiempo.

Lo que fue de su caudal nadie lo supo. Corría la versión de que en barras de plata y monedas de oro, lo guardaba enterrado en algún lugar sólo de él conocido; pero nadie se sentía capaz de señalarlo y ni siquiera presumirlo.

Después de más de medio siglo, se oyó decir que un viejo yaqui sabía dónde estaba el fantástico tesoro: debajo de las losas o la tierra del patio o del corral de la casa familiar. Don Vicente Mexía, comerciante establecido en la región del Yaqui, emprendió la tarea de buscarlo; compró la parte de la finca señalada por el indio, y noche a noche, asociado con el general Anselmo Armenta, que en 1927 cayó en una emboscada de los yaquis sublevados, estuvo dirigiendo las excavaciones, hasta gran profundidad, con éxito absolutamente negativo.

De las tres *muchachas* Valle sólo sobrevivía Felicitas, ya muy anciana. En 1925 le faltaban ya sólo tres años para completar el siglo de existencia; pero su agilidad mental era asombrosa; prodigiosa su memoria; no esa memoria de los viejos, que recuerdan hechos y nombres de época lejana; sino fresca y siempre alerta para retenerlo, sin confusiones, lo leído o escuchado: "¡Pobrecito Pancho Villa; tan a gusto que estaba en *Canutillo!*", exclamó con lástima una vez, al leer en *La Gaceta* la noticia del fin trágico del ex-abigeo de Durango y famoso guerrillero, sin olvidar el nombre de la hacienda que le dieron al someterse al gobierno de *Agua Prieta*.

Quietamente, siempre con la sonrisa a flor de labio, se acercaba al centenario, cuando la muerte se interpuso en su camino, por la estúpida imprudencia de una amiga que también ha muerto ya.

Y así se nos marchó la última *muchacha* Valle que tantas y tan lindas cosas conoció del Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXVII

### JESÚS Z. MORENO, PERIODISTA, ABOGADO Y GENERAL

Para la generalidad de las personas, las ciudades hermosas son aquellas en que se disfruta de mayor número de comodidades, las que tienen las calles limpias y bien pavimentadas, parques y jardines, grandes y suntuosos edificios, teatros y hoteles de primer orden, iluminación espléndida en las noches; y no carecen de razón. Hay otras, sin embargo, calladamente recogidas, que carecen de aquellos atractivos, pero cuyo aspecto arcaico las envuelve en plácido ambiente de romanticismo, y cuyo encanto, que es deleite de los ojos, penetra dulcemente en nuestro corazón: Taxco, en Guerrero; Pátzcuaro, en Michoacán; Alamos, en Sonora.

Alamos es, sin género de duda, la ciudad más encantadora de nuestro Estado. Con su quietud y su silencio, con su larga arquería de portales, cuya gracia antigua rompe, desgraciadamente, desde no hace mucho tiempo, una casa del Ayuntamiento, de vulgar estilo; con mansiones de apariencia conventual, y con su iglesia que arranca de los días coloniales, se ofrece a la vista del viajero inteligente, como una evocación de la Avila del xvi, de Santa Teresa de Jesús; de la Salamanca de fray Luis, o de aquella triste Santillana del Mar, melancólicamente dibujada con tipos y costumbres por la pluma de Ricardo León.

Cuando todavía no expiraba el siglo xix, de Alamos llegó a Guaymas, Jesús Z. Moreno, que tal vez no había alcanzado ni los veinte años de edad y que fue, desde luego, nuestro amigo. Tenía, como siempre tuvo, una gran facilidad para expresarse;

cara angulosa, pómulos salientes, cuerpo delgado, más bien bajo que alto, y arranques oratorios. Trabajó como dependiente de ventas al por menor en la tienda de abarrotes de don Juan Zenizo; pero como el periodismo lo atraía, no tardó en saltar el mostrador e irse en busca de una imprenta, para publicar un diario y fue en Hemosillo donde realizó su aspiración, para pasar después a Guaymas.

Comenzó, desde entonces, a conocer el encierro en las cárceles, y fue tras de las rejas, unas veces allá y otras aquí, donde se despertó en él otra afición: la de las leyes. Nadie, ni el más lerdo, creía entonces en la libertad de escribir y publicar escritos, atendido a lo previsto en el artículo 7o. Constitucional, con su embustero contenido; de suerte que a Moreno nada le valía invocarlo cuando lo consignaban a un juzgado por censuras a la autoridad, apelando para guardar las formas, a cualquier pretexto.

Sin esperanzas, pues, de que se le dejara libre desde luego y ante la perspectiva de largo cautiverio, más que para distraer su aburrimiento, para dar alimento adecuado a su afición, estudiaba hora tras hora códigos y toda clase de libros de derecho.

En 1906 paseamos con él en la capital de la República donde era reportero de *El Imparcial*. de don Rafael Reyes Spínola; publicó, más tarde, periódicos en Chihuahua, en Monterrey y en Guadalajara; graduóse de abogado en Atlixco o en alguna otra ciudad poblana, y entre los años de 1918 y 1919 anduvo en el Estado de Veracruz, con las huestes que acaudillaba Félix Díaz contra el gobierno de Carranza y en las que se le tenía como general. Triunfó el movimiento de Agua Prieta, y siendo presidente interino de la República Adolfo de la Huerta, que en un santiamén pacificó al país, renovó con él la amistad con que ambos se habían distinguido en nuestro viejo Guaymas, y entonces se le reconoció su grado.

Se hizo miembro del Partido Nacional Cooperativista, presidido por Jorge Prieto Laurenz, y en 1922 al iniciarse los trabajos electorales para miembros del Senado, Moreno le disputó la curul por Veracruz, al diputado Francisco Tejeda Llorca. Los ánimos se agitaron, y una tarde del mismo año, al encontrarse ambos en el patio de la Secretaría de Gobernación, se produjo la reyerta; sonó un disparo, y Moreno cayó muerto.

## LXIX

### LA VENGANZA DE MARIA DEL PILAR

Este capítulo no se refiere puntualmente al viejo Guaymas; pero guarda relación con él porque viene a ser como continuación del anterior, por cuanto en él se narra la venganza que la única hija de Moreno tomó contra el matador de su papá.

Por lo demás, somos nosotros los mejores enterados de los detalles del sensacional y dramático suceso, como se verá más adelante.

En la misma noche en que el cadáver de Jesús estaba siendo velado en la capilla ardiente asumimos, por cerca de diez meses, la dirección del diario *El Herald*, vacante con su desaparición, a menudo al borde de la bancarrota; al que procuramos librar de radicalismos e imprimir una orientación de armonía con los otros diarios, y que contaba con escogido cuerpo de editorialistas y de redactores. Entre los segundos, el historiador Joaquín Ramírez Cabañas, autor del libro titulado *Gastón de Raousset, conquistador de Sonora*, y entre los primeros, el doctor en leyes Humberto Tejeda, venezolano emigrado, y el ilustre latinista Mariano Silva y Aceves.

Una mañana del mes de julio del propio año 22, acabábamos de llegar al edificio de *El Herald*, y antes de subir al piso superior, nos detuvimos en la planta baja, ocupada por la administración. Nos hallábamos allí cuando intempestivamente entró en la pieza una jovencita de unos catorce años, toda vestida de blanco, y nerviosamente nos pidió: —“vengo a que me lleve usted a la Inspección de Policía, porque acabo de matar a Llorca”.

Nos quedamos atonrados o perplejos, y por un momento

creímos que teníamos delante a una muchachita que había perdido la razón; pero inmediatamente salimos del error, porque ella prosiguió— “Soy la hija de Jesús Moreno y le disparé todos los tiros de la pistola”. “Vengo a que me lleve a la Inspección —insistió— porque temo que me asalten”.

No bien había terminado cuando entraron a reunírsele la madre y una tía que *casualmente* pasaban en un camión ordinario de pasajeros por la calle de la colonia Roma donde la habían recogido y donde Tejeda Llorca se había desplomado, mortalmente herido; circunstancia que merecía una investigación muy detenida; pero que no supimos que se hiciera.

Mientras en el mismo camión íbamos con rumbo al despacho policiaco, a cargo del general don Pedro Almada, y después en la comisaría, la tía y la mamá nos refirieron los detalles de la hazaña de María del Pilar, nombre que en aquellos días adquirió celebridad universal.

Vivían en la colonia de Los Portales, en un chaletito cuyo valor se estaba pagando en abonos. María del Pilar era la reina de la casa. Su padre la mimaba y la quería como a las niñas de sus ojos, y ella se había sentido desamparada y agobiada con su muerte. Dos negritos que estaban al servicio del diputado homicida —nos dijeron— pasaban con frecuencia en el auto de su amo, por las cercanías de su finca, y su paso exasperaba y asustaba a la chiquilla. Vestía de luto riguroso —como era natural— y su desconsuelo era mayor cuando al diputado que mató a su padre no se le sometió a ningún proceso, y ni siquiera las cámaras habían tratado de determinar si procedía el desafuero.

En tales circunstancias —continuaron—, en aquella mañana, desde muy temprano, cambió sus ropas por las blancas, diciendo que lo hacía porque pensaba encaminarse a un templo, a depositar un ramo de flores en el altar de la Virgen, en memoria del papá.

La dejaron partir, pero después reflexionaron y decidieron ir en su busca. Tomaron el camión, y cuando pasaban *casualmente* por la calle donde María del Pilar había descargado su pistola escuadra en el vientre de Tejeda Llorca, la subieron a su lado y precipitadamente fueron por nosotros.

Se practicaron las primeras averiguaciones en la octava Co-

misaría, a la que acudieron, para presenciarlas y conocer a la muchacha, el editorialista de *El Universal Gráfico*, doctor José Manuel Puig Casauranc; el director de *El Demócrata*, ingeniero Vito Alessio Robles, y un aspirante a diputado por un distrito electoral de Tamaulipas: el licenciado Emilio Portes Gil, elevado años después a la Primera Magistratura del País.

María del Pilar pasó la noche en la Inspección; el día siguiente la enviaron a la Correccional para Menores; se instauró el proceso, y al término de éste, su defensor Querido Moheno, que supo aprovechar inteligentemente la compasión que se había ganado su defensa tras un discurso brillantísimo, pronunciado ante el Jurado Popular, pidió que la absolvieran y obtuvo tan gran éxito, que fue unánime la absolucón.

Libre ya María del Pilar, estudió empeñosamente hasta obtener el título de farmacéutica, y actualmente, con más de cuarenta años, y ya casi olvidada, probablemente ejerce su modesta profesión en la capital donde duerme el sueño eterno el abogado, general y periodista alamense que vivió en su juventud en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXX

### EL DIA DE SAN JUAN

El de San Juan es el día de los bañistas y de la gente de a caballo.

*En aquel tiempo*, desde antes de rayar el alba los primeros se encaminaban a la orilla del mar, para sumergirse en él y nadar si eran aptos para la ejecución de ese ejercicio.

Las mujeres, así las ricas como las pobres, conservaban todavía íntegro el pudor, y de ahí que se bañaran en lugares distintos de los escogidos por los hombres.

Además, para hacerlo, se enfundaban desde el cuello hasta los pies, en largos camisones de delgado lienzo, que el suave y lento oleaje inflaba como globos, con los que les daba el aspecto de ballenas flotantes en las cercanías de la playa.

Los segundos, los jinetes, recorrían las calles en sus pencos, haciéndolos rayar el suelo con las pezuñas, espoléandolos y manifestando su contento con alaridos estridentes, como de moros en guerra.

Antes del mediodía, dejaban atrás la huerta "La Aurora", las tierras de Bacochibampo, la Mesa Atravesada, El Arroyo *Jediondo*, y entraban jubilosamente en San José de Guaymas.

San José de Guaymas, viejo pueblo fundado años antes que nuestra ciudad, era y siguió siendo hasta la primera decena del siglo actual municipio independiente del nuestro; municipio autónomo, con su alcalde, su tesoro y todo su personal exigido por un lugar de su categoría.

*En aquel tiempo*, nació allí otro presidente sonorenses: Abelardo L. Rodríguez.

Plaza es todo lugar ancho y espacioso dentro de poblado, tenga o no árboles y plantas, y así era y es aún la del vecino San José, donde veintenas de jinetes se disputaban el placer morboso de coger por el pescuezo a toda la carrera del cuadrúpedo, a un pobre gallo enterrado, libre la cabeza con la cresta roja; y después de sacarlo del hoyo seguir corriendo, en son de triunfo, con el animal en la diestra y azotando con él, hasta dejarlo muerto, a los demás jinetes y aun a la gente de a pie, en medio de las aclamaciones de la multitud.

Daban entonces marco a la plaza, las casas de don Luis García, de don Narciso Ruiz, de doña Lola Bojórquez, de don Antonio Alcaraz, de doña Remigia de Santoyo, de don Miguel Angulo y de don Agustín Wagner, cuya viuda, doña Josefita, murió hace pocos años a avanzada edad y en la pobreza, en el asilo de ancianas de este puerto.

Tales casas, hoy averiadas o en completa ruina, eran fincas en magnífico estado de conservación, y frente a ellas, en el día del Bautista, se reunía una muchedumbre heterogénea y abigarrada: campesinos y vaqueros del lugar y sus alrededores; habitantes de la población de todas las clases sociales; guaymenses jóvenes y viejos que iban a presenciar la fiesta bárbara, y mozas de la vida airada, procedentes de este mismo puerto, en carruajes tirados por caballos.

Los rayos del sol caían a plomo sobre el concurso oliente a sudor, a grasa en descomposición y a tequila, bacanora o mezcal que raspaba el gznate como lija, y que no cesaba de manifestar su júbilo con gritos estridentes entre los que sobresalían obsenas expresiones populares que a ningún oído lastimaban porque todos las percibían como cosa corriente y natural.

Al caer la tarde, los guaymenses emprendían el regreso a su ciudad, excepto algunos que se quedaban en el pueblo para asistir, por la noche, al gran baile en la casa del secretario del Ayuntamiento don José Preciado.

Después de 1910, San José de Guaymas comenzó a decaer en lo que no poco influyeron las incursiones de los yaquis alzados que continuamente lo amenazaban y que en su vecindad cometieron depredaciones y asesinatos. Fue descendiendo de categoría; varias de sus huertas desaparecieron; multitud de ve-

cinos se ausentaron; la despoblación, aunque no total, lo redujo a simple lugarejo, y ha quedado reducido, de centro municipal independiente, a delegación de policía.

## LXXI

### LOS PRIMEROS CIRCOS

“¡El convite! . . . ¡El convite! . . . ¡‘ai’ viene el convite!”

Se alborotaba la chiquillería y se ponía en movimiento, mientras las personas adultas asomaban a puertas y ventanas para presenciar el espectáculo anunciado.

Era éste el desfile, a lo largo de las calles principales, de los miembros del cuadro acrobático que en la noche se presentaría en la rústica plaza de toros de don Celso Vizcaíno, formada en un corral existente en el solar donde don Pancho Tapia construyó el edificio ocupado actualmente por la Oficina del Correo.

Abría la marcha un pobre diablo con el rostro pintarrajeado, que pregonaba a grandes voces la función, y repetía a cada instante el estribillo: “¿No es verdad, muchachos?”

Iban a la retaguardia, de uno en uno en fila, los acróbatas varones con la deslustrada indumentaria de su oficio, montados en caballos de su compañía, mientras las mujeres de la misma los seguían en sus pencos, acomodadas en monturas propias de su sexo, *en aquel tiempo*, y vistiendo ropas de Amazonas, falda larga y chistera o sombrero cordobés de alta copa.

Así se presentaba ante nosotros el personal de los circos que vimos los guaymenses en los años transcurridos del 83 al 86.

Comenzaba la función, generalmente, con los ágiles juegos de salón en colchones, consistentes en repetidas volteretas, que el público aplaudía; luego, sobre una pobre mesa, el *niño sin huesos*, se descoyuntaba, cruzando las piernecitas en la nuca; el alambrista, sosteniendo en las manos como balancín una grue-

sa caña de bambú, saltaba y bailaba en la cuerda, sin perder el equilibrio; *trapevistas* y *barristas* ejecutaban los usuales actos, y las mujeres ya sin ropas de amazonas substituidas por vestidos de malla y faldellín azul o de color de rosa exhibían su soltura sobre el lomo de un caballo, y enviaban, con la diestra, repetidos besos a la concurrencia.

El payaso era simplísimo. En lugar de los anchos pantalones y el gorrito que trajo a México el clown irlandés Ricardo Bell, se presentaba con las piernas enfundadas en punto de algodón y con una especie de enaguilla que le daba aspecto asaz grotesco. No sabía decir chistes; pero queriendo decir uno se plantaba en medio del corral y cantaba:

¿No está por aquí Juanita,  
oiga, maistro del violón?  
¿No está por aquí Juanita,  
dueña de mi corazón?

Y acabando de cantar, se dirigía al director de la orquesta, para suplicarle: "¡Tóquele, maistro!"

El maistro tocaba y el insípido payaso ejecutaba un bailecito insulso.

En ocasiones, recitaba versos serios, sin pizca de expresión y con monotonía.

Cuadre a todos o no cuadre  
este amor tan sin segundo,  
sostengo que en todo el mundo,  
no hay cosa como la madre.

"¡Tóquele, maistro!"

La función terminaba con la pantomima por todo el personal; una serie de boberías que nosotros festejábamos porque no habíamos visto nada mejor, y a las que daba remate la muerte, que, empuñando una tea encendida, se arrojaba sobre el grupo y lo ponía en dispersión.

Después vino otro circo mejor, del que hablaremos en el capítulo siguiente.

## LXXII

### COMO MURIO REFUGIO ATAYDE

El circo Atayde es actualmente famoso en toda la América Española, desde la frontera del Bravo hasta la República Argentina. Triunfalmente ha recorrido multitud de poblaciones con un personal notabilísimo de artistas de la acrobacia, de diversas nacionalidades, y su colección de fieras amaestradas llama en todas partes la atención. Dueña de amplia carpa, llena el público sillas y gradas en los días de función. Pero *en aquel tiempo* era el circo un circo pobre de cuyos empresarios y *cirqueros* son nietos y bisnietos los actuales. Llegó a Guaymas en el año de 1888, y en la plaza de toros descrita en el capítulo anterior se presentó modestamente, ante un concurso numeroso, ávido de diversiones y de novedades.

Francisco Atayde, el mayor de la familia, vistiendo frac o jaqué negro, se encargaba de exhibir en la pista la habilidad de un caballo amaestrado, obediente a las indicaciones del látigo resonante de su amo sobre el piso de serrín, y después de su hermano Aurelio ejecutaba un acto que provocaba enorme expectación: el gran salto a la Leotard. Ajustado al cuero, desde el cuello hasta los pies, un traje de malla, cubierto totalmente de lentejuelas de color del oro, saltaba airoso de un trapecio a otro, los dos en movimiento, frente a frente, y recibía, como premio a su arrojo y a su agilidad, estruendosas ovaciones.

Don Cayetano Iñigo y don José Iberri, desde sus asientos del palco de madera tosca, que crujía a veces, seguían con los ojos al acróbata en su vuelo, y comentaban entusiastamente la limpieza de la ejecución. Estábamos sentados cerca de ellos, y al

oír lo que decían, se avivaba nuestra infantil admiración hacia aquel pájaro humano que salvaba las distancias en el aire con la rapidez de una flecha disparada por un arco.

Favorecía al circo la fortuna; el público, en gran número, acudía a sus funciones, y los Atayde se mostraban satisfechos. De improvisto, sin embargo, un terrible accidente del oficio los llenó de duelo. El domingo 14 de junio, por la tarde, los hermanos menores, Refugio de doce años, y Andrés de diez u once, se presentaban en el acto del trapecio doble, haciendo evoluciones arriesgadas que todos presenciábamos con atención. El circo carecía de red protectora para las caídas desde las alturas y la suplía con un cobertor sostenido por cuatro adultos de la compañía, mientras Andrés y Refugio se entregaban a sus ejercicios; pero tuvieron unos cuantos minutos de descuido; distraídos, aflojaron la tensión; rompió en dos la barra del trapecio en que Refugio trabajaba, y el pobre muchachito, sin la protección de la frazada, cayó en tierra sin sentido.

La consternación fue general; levantándolo del suelo sus hermanos y angustiados lo llevaron a la pobre casa que habitaban, a la entrada del corral, y compungido, el público se dispersó, comentando el tristísimo percance, que automáticamente puso fin a la función.

A las once y media de la mañana del siguiente día, Refugio expiró, y sus deudos y compañeros, angustiados, sepultaron el cadáver en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

NOTA. En un folleto que los Atayde de estos días publicaron, se asienta que la desgracia acaeció por haberse reventado una de las cuerdas del trapecio; pero la versión es inexacta, pues lo ocurrido en realidad, es lo que hemos relatado.

## LXXII

### LOS TITERES, EL VALE COYOTE Y LAS COPLAS DE DON SIMÓN

En el año de 1925 o 26 abrió una temporada de varios días en este pueblo, la compañía de Rosete y Aranda con sus autómatas. Los presentaron en una carpa grande, pero ya sin la perfección y brillantez con que en 1888 lo hicieron en el viejo Teatro Alvarez.

Entonces era el suyo espectáculo maravilloso. Los muñecos, manejados con habilidad por los titiriteros encondidos a la vista del público, se movían, hablaban y cantaban como pequeños seres humanos. Hasta los animales parecían cobrar vida. En la pelea de gallos en la plaza de Santa Anita, el giro y el colorado alzaban las golillas y se asestaban puñaladas con las navajas que en sus patas habían ajustado los galleros. En las fiestas de la patria, reproducción exacta de las de aquel tiempo en la metrópoli, y que constituían uno de los actos más lucidos del programa, por las calles adornadas con la enseña nacional desfilaban los soldados con uniforme de paño de color azul oscuro y chacós de vaqueta, limpiecitos, como nuevos.

Al reproducirse los festejos del 16 de septiembre los títeres (el pueblo abigarrado que de todas partes acudía a presenciar el desfile) llenaban el escenario, decorado con banderas, gallardetes y lienzos tricolores, y aplaudían estrepitosamente al orador *Vale Coyote*, un *peladito* de camisa y calzón blanco que subía a la tribuna y comenzaba su peroración: "Cuando Vasingetón dijo: ¡ajuera, ingleses! . . ."

Entre el público del teatro el *peladito* se hizo célebre, y sólo

le ganó en celebridad el viejecito que añoraba las costumbres antañosas en sus coplas, doliéndose de las prevaecientes en sus días:

Don Simón, los ochenta he cumplido,  
bueno y sano, por gracia de Dios,  
y del mundo falaz, corrompido,  
contemplando el escándalo atroz.

En mi tiempo, las niñas salían  
a la misa nomás y al sermón,  
y después a su casa volvían,  
dedicándose allí a su labor.

Hoy no piensan si no es en vestirse  
a la moda: sombrero y fonfón.  
Tanto polvo se dan que parecen,  
!panaderas, señor don Simón!

Los espectadores aprendieron los versos de memoria, y en el mismo tono en que lo hacía el monito, los cantaban en la calle o en su casa del Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXXIV

### LAS FIESTAS DEL 13 DE JULIO

Para los guaymenses de *aquel tiempo*, el aniversario de la jornada del 13 de julio de 1854 constituía la fecha de mayor recordación patriótica. Se conmemoraba localmente, pero con toda justificación se le concedía importancia nacional, pues con la derrota del conde de Raousset por las fuerzas de línea y los urbanos, al mando del general José María Yáñez, se había salvado al país de una nueva mutilación.

El primer número del programa de las fiestas conmemorativas consistía, hasta la primera decena del siglo actual y horas después de la salva de rigor, en visitas de la Junta Patriótica, con el concurso de todos sus miembros, acompañada de una orquesta, hacía a los supervivientes de la gloriosa acción, que eran los señores Wenceslao y José Iberri, Torcuato de la Huerta, Justo Barrera, Rudecindo Ramírez, Juan Aldama, Librado Irigoyen, Pablo Mexía, Juan Casillas, cariñosamente apodado *El Tusita*, Jesús Preciado y el chileno Juan Acosta que se sumó a los defensores de la población y combatió briosamente con ellos.

Los visitados se enternecían con la evocación de aquel combate en que, superados por los filibusteros enemigos, los vencieron, y referían a sus visitantes algunos de los episodios recordados. Varios de ellos lucían, orgullosamente, la medalla creada por el gobierno nacional en reconocimiento de su patriotismo y su valor.

Años después, sin embargo, los festejos aunque lucidos, no

tenían el esplendor que tuvieron en el siglo anterior cuando el recuerdo de la hazaña estaba fresca todavía.

En aquél, como en éste, eran imprescindibles por la tarde las regatas a remo y la cucaña en cuyo extremo se colocaban premios para quienes llegaban hasta él, sin un resbalón que los hiciera caer en el mar.

Pero *en aquel tiempo*, ya en la noche tenía la fiesta extraordinaria brillantez. La plaza y casas de la vecindad se engalanaban en la forma descrita en un capítulo anterior, y a las nueve, la conmemoración llegaba al punto culminante con los discursos pronunciados en la tribuna colocada en el templete, junto a la fuente cuyos surtidores de agua eran un Cupido de bronce en el remate y diez o doce garzas del mismo metal, alrededor de la pileta, y en donde los oradores ensalzaban a los héroes que en el 54 dieron o expusieron su vida en defensa de la ciudad y de la patria.

La multitud se arremolinaba en torno de la plataforma y aplaudía con calor los pasajes más brillantes.

La banda militar ejecutaba aires marciales, y al finalizar, el Himno Nacional; se quemaba el castillo de *El Torote* y a la medianoche la multitud se dispersaba.

En algunas ocasiones las festividades patrióticas, aniversarios de los natalicios de los grandes hombres o veladas luctuosas en memoria de los muertos, se efectuaban en el teatro, en cuyo escenario las presidían los miembros de la Junta Patriótica y los jefes y oficiales de la Marina de Guerra: Juan Mills de la Chapa, Teófilo Genesta, Rafael Pereyra, Antonio Ortega, Guilebaldo y José María Miranda, Torres, Puga y otros, con uniformes de gala de paño azul, con galones dorados, y soportaban estoicamente el ardor de la temperatura en lo más riguroso del verano, en tanto que en plateas y lunetas una concurrencia selecta, los varones con traje negro, de saco o de jaqué, y las damas con lujosos atavíos y joyas rutilantes, presenciaban y aplaudían los actos del programa en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

LXXV

DON MIGUELITO CAMPILLO,  
POETA FESTIVO

Don Miguelito Campillo (nunca se le nombraba de otro modo que en diminutivo); agente de negocios judiciales, originario de San Miguel de Horcasitas, miembro de antigua familia sonorenses con grandes ramificaciones, cuyo apellido llevan todavía e indefinidamente llevarán multitud de descendientes, era un hombre pulcro en el vestir, a quien los guaymenses veían discurrir por sus calles, varios años, antes de que se extinguiera el siglo XIX. Con su levita negra y su barbita recortada en punta, o sea a la que nosotros impropriamente le llamamos *piocha*, se presentaba a nuestros ojos como una estampa de los días del Imperio que tuvo como epílogo el fusilamiento del rubio emperador.

Su nombre no figura en ninguna antología de poetas sonorenses y seguramente son poquísimas quienes recuerden sus aciertos de versificador festivo, a la manera de Quevedo, o, para decirlo más exactamente, del mexicano don Anastasio María de Ochoa y Acuña, del periodo de la Independencia, cuyas trazas siguió en una letrilla salpicada de modismos nuestros, de los cuales se burla con donaire; que aparece publicada en el ejemplar de noviembre de 1899, de un periódico editado en este puerto, y que bien vale la pena de reproducir, por su gracia y su métrica sin tachas:

Si en lugar de guimbalete,  
que es castizo castellano,  
dice don Juan: "bimbalete",

y a pesar de irle a la mano  
no consigo que se abstenga,  
allá se las avenga.

Si Rita le llama "pochi"  
a lo corto o descolado,  
y denomina "jorochi"  
al infeliz jorobado  
porque lo aprendió de su aya,  
allá se las haya.

Si con Luis, el testarudo,  
toda mi oratoria agoto,  
para que diga desnudo  
y nunca diga "empeloto",  
y él se ríe de mi arenga,  
allá se las avenga.

Si el can que no tiene pelo,  
según dice don Justino,  
apoyándose en su abuelo,  
es perro "bichi" y no chino,  
porque el chino es de otra laya,  
allá se las haya.

Si la voz de la "chicharra",  
es estridente e ingrata,  
dice, por decir cigarra,  
Basilia, la literata,  
cuando parlando se explaya,  
allá se las haya.

Si la gente baladí,  
que por hablar a destajo  
le llama "mayate" aquí  
al inmundo escarabajo,  
porque no hay quien la contenga,  
allá se las avenga.

Si para Julia Nebrija,  
porque ha nacido en Sonora,  
no puede ser lagartija  
la que para ella es "cachora",  
aunque la traten de paya,  
allá se las haya.

Si cuando Treta Maluca  
quiere que no hagan ruido,  
manda que no hagan "boruca"  
y el bueno de su marido  
a palos no la derrenga,  
allá se las avenga.

Que don Simón a la Adela,  
que va de la moda en pos,  
de gro le ofrezca una tela,  
y ella la quiera de "gros"  
y el barbarismo sostenga,  
allá se las avenga.

Si es tisis la enfermedad,  
tísico el que la padece,  
y que don Blas a Piedad.  
le diga, cuando se ofrece,  
"estás tisis . . . ¡vaya! . . . ¡vaya!" . . .  
allá se las haya.

El episodio de que ahora vamos a hablar se remonta a fecha más antigua, y lo conocemos sólo por la tradición.

*En aquel tiempo*, Loretito Avilés ha de haber sido una real moza, halagada y cortejada en su casa solariega de la actual calle 25. Llegó el día de su santo, y se celebró con espléndido banquete. Se sirvieron exquisitas viandas, y se bebieron vinos de la mejor cepa.

A la mesa se sentó un grupo numeroso de amigos y de amigas; se conversó con gran animación; y no escasearon los piro-

pos dirigidos a la festejada, y se proyectó ofrecer el agasajo, en mitad de la comida, bien en verso, bien en prosa.

El honor correspondió a don Miguelito. Puesto en pie y empuñando la copa, como es uso, comenzó: 'Brindo por tí, hermosísima Loreto'; pero sea por la emoción que lo embargaba, o porque la inspiración se le evadía, fue incapaz de proseguir, y repitió dos o tres veces: "Brindo por tí, hermosísima Loreto", con el mismo resultado.

Uno de los comensales, don Casimiro Hugues, dueño de la hacienda de "La Providencia", suegro del general José María Rangel, en ocasiones juez del Estado Civil y de espíritu chusco y retozón, dando rienda suelta a su índole guasona, púsose también en pie, y con tono de zumba, que directamente aludía a la perplejidad del frustrado brindador, le clavó esta banderilla:

Miguelito está impaciente,  
porque no le puede fluir:  
le dice a su musa: "vente",  
y ella no quiere venir.

Estalló una carcajada general; don Miguelito, aunque doliéndose de la puya rió también, y el banquete continuó, en medio de alegría desbordante, entre bromas y gracejos, como amigos que eran todos porque así era el Guaymas de aquel tiempo tan lejano, el viejo Guaymas.

## LXXVI

### LAS SERENATAS

Les llevábamos serenatas lo mismo a las que en las madrugadas daba una orquesta a las muchachas cuyo sueño interrumpían, con alegre y grata interrupción, sus novios o sus pretendientes, que a las que las bandas militares (porque cada regimiento o batallón que la plaza guarnecía, contaba con la suya) daban dos o tres veces en la plaza, por las noches. (Un paréntesis: la mejor orquesta cobraba ocho o diez pesos por la hora).

En esas noches, principalmente las de los domingos, hombres y mujeres de la clase principal y de la media invadían en tal número la plaza que el tránsito se dificultaba y había necesidad de hacerlo lentamente, con esguines, para no tropezar con alguno de los paseantes.

Todos observaban, invariablemente, la costumbre establecida: el sexo masculino marchando en una dirección, y el femenino en la contraria. No quedaba desocupada una sola banca; antes bien, en el asiento de cada una se apiñaban a veces, estrechándose, quienes, cansados de ambular, buscaban aunque incómodamente, el reposo que anhelaban.

La escasez de asientos la aprovechaban para aumentar sus ganancias, Antonio Castro, dueño de la cantina "La Malinche", establecida en la casa de la familia Gayou donde ahora hay un expendio de aceite lubricante; don Juan Scolari, propietario de otra cantina con repostería anexa, en la finca que hoy ocupa el colegio Kino, y Mongini y Pinto, que estaban al frente de otro establecimiento de igual clase, en el edificio que hoy da albergue al hotel Concordia.

Todos ellos, por la vecindad con el paseo, mandaban colocar

largas hileras de sillas frente a mesitas para cuatro o cinco personas a quienes se llevaba cerveza o refresco de alta calidad: de riquísima horchata de almendras; de fresas o de grosella que los jóvenes acompañantes de sus novias o amigas obsequiadas, pedían a los mozos encargados de atenderlos; pero como la demanda de asiento superaba el número de los disponibles, los mismos mozos, no bien se consumían las bebidas que servían, ya estaban plantados frente a la mesa; recogían los vasos y preguntaban si traían algo más, apremiando así a los interrogados para que desocuparan las sillas o para que pidieran nueva tanda, lo que casi siempre conseguían.

El socio de Mongini, Alfredo Pinto, era un joven italiano, de buena presencia, finos modales y no escasa ilustración. Contrajo matrimonio con Eugenia Fourcade, de vieja y distinguida familia guaymense, y poco después de haberlo contraído, se marchó con ella a su país, donde murió trágicamente.

Bañándose un día en el golfo de Nápoles, o en algún otro mar de la península, se lo tragó una ola sin que nunca volviera a aparecer. La esposa y sus hijas, pasando mil vicisitudes, se han quedado residiendo en Italia.

La figura de Mongini se desvaneció. Duró poco en sociedad con Pinto; se marchó, y de él no se volvió a saber nada.

Scolari, con su esposa Teresa Llaguno y con sus hijos, se ausentaron en los días en que una tremenda depresión económica se abatía sobre el puerto, a tal grado que multitud de casas quedaron vacías, y sus propietarios se vieron obligados a rentar, hasta por veinte pesos mensuales, las que ahora se tasan a trescientos, a personas de confianza con el único propósito de cuidar de su conservación. La ciudad se despoblaba y languidecían los negocios, y Scolari, ante tal situación, decidió abandonar su cantina, su repostería, su dulcería y su vivero de ostiones, y marchóse en busca de horizontes más propicios. Se estableció en el norte de la Baja California, y allí, oprimido el corazón que a la postre, al fallarle, le causó la muerte, suspiraba constantemente por su Guaymas, por el Guaymas que él conoció próspero y feliz, por el Guaymas donde abundaba el dinero e iba a chorros a las cajas de sus establecimientos; por el Guaymas de los viejos tiempos, por su viejo Guaymas.

## LXXVII

### LA DRAMÁTICA MUERTE DE ALBERTO ASTIAZARAN

Alberto Astiazarán tenía veintitrés años de edad; Pepe Dávila, diecisiete; Carlos Amarillas, uno o dos más y Jesús Hernández, uno menos.

Los cuatro acostumbraban salir al campo los domingos, a ejercitarse en la caza menor, para la que llevaban escopetas y rifles de salón.

El único de esos domingos en el año de 1904 caía el 31 de julio, día de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

Los cuatro excursionaron por la vecindad de San José de Guaymas, en busca de conejos, patos, codornices o liebres; al caer la tarde se reconcentraron en la huerta "Laurita", y emprendieron el regreso en el carruaje de Cecilio Mendoza, que manejando los caballos, los había llevado a la excursión.

El cielo comenzaba a encapotarse; negros nubarrones escalaban trabajosamente la bóveda; los relámpagos hacían restallar sus látigos de fuego, y la lluvia, a paso lento, entretenida en regar otros lugares, andaba lejos todavía.

Ellos conversaban animada y descuidadamente, ajenos al peligro que los acechaba. A las siete de la tarde, en punto, la carretela entraba en la Mesa Atravesada, y Cecilio apuraba a las bestias que tiraban de ella para llegar a hora temprana a la ciudad; pero no se realizó como él y los cuatro cazadores lo esperaban, ni con vida regresaron todos. A un lado del camino, ocho o diez yaquis en armas les tendieron la emboscada. De sus cara-

binas partieron los disparos, y tocados por las balas se desplomaron Astiazarán, Hernández y Cecilio. Amarillas echó a correr desatentadamente por el bosque, y Pepe Dávila (ambos milagrosamente ilesos) corrió también, pero encaminándose a San Germán, de donde por teléfono dio aviso de lo sucedido.

Con la rapidez de un viento huracanado, la noticia se extendió por todo el puerto, sacudido por profunda conmoción. A esa hora las nubes comenzaron a disparar ruidos e importantes cañonazos, y como exprimidas por millones de manos, a deshacerse en aguacero torrencial.

La marcha de soldados, autoridades y vecinos hacia el sitio del asalto, se hizo penosísima, y en llegando a él, bajo la luz de las linternas, descubrieron un cuadro que los consternó: Alberto Astiazarán estaba muerto; Hernández, gravemente herido de un balazo, el que doce días después lo llevó a la sepultura, y el cochero, con la perforación de un tiro en los costados. Los indios no los remataron porque los creyeron ya sin vida.

El regreso fue tristísimo, a lo largo del camino inundado por el agua, cuando ya la noche había caído sobre él como un telón de luto.

Alberto era un muchacho muy simpático y querido, con gran número de amigos, que durante toda la noche velaron su cadáver. En la mañana del primero de agosto, se le llevó en el ataúd al templo, donde la misa y los responsos se rezaron por el descanso de su alma, y luego al cementerio, seguido por largo cortejo silencioso.

El Gobierno del Estado y las autoridades militares se sintieron obligados, con apremio, a descubrir, aprehender y aplicar desde luego la pena capital a los asaltantes, y así fue como no tardaron en llegar el gobernador don Rafael Izábal y el comandante Luis Medina Barrón. Recorrieron huertas y rancherías y de ellas sacaron unos doce peones, a quienes se imputó la emboscada traicionera. Cuatro fueron fusilados inmediatamente y ahorcados los restantes, en cuerdas o cabestros atados a los brazos de los guamúchiles de Bacochibampo.

Pero como no se creyó en la culpabilidad de los ejecutados, y la voz de la calle, con instinto delator corrió de boca en boca con la acusación de que se había sacrificado a pacíficos trabajadores de

la tribu yaqui, pretendiendo satisfacer a la opinión, de los pobres árboles que sirvieron de patíbulo se alejaban con una sensación de calorfrío los viandantes del Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXXVIII

### “EL DOCTOR OX”

Era Elena Montijo la décima musa de Sonora. Manejando con soltura el castellano, había traducido del francés una novela. No escribía versos, como los escribió Sor Juana; pero su belleza, su talento, su sensibilidad artística y su inquietud espiritual eran fuentes de inspiración para literatos y poetas *de aquel tiempo*. Cortejábanla, o se disputaban su simpatía, o su cariño, Enrique Quijada, en Ures; y Alfredo Díaz Velasco y Alejandro Wallace, en Guaymas.

En las biografías de escritores sonorenses figuraban los nombres de los dos primeros, y se omite el del tercero. Wallace, sin embargo, versificaba como ellos y mostraba decidida afición al cultivo de las letras.

En la Botica Americana, de su propiedad, se reunían los colaboradores de su *Doctor Ox*, un periódico quincenal cuyo primer número apareció el 15 de septiembre de 1889, cuando la ciudad se engalanaba para celebrar dos aniversarios: el del nacimiento del general Porfirio Díaz y el del grito de Dolores. El caudillo de Oaxaca se había afianzado en el poder y ya nadie se atrevía a disputárselo.

Los miembros del cuerpo de redacción, residentes en el puerto, eran los señores ingeniero Fiacro Quijano, Francisco J. Armienta, Fernando Montijo, Juan N. Bringas, Francisco M. Campillo, José L. Robles, Gabriel J. González, Martín de la Quintana y Alfredo Díaz Velasco, por más que los nombres de varios de ellos no se ven nunca al pie de las producciones publicadas. Ingresaron después el doctor Fregoso y el licenciado Eugenio Vera.

En las tertulias de la farmacia, efectuadas en la rebotica, se juntaban, a las veces, con un médico, un abogado, un ingeniero y un farmacéutico (el dueño), empleados principales de casas de comercios y comerciantes; pero ni los unos ni los otros se ocuparían, seguramente, en tratar en la reunión los asuntos que les atañían. Ni el jurisconsulto sacaría a colación sus pleitos, ni el facultativo los conocimientos de su profesión, o los nombres y las enfermedades de los pacientes que atendían, ni el ingeniero los trabajos de su ramo.

Los hombres de negocios por su parte, se abstendrían de hablar de sus empresas. La voracidad de acumular dinero a toda prisa era desconocida *en aquel tiempo*. Lenta y gradualmente, a pulso y con fatigas, se iban acrecentando los caudales, sin llegar a términos escandalosos. Así, pues, cuantos en la farmacia se reunían, durante una, dos o más horas, mandarían al olvido los asuntos ordinarios de su vida para recrearse en conversación cerrada sobre temas que eran lujo de la mente y del espíritu.

*El Dr. Ox*, allá de tarde en tarde, en breves párrafos informativos deslizaba alguna nota en que se percibía la mano de un redactor jacobino a quien, por lo demás, los lectores ordinarios nunca hacían caso.

El farmacéutico y propietario de la Botica Americana se enamoró perdidamente de Anita Sandoval, de familia destacada y maestra en el manejo del violín de cuyas cuerdas arrancaba las notas armoniosas de las composiciones musicales más en boga en aquel tiempo, alternadas con las obras clásicas de años anteriores, y quien después fue su esposa.

Ya había él escrito y publicado versos ajustados a la métrica, aunque con débil estro; y como en estas crónicas del *viejo Guaymas* no queremos desentendernos de los rasgos que a él conciernen y que son de nuestro conocimiento; y para que el nombre de Alejandro Wallace no se continúe omitiendo cuando se hable de poetas o versificadores sonorenses, reproducimos por lo menos, esta producción que el 10 de mayo de 1890 escribió en el álbum de su novia:

Para mí, tu existencia es un tesoro  
de luz, de porvenir y de primores.

Eres la virgen de brillantes galas  
que vive venturosa a los albores  
de dulce amor, bajo las blancas alas.

Yo, el trovador que canta tus loores,  
y deja en tu sendero,  
cual recuerdo de afecto verdadero,  
la última flor que hallara en tu camino  
el triste y fatigado peregrino.

## LXXIX

### ALUMNOS DE LAS ESCUELAS PUBLICAS EN 1888

En este capítulo cobra vida una evocación de los días escolares de más allá de medio siglo: una lista de los alumnos que más se distinguieron por su aprovechamiento, en los exámenes verificados los días 17, 18 y 19 de agosto de 1888; enumeración de nombres y apellidos que recuerdan a familias ausentes o desaparecidas, y a otras aferradas al terruño todavía, con ese amor que nos ata a los lugares donde vimos la primera luz, y donde nuestros padres, nuestros hermanos y amigos de la infancia duermen el eterno sueño.

La lista es oficial:

#### ESCUELA DE NIÑAS NÚMERO 1

Primera clase: Susana Espinosa, Aurelia Armenta, Luisa Sains, Matilde Rodríguez, Refugio Valdés.

Segunda: Jesús Cuen, María Armenta, Artemisa Espinosa, Josefina de la Huerta.

Tercera: Prisciliana Calderón, María Rincón, Guadalupe Munguía, Guadalupe Rivera.

Cuarta: Antonia Alvarez, Isabel Cervantes, Amelia Rivera, Margarita Quijano, Eugenia Cáñez, Julia Mayer, Ascensión Duarte.

Quinta: Mercedes Rodríguez, Ana Cáñez, Edissa Cervantes, Dolores Clausen, Camila Cáñez, María Güereña, Carmen Vizcaíno, Josefina Escobar, María Armienta.

## ESCUELA DE NIÑAS NÚMERO 2

Primera clase: Josefa Mendoza, Margarita de la Peña, Dolores Cosca.

Segunda: Dolores Angulo, Aurelia Maytorena, Julia Irigoyen, Dolores Lozada.

Tercera: María Villaescusa, María Félix, Julia de la Cruz, Carlota Valenzuela, María Angulo.

Cuarta: Teresa Angulo, Josefa Rivera, Antonia de la Cruz, María Escobar.

## ESCUELA DE NIÑOS NÚMERO 1

Primera clase: Juan N. Bringas, Francisco Valenzuela, Manuel Cuen, Vicente Bernal, Juan Villaseñor, Bartolomé Valenzuela.

Segunda: Roberto Beltrán, Santiago Acosta, Alfonso Espriú, Alonso Díaz, Vicente Irigoyen.

Tercera: Carlos Luken, Carlos de la Peña, José Astiazarán, Cosme Echeverría, Ignacio de la Peña, Miguel Cervantes, Pompeyo de la Peña, Agustín Parodi, Francisco Villaescusa.

Cuarta: Víctor Troncoso, Ricardo Valdés, José María Corella.

## ESCUELA DE NIÑOS NÚMERO 2

Primera clase: Francisco J. Segovia, Ramón Soto, Maximino Dumas.

Segunda clase: Manuel Morán, Francisco Angulo, Vicente Ayala, Leonardo Montaña.

Tercera: Luis Collazo, Emilio Luebert, José Bastón, Isidro Castanedo, Manuel Castanedo.

Firmaron la lista el presidente del primer jurado, don Fiacro Quijano, y el del segundo, don Pedro Garay.

En la información publicada en el órgano oficial de la Junta de Instrucción, se menciona especialmente a las señoritas profe-

soras Macrina Patiño, directora de la escuela número 1 para niñas, y Ester Rivera Enríquez, de la 2, y se elogia su labor. Se habla luego de las alumnas Mercedes Rodríguez, Ana Cáñez y Josefina Escobar que se destacaron por su natural talento, y por su aplicación. A sus nombres se añaden los de María Güereña, Dolores Clausen, Edissa Cervantes y Carmen Vizcaíno que "contestaron con firmeza y acierto –así se dice textualmente– las preguntas que se les hicieron, resolviendo con rapidez y exactitud los problemas propuestos por los jurados sobre Geografía, Geometría y Aritmética", y se extienden los encomios a profesores y alumnos distinguidos de todas las demás escuelas, que daban lustre al viejo Guaymas.

LXXX

## LA VISITA DEL VICEPRESIDENTE DON RAMON CORRAL

Don Ramón Corral había venido varias veces a Guaymas, con su carácter de gobernador del Estado, y presidido las grandes fiestas escolares en que se distribuían premios entre los alumnos más aprovechados. Recibíanlo, entonces, únicamente funcionarios federales y estatales y un reducido grupo de particulares que eran sus amigos personales; pero el 10 de noviembre de 1904 en que la visita la hizo ya con su doble investidura de secretario de Gobernación y de vicepresidente de la República, todo el pueblo participó en la recepción.

Don Gabriel J. González, español de las Baleares, con larga residencia en la ciudad, como cronista de la Comisión de Prensa describió los actos realizados con ocasión de la llegada y permanencia del huésped distinguido; pero como adolecía del defecto de ser difuso en sus escritos, esto es, prolijo en palabras, únicamente transcribiremos a continuación las partes principales de la crónica al través de cuyas líneas, como entre las rejillas de una celosía imaginaria, se percibe el estado social del Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

Helas aquí:

A las doce del día 10 llegó aquí en tren especial el señor Corral, con su simpática señora, acompañados del señor gobernador Izábal y dos de sus apreciables hijas; el general Luis E. Torres, jefe de la primera zona militar; el general Francisco Peinado, jefe del 5o. regimiento y otros muchos militares y paisanos.

En la estación estaba agrupado el pueblo entero de Guaymas, ansioso de dar un abrazo, un apretón de manos, o un saludo afectuoso al respetable sonorensé que con la rapidez de la chispa eléctrica desde modesto taller de tipografía, ha sabido aposentarse en la segunda silla curul de la Nación.

Frenética fue la ovación que recibió el señor Corral al presentarse en público, pues a los armoniosos acordes de tres bandas, se unieron los vivas entusiastas, los atronadores cohetes, los estridentes silbatos terrestres y marítimos, los cariñosos saludos, los aplausos unánimes, la alegría general.

Frenética fue la ovación que recibió el señor Corral al presentarse en público, pues a los armoniosos acordes de tres bandas, se unieron los vivas entusiastas, los atronadores cohetes, los estridentes silbatos terrestres y marítimos, los cariñosos saludos, los aplausos unánimes, la alegría general

Sigue diciendo el cronista que el señor Corral manifestó deseos de ir a pie hasta su alojamiento, y que pasaron él y su comitiva entre vallas formadas por las sociedades de artesanos *Obreros del Porvenir*, *Unión de Mecánicos* y *José María Morelos*; alumnos de las escuelas oficiales y público numeroso que no cesaba de vitorearlo.

Añade que los edificios de las calles por donde debía pasar estaban profusamente engalanados, y que entre el templo de San Fernando y el Casino del Comercio se había levantado un arco monumental en el que se leía: "Guaymas. Bienvenida al ilustre hijo de Sonora, C. Ramón Corral".

A una cuadra de distancia –continúa– había otro de estilo muy sencillo, cuajado de infinidad de tiernos capullos, alumnas de las escuelas públicas, que daban al arco un aspecto alegre y vaporoso. En éste se leía esta inscripción: 'Sociedades Obreras, al C. Ramón Corral'.

Al llegar el señor Corral junto a dicho arco el profesor Juan Miramón le dirigió la palabra, en términos vehementes, dándole la bienvenida, mientras las preciosas niñas hacían tremolar banderines nacionales y dejaban caer una lluvia de flores.

En el costado oeste de la plaza del 13 de Julio enseñaba su esbeltez costoso arco que le dedicó el comercio mazatleco; y em-

potrado en la calle inmediata, al norte del Palacio Municipal, la colonia china levantó un arco de cuatro pisos en forma de pagoda, en el que no se sabía qué admirar con preferencia, si la esbeltez del edificio, la riqueza de las telas, los caprichosos adornos o la espléndida iluminación eléctrica. En el primer piso había una orquesta china que tocó con estridente ruido, al paso del señor Corral.

Por fin llegó nuestro simpático huésped a su morada (la elegante casa de don Agustín Bustamante), y allí acudió una respetable representación de *Obreros del Porvenir*, encabezada por su presidente, don Aurelio Pérez Peña, quien en términos elocuentes saludó a su consocio y magistrado de la República, y le presentó una preciosa medalla de oro con las siguientes leyendas: Anverso: 'Sociedad Obreros del Porvenir', a su ilustre consocio señor don Ramón Corral. Reverso: Recuerdo de su visita a Guaymas. Noviembre de 1904.

LXXXI

## CONTINUACION Y FIN DE LA CRONICA

En este capítulo se continúa la crónica escrita por don Gabriel J. González, con motivo de la visita del vicepresidente don Ramón Corral a Guaymas.

Doña Luisa G. de Bustamante, en representación de la Sociedad Electro-Industrial Ramón Corral, compuesta por los obreros electricistas de la Compañía Industrial y Explotadora de Maderas, presentó al señor Corral otra medalla de oro, muy bien labrada, que en el anverso dice: 'Mención honorífica al ilustre sonorenses don Ramón Corral, Vicepresidente de la República', y por el reverso: 'Sociedad Electro Industrial *Ramón Corral*. Noviembre 10 de 1904'.

El general Francisco Peinado hizo la presentación del doctor Juan N. Chavira, y éste a su vez, tuvo el gusto de introducir ante don Ramón, a cinco de los siete supervivientes de la memorable jornada del 13 de julio de 1854, y dos de ellos, los señores Juan Casillas y Justo Barrera, se quejaron amargamente de su triste situación pecuniaria y deplorando que no se les haya asignado una pensión, por modesta que fuera. (El cronista tuvo la impresión de que el señor Corral les ofreció interceder en su favor).

A las ocho de la noche y en el piso bajo del Palacio Municipal, se ofreció al señor Vicepresidente un banquete con que el comercio y la banca le obsequiaban.

Se sentaron a las tres mesas ciento doce personas, incluidas todas las del séquito que había venido de Hermosillo, con el señor Corral.

Aunque reinó la mayor expansión y alegría desde que el banquete dio principio, tuvo el carácter oficial y la respetabilidad dignas del caso, amenizado, hasta la una, en que terminó, por selectas piezas tocadas alternativamente por la banda del 12o. batallón y la orquesta del profesor Bobadilla.

Llegada la hora del champagne, el doctor don Alejandro Wallace ofreció el banquete al señor Vicepresidente con la elocuencia que le es característica.

Se levantó el señor Corral, y en frases que le brotaban del alma, expresó su sincera y eterna gratitud por las pruebas de cariño y adhesión de que era objeto.

Poco después, el señor don Federico García y Alva tomó la palabra, y brindó por el digno hombre público.

Sucesivamente se levantaron, para brindar, los señores don Federico H. Seymour y Lic. Vicente Vidaurrázaga, el comandante don Juan Mills de la Chapa, don Guillermo R. Romay, don Juan de Dios Castro, el general don Luis E. Torres y el señor J. A. Naugle.

Mientras se celebraba el banquete, la banda del 5o. regimiento daba serenata en la plaza del 13 de Julio; y la colonia china disparaba preciosos fuegos de artificio y elevaba caprichosos globos; su orquesta, colocada en su arco, aturdía con sus acordes; la iluminación general y privada era soberbia, y el pueblo guaymense se deleitaba con tales manifestaciones.

Al salir del festín, el señor Corral y demás comensales dieron un paseo por la plaza.

Dice el cronista que al día siguiente, cuatro de los principales miembros de la colonia china, fueron presentados al Vicepresidente por el señor Félix Ceballos, quien, en nombre de dicha colonia le hizo los siguientes regalos: una medalla de oro; una riquísima cortina de seda y oro; un hermosísimo partier con fondo blanco, cuajado de pájaros y flores bordados en realce, y dos canastillas de flores artificiales para doña Amparo E. de Corral y para doña Luisa G. de Bustamante.

Añade que en nombre de la Sociedad Mutualista de Artesanos, don Octaviano Flores le presentó curiosísima mariposa de plata y concha nácar, de alas movibles, con el monograma R. C. y esta inscripción: "Al Vicepresidente de la República C. Ramón Corral. Guaymas, noviembre 10 de 1904. Sociedad Mu-

tualista de Artesanos. José María Morelos. Fraternidad y Constancia”.

“Desde el momento de llegar, hasta el partir –escribe el relator– el señor Corral recibió numerosas visitas, pues con su proverbial naturalidad, dio audiencia a pobres y ricos por igual”.

Habla luego del gran baile que el día 11 se efectuó en el vapor *Oaxaca* y que comenzó en la tarde, para terminar a la una de la mañana, añadiendo que durante la agradable velada, se prendieron magníficos fuegos artificiales en un *pango* fondeado en la bahía, en tanto que una banda ejecutaba piezas musicales en la plaza.

El relato se termina así: “El sábado 12, a las ocho y media, partió el tren especial que llevó de regreso al distinguido huésped”; pero no se olvida este detalle: “Al pasar en su carruaje el señor Corral por debajo del arco chino, una numerosísima comisión de la colonia le formó valla.

Partió el tren, y los vítores, aplausos y ovaciones no se extinguieron hasta no haberse perdido de vista el convoy.

Y todo esto ocurrió en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXXXII

### UNA POESIA DEL ALBUM CONMEMORATIVO DE LA VISITA

Con motivo de la visita del señor Corral, que en los dos capítulos anteriores se ha relatado, se nombraron varias comisiones encargadas de atenderlo o de los preparativos concernientes a la recepción, y una de prensa, de la que era director el ingeniero don Eduardo Gaxiola, auxiliado por el doctor Alejandro Wallace y don Armando M. Albedi, como vocales, y por el señor Gabriel J. González, con el carácter de cronista.

A nosotros se nos encomendó la secretaría, y al pedírsenos nuestra colaboración para el álbum que se imprimiría con ocasión de los festejos, para eludir suspicacias nos limitamos a dar a la imprenta para que se publicara por primera vez, el poema que escribimos días antes, con el título de

#### HUMANIDAD

Al desplegar la noche  
su manto de tinieblas,  
en el éter profundo palpitaron  
como rosas de oro, las estrellas;

los astros pensativos  
que en las noches serenas  
envían sus miradas luminosas  
a la hermana tristísima: LA TIERRA;

a la doliente hermana  
que en el azul navega,  
cual galeón pesado y misterioso,  
cargado de DOLOR Y DE TRISTEZA.

los vientos invernales  
gemían en la selva;  
la luna como pálido fantasma,  
se alzaba sobre un pico de la sierra;

dormían en la sombra  
de su cubil, las fieras,  
soñando en los opíparos festines  
de los próximos días de revuelta;

descansaba el obrero  
concluida la faena,  
y en las almas manchadas por el crimen  
implacable velaba la conciencia.

Callado y pensativo,  
por la llanura escueta  
avanzaba un soldado, cuya frente  
ceñían los laureles de la guerra.

Llevaba al cinto, como  
símbolo de su fuerza,  
la espada vencedora, que en las lides  
brillaba como rayo en la tormenta;

y a veces la mirada  
de sus pupilas negras  
daba la imagen del estoque agudo,  
cuya frialdad a las entrañas llega.

Aquel soldado heroico  
que en torno a su bandera  
vio cómo se agrupaban las legiones  
cuando el clarín llamaba a la pelea,

detúvose de pronto;  
alzó la faz morena;  
hondo suspiro desgarró su pecho,  
y se quedó mirando las estrellas,

como si interrogara,  
con inquietud inmensa,  
a las rosas de oro que se abrían  
en la noche magnífica y serena.  
Después habló . . . y entonces  
la chispa de la idea  
incendio fue de resplandores vivos  
que alzó sus llamas en las frases bellas.

Señor –clamó–, los hombres  
combaten como fieras;  
la muerte lleva el luto a los hogares;  
los talleres y campos se despueblan.

La humanidad escribe,  
con sangre de sus venas,  
la página más negra de su historia,  
la que pregona el triunfo de la bestia.

Al escuchar el grito  
siniestro de la guerra,  
los hijos abandonan a las madres;  
¡y las madres perecen de miseria!

Ayer no más . . . (¡recuerdo  
que de pesar me llena! . . .)  
ayer no más mi corazón latía  
con ímpetus de odio, en la pelea;

mas hoy que luz radiosa  
llegó hasta mi conciencia  
con el mensaje de la pobre anciana  
que hace ya mucho tiempo que me espera;

hoy, ya bajo el dominio  
de una piedad suprema,  
yo lucharé porque la paz bendita  
sus altos dones en el mundo vierta.

¡Señor, haz que terminen  
las bárbaras contiendas;  
que vuelva la quietud a los hogares;  
que los talleres a poblarse vuelvan;

que los labriegos tornen  
a cultivar la tierra;  
que los hombres se abracen como hermanos,  
y que se borren todas las fronteras!

Calló el soldado . . . Luego  
la llanura desierta  
atravesó, meditabundo y grave,  
y lentamente se perdió en la selva . . .

## LXXXIII

### LAS HUERTAS DE SAN JOSE DE GUAYMAS

Hasta los primeros años de este siglo, la ropa de las personas en condiciones de pagar el servicio, se lavaba en San José de Guaymas, donde abunda el agua, en tanto que aquí era escasa y cara.

Todos los domingos, las lavanderas venían arreando sus buros por el camino de tres leguas, para llevar a lomo de los pacientes animales, en grandes sacos de manta, de lona o de yute, las prendas destinadas al lavado, y los jueves las traían de igual guisa, limpias ya.

San José de Guaymas era entonces un remedo de paisaje valenciano, cuyos alrededores adornaban multitud de árboles frutales y plantas de diversas flores que aromaban el ambiente.

Antes de llegar al pueblo el transeúnte detenía el coche o el caballo para recrearse en la contemplación de la quinta de *Aranjuez*, de la acaudalada familia Bustamante, donde florecían rosas, claveles, azucenas, margaritas y violetas, y donde los naranjos daban rendimiento tan copioso, que sus frutas eran exportadas en gran número de furgones a la populosa ciudad de San Luis, Missouri, donde tenían señalada aceptación.

Como la plaga que años después las dañó no las había dañado todavía, el país vecino les había abierto la puerta sin reservas.

Las frondosas arboledas de *Aranjuez*, en aquel tiempo, fueron restigos del noviazgo de parejas próceres y de concertación de matrimonios elegantes. En la casa de la finca, los dueños desplegaban lujo.

Un caballero de prestancia, don Juan Alfredo Robinson, era el dueño de *Laurita*, otra huerta, un paraíso por lo amena. En el establo balaban los becerros y en el corral cacareaban las gallinas: parecía decorado de comedia pastoril.

En el pozo croaban las ranas, y Rafael Camoú, cuando iba con nosotros de paseo a la finca, descendía por la escalerilla que llegaba al fondo para coger las que estaban al alcance de su mano y llevarlas a su casa, la gran casa de la calle del muelle que ocupa toda una manzana— como rico obsequio para su padre don Juan Pedro, acaudalado comerciante y ganadero nacido en el sur de Francia, que adobaría y cocería las patitas de los batracios, para regalarse el paladar con ellas, al estilo de la gente de su pueblo.

El 25 de mayo de 1890 don Juan Alfredo se marchó del mundo, en medio de espantosas convulsiones. Semanas antes lo mordió un perro rabioso, y estalló en él la terrible enfermedad. El virus le roía las entrañas; la sed le reseca el paladar, pero el horror al agua le impedía refrescarlo. La fiebre dilataba sus pupilas, y después de largas horas de padecimientos indecibles, que mantuvieron sacudida de pesar a toda la ciudad, la muerte lo dejó dormido para siempre.

Don Antonio Ciapara, de origen italiano, era el propietario de la huerta de su nombre. Hortelano experto y laborioso, trabajó en ella día tras día y no conoció el descanso sino hasta que llegó el postrero de su vida.

Italiano era también don Agustín Parodi, y su huerta el centro de reunión dominical de la dorada juventud guaymense, que en ella se entregaba a alegres fiestas desde la mañana hasta el anochecer, y que en el paréntesis del mediodía, bajo verdes y tupidos emparrados, paladeaba con deleite los manjares exquisitos que se le servían, y el sabor del vino tinto o blanco que se le escanciaba.

La huerta de Parodi desapareció; pero las otras subsisten todavía como decoraciones desteñidas, desgarradas, del paisaje valenciano que encantaba a los jóvenes del Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXXXIV

### EL PESCADOR CANIVETT

El 3 de enero de 1892, a larguísima distancia de su patria y a la edad de cuarenta y ocho años, falleció en su pobre casa de nuestra ciudad el pescador francés Teodoro Canivett, originario de Bayona, en el departamento de los Bajos Pirineos.

Bayona está situada en la confluencia de los ríos Adour y Niva que forman hermoso puerto a cinco kilómetros del mar (el Adour accesible para buques de 2 500 toneladas), y que fue teatro de históricos acontecimientos que se remontan hasta la Edad Media.

Fue allí donde Canivett comenzó a ejercer su oficio, del que subsistió una vez que estuvo en Guaymas. Pedro Leriget, cuyo padre, con título de capitán de marina era también francés y cultivaba relaciones de amistad con su paisano, recuerda que éste fue quien introdujo la pesca con chinchorro, en Guaymas.

En las tardes del verano, antes de ponerse el sol, los muchachos de la escuela nos encaminábamos hacia el sitio donde el *vapor quemado*, a la orilla de la falda del cerro de Punta de Lastre, que da al norte, había sido habilitado de club de natación y regatas por los empleados norteamericanos de las oficinas del ferrocarril y sus amigos mexicanos; y en sus cercanías nos entregábamos a la natación.

El vapor quemado era el *Montana*. Muchos años antes se incendió dentro de la bahía a poco de haber levado el ancla para dirigirse a San Francisco. Por la proximidad de la tierra firme, los pasajeros se salvaron; el fuego destruyó camarotes, puentes, palos, cables, todo lo que podía ser pasto de su voracidad, y sólo

quedó el casco. Este fue el que remolcaron hasta el lugar ya señalado y sirvió de asiento al club, atendido y vigilado por don José Elguezábal, español de la capital de la provincia de Vizcaya; de Bilbao, o de *Bilbado*, como él solía decir.

En cuanto al largo cerro que llamamos punta, lleva el nombre de *Lastre*, porque éste se tomaba de las rocas que se utilizaban como tal, en las embarcaciones que zarpaban con ligeros cargamentos o sin ellos.

A la izquierda del camino que nosotros recorriamos y a unos doscientos pasos del sitio donde nos zambullíamos en el mar, el pescador Canivett habitaba una humilde casa de madera, cerca de la playa. Tendidas al aire las redes acababan de secarse, y en una gran olla de fierro, puesta al fuego, burbujeaba el caldo de la sopa de pescado, con nabos, papas y cebollas destinada a su cena, y como buen francés de aquellos tiempos, con largos sorbos de excelente vino tinto que compraba a razón de tres reales la botella.

Así se preparaba para lanzarse a las olas, llegada ya la noche, en el bote cuya vela reposaba al pie del mástil, y que luego el soplo del viento, a dos carrillos, hincharía.

Canivett tenía cinco hijos: tres mujeres y dos hombres. Los segundos le ayudaban en sus faenas, y las primeras, en el día, iban por las calles ofreciendo las lonjas de cabrilla que pescaba el padre, colgadas a una palanca que apoyaban en la nuca, y así, sin distinción de sexos, todos contribuían al sostenimiento de la casa en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXXXV

### LA FIEBRE AMARILLA

*En aquel tiempo se extendió la zozobra por toda la ciudad, y en pocos días se volvió pavor para sus cinco mil vecinos. Las puertas y ventanas de gran número de casas se cerraban en señal de duelo; la única carroza de la funeraria, tirada por caballos, y las carretas municipales al trote largo de las mulas, llevaban los cadáveres al cementerio. En el día y en la noche resonaban los golpes de martillo de los carpinteros que clavaban, a gran prisa, las tablas de los ataúdes, sin pintar. Doblaban las campanas de la iglesia, y los perros de la calle, al oír el fúnebre tañido, aullaban largamente, como si percibieran la macabra presencia de la Segadora.*

La fiebre amarilla había comenzado a abatir vidas. De Panamá lleváronla a Mazatlán los pasajeros de un vapor que navegaba en el Pacífico, y de Mazatlán a Guaymas trájola un viajero, Foncerrada, de este puerto.

En el archivo del Juzgado del Estado Civil, como se llamaba a la que ahora es oficialía de registro, aparece anotado, el 7 de septiembre de 1883, el nombre de una de las primeras víctimas de la epidemia: el norteamericano Charles H. Rinebard, de cuarenta y tres años de edad. Sin deudos conocidos, fue enterrado inmediatamente, en la fosa común, y a ella también fueron a dar, en el bienio en que la fiebre se adueñó de la ciudad, multitud de mexicanos y extranjeros en iguales circunstancias.

Nunca, como entonces, fue más cierto que el rasero de la muerte iguala a todos. En aquella fosa sobre cuya tierra no se ve ni una tumba, ni un recuerdo, se enterraban franceses, alemanes,

ingleses, italianos, junto con los criollos, los mestizos y los indios mexicanos.

Un año antes, el 82, el Ferrocarril de Sonora había acabado de tender su línea desde Nogales, e inaugurado su servicio de transporte entre este puerto y la frontera norte del Estado, y reinaba entusiasmo indescriptible porque con la nueva vía de comunicación se predecía, desde luego, un auge de progreso para Guaymas. La epidemia lo anuló.

De Arizona, de Texas, de California, de Chicago, de un número considerable de lugares del país vecino, llegaron sin tardanza los empleados y trabajadores del ferrocarril, y se instalaron en las oficinas generales, en los talleres, en las estaciones, en los trenes, como jefes, como empleados, como torneros, como conductores, como maquinistas y hasta como garroteros, con lo que se formó la mayor de todas las colonias extranjeras, en la que la siega fue copiosa. La fiebre se ensañaba con los forasteros y raras veces esgrimía su guadaña sobre los nativos, los aclimatados, los guaymenses. Los atacaba con moderación y aunque guardaban cama, poquisimos morían; no así los que no lo eran: de Alamos, de Ures, de Nogales, de Cócorit, de Torim, de multitud de lugares sonorenses; de la Paz, de San José del Cabo, de Colima, de Celaya, de Tepic, de Guanajuato, de Toluca, de gran parte del resto del país; del nuevo y del antiguo continente, la carroza y las carretas transportaban cadáveres al camposanto.

En aquel mes de septiembre desde el 7 al 30, registráronse ciento cuarenta y cinco defunciones, determinadas por la epidemia en su mayor proporción.

La fosa común, con las fauces siempre abiertas, se tragó los cuerpos de multitud de norteamericanos; del italiano Jacobo Jolichi; del francés Pedro M. Bret; del alemán Julio Martín; del inglés David Griffith... y no continuaremos la enumeración para no hacer largo y tedioso este relato.

Los empleados del ferrocarril corrieron mejor suerte, si es que cabe la expresión, pues sus cadáveres fueron sepultados en fosas de primero, segundo o tercer orden, mediante el módico pago de uno, dos y tres pesos. Algunos murieron sumamente jóvenes: Thomas Burrowes, de veintiún años de edad; el tele-

grafista C. H. Goad, de veintitrés, y el cajero R. Adams, de veinticuatro.

Fatigada de abatir cabezas y con pocas víctimas probables ya, en el mes de septiembre de 1885, dos años después de haberse presentado, la fiebre comenzó a declinar hasta desaparecer en breve. Entonces azotó una nueva plaga al Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXXXVI

### LA VIRUELA

Entre las víctimas de la fiebre amarilla se cuentan en gran número los indios de la tribu yaqui. Abundan de tal modo los Bacaceguas, los Yoquihuis y los Buitimeas que sus nombres aparecen escritos multitud de veces en las actas de defunción.

En la ciudad corría como cierta la versión de que combatían la enfermedad, eficazmente, con amarguísimas purgas de mezquite; pero era sólo una conseja. Aborígenes de Belén, de Ruan (*sic*), de Bácum, de Vícam, de Huiribis, de Torim y de Cocórit, de los ocho ribereños, se amontonaban en la fosa común, con la "gente de razón".

Las de tercera clase se engulleron a los franceses A. Gardier y Eduardo Reuille, que eran empleados del ferrocarril; las de primer orden, al sardo Antonio Pereti, dependiente de comercio; a la española, de Bilbao, Marta Menchaca de Echevarría de 35 años de edad, y al coronel Gabriel Corella, de 45, originario de Arizpe y jefe de una familia guaymense con larga descendencia de hijos, nietos y bisnietos. La lista sería interminable si la continuáramos.

Los nombres de oficiales y soldados de la guarnición, abundan igualmente en estas actas levantadas. La catástrofe no tenía precedentes. Acaso ni con la invasión del cólera a mediados de aquel siglo. Pero cuando la epidemia dejó en paz a la ciudad la invadió otra: la viruela.

Se presentó inmisericorde, repartiendo tajos a diestra y siniestra entre los niños. La mortandad infantil adquiría proporciones espantosas. Se había descuidado la administración de

la vacuna, hecha entonces por lo general, de brazo a brazo, y la plaga se ensañó con los que no habían sido inmunizados. Como la fiebre amarilla, atacó en gran proporción a los yaquis, y a los que no mandó a la tumba los cegó o dejó marcados con huellas indelebles.

El primer enfermo –indio en la infancia– sucumbió el 19 de mayo del 86; el mal se propagó rápidamente y ya antes de cumplirse el primer mes las víctimas llegaban a once.

Una de ellas fue un adulto, cuya muerte produjo extraordinaria sensación y llenó de luto a la ciudad. Era un francés, pero un francés con arraigo incommovible en Guaymas y querido y respetado por todos los guaymenses: don Alfredo Laurent; fotógrafo, casado con doña Manuelita Almada, de la estirpe Almada, de Alamos; y, en su ramo, un artista en toda la extensión de la palabra.

No hay álbum de familia acomodada de aquel tiempo, en nuestro puerto, en donde no se guarden cinco, seis o más fotografías que no ostenten al pie o en el reverso el apellido del fotógrafo: *Laurent*.

Originario de Nancy, a la edad de cuarenta y cinco años, después de soportar con resignación, por varios días, la tortura de las pústulas malignas, expiró el 9 de junio, confiado en que Dios, en su misericordia lo llevaría a unirse con su dulce hijita Amelia, que le había precedido en el viaje hacia la eternidad.

Amelia Laurent era una jovencita entrada apenas en la pubertad; de hermosura singular y apacible y fina condición, constituía el embeleso de sus padres. Cuantos la recuerdan exaltan su belleza física y moral. Traidora enfermedad clavó la garra en su garganta y se la llevó del mundo. Sintióse herido don Alfredo en lo más íntimo del corazón, y la viruela le asestó el golpe final en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXXXVII

### LA PESTE BUBONICA

En el año de 1903 amenazó a Guaymas una epidemia tan temida como la fiebre amarilla y que provocó desasosiego general: la peste bubónica.

Endémica en lugares del Lejano Oriente, de donde los barcos norteamericanos que lo visitaban, la llevaron a San Francisco, California, los hombres de negocios de aquel puerto, con la indudable complicidad de las autoridades, ocultaron su presencia en él, temerosos de que, al conocerse en otras partes, se producirían transtornos y quebrantos que dañarían la vida económica de la ciudad.

Los efectos de la egoísta ocultación no tardaron en sentirse en Mazatlán, a donde la peste llegó de San Francisco y en donde se siguió procedimiento igual de disimulo, por idéntico motivo.

Se hallaba al frente del Consejo Superior de Salubridad en México, un médico eminente y honradísimo, don Eduardo Liceaga, y enterado del alarmante número de defunciones que se estaban registrando, envió al doctor González Favela para que hiciera un estudio de la enfermedad, y una vez perfectamente conocida, procediera a poner en práctica medidas adecuadas para combatirla.

Entre tanto, multitud de familias huían despavoridas del lugar, muchas de ellas con destino a Guaymas. Entre las primeras, Alejandra, María, Clotilde y Luisa Douglas, de linaje prominente; simpáticas muchachas de agradable trato y de tez apiñonada y mejillas sonrosadas.

El enviado de Salubridad no tardó en hacer el diagnóstico, y sin perder el tiempo comenzó a dictar disposiciones encaminadas a combatir la plaga y a impedir su transmisión.

El fuego consumió ropas, muebles y hasta casas miserables donde habían quedado gérmenes del mal. Se emprendió una batida general contra las ratas cuyas pulgas son sus vehículos; se aplicó la vacuna preventiva y se estableció severa vigilancia para impedir la aparición de cualquier brote en algún otro lugar. Fue entonces cuando a toda prisa se levantó el lazareto que ya no existe en la isla del Almagre Grande que yergue su rocosa mole en nuestra bahía y donde se sometía a rigurosa cuarentena a los viajeros del puerto sinaloense. Allí la estuvo soportando, necesariamente, una linda y joven dama de La Paz: Leonor Hidalgo, que años antes había sido reina de uno de nuestros carnavales y quien de su solar nativo se había trasladado a Mazatlán, donde la sorprendió la peste.

El doctor González Favela desarrolló con tal empeño y eficacia los trabajos emprendidos para la extinción de la epidemia y su propagación, que en breve libró de ella al *puerto lucido*, como se le llama en la canción, e impidió que se extendiera hasta el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## LXXXVIII

### EL ABASTECIMIENTO DE AGUA POTABLE

Hasta el año de 1894 o 95, los guaymenses padecieron lo indescible para abastecerse de agua. Escasa y mala la obtenían de los aguadores ambulantes que en el día recorrían la ciudad; y por la escasez, que no por la carestía, para muchas personas constituía el baño un lujo. El mar les resolvía a veces el problema; en algunas casas, un pozo, y en cuatro o cinco, el aljibe en que se recogía el caudal de las lluvias que por los canales descendía de las azoteas.

La que traían a vender de las tres norias profundas abiertas en el barrio de Malakoff, no era propiamente potable. Turbia y de pronunciado sabor salobre, solamente la compraban, para beberla y cocer los alimentos, las familias pobres, y las acomodadas, para la tina o para la regadera.

Los vendedores la acarreaban en grandes botas de vaqueta sobre lomos de burros, y para sacarla de ellas, removían dos cuernos recortados que usaban a la manera de espitas. Por el contenido de las dos botas cobraban veinticinco centavos, y luego de entregarlo, volvían a las norias por nuevas cantidades. Fácil es imaginarse la pobreza de esos hombres.

Otros, con más comodidad, transportábana en pipas tiradas por una mula uncida a las dos lanzas paralelas. Los *piperos* vendían a centavo el balde.

Había dos o tres que la conducían de buena calidad, la llamada por nosotros dulce, procedente de un pozo del antiguo predio de Buenos Aires, y cobraban por dos baldes un real.

Generalmente la compraban las personas de buena o regular posición económica.

Así las cosas, en 1892 se otorgó la concesión para el suministro, al norteamericano N. J. Richards quien, según los términos del documento, no podría cobrar más de un cuarto de céntavo por galón; esto es, por cerca de cuatro litros. Además, se comprometía a proporcionar el servicio a las escuelas, a las oficinas municipales, a la plaza, a la cárcel, al hospital y al rastro, cobrando treinta centavos por cada mil galones; pero haciéndose constar que el pago mínimo sería de ciento veinte pesos.

En jurisdicción de San José de Guaymas se perforó el pozo de que todavía nos abastecemos; y se tendió la cañería.

Entre las poquísimas casas que tenían aljibe, se contaba la de don José Esprú, que escribía su apellido con acento en la i y no en la u, que es como debe pronunciarse. Su esposa doña Beatriz pertenecía a distinguida familia de Alamos y era hermana del licenciado don Carlos R. Ortiz, sonoreNSE ilustre que recibió esmerada educación, que en 1881 fue gobernador del Estado; que arrojado del poder por intrigas maquiavélicas, perdió la razón poco después; que permaneció durante largo tiempo en una casa de salud para enfermos de la mente, en México, y que salido de ella, muy anciano ya, hondamente entristecido, en el año de 1922 murió al lado de su sobrina Beatriz Esprú viuda de Perrón en la misma capital.

Doña Beatriz, que falleció el 28 de julio de 1888, a los cuarenta y tres años de edad, era hermana también de un médico eminente, el doctor Alfonso Ortiz, padre de otro médico notable y cantante aplaudidísimo, el doctor Alfonso Ortiz Tirado.

El progenitor de la familia Esprú, que ha tenido larga descendencia, fue un capitán de marina mercante, de origen español, nacido en Arenys de Mar, en la provincia de Barcelona. Se estableció en este puerto, como comerciante, y acumuló un caudal que llegó a ser de los más cuantiosos del Estado.

Sus hijos desaparecieron y sus nietos y bisnietos se dispersaron por distintos rumbos, salvo pocos que se han quedado a vivir en el solar de sus antepasados.

Don José tuvo cinco hijos varones: Pepe, Vicente, Alfonso, Francisco y Rafael, y tres hijas: Rosa, Beatriz y Lupe, encanta-

doramente simpáticas las tres. De los ocho que con su padre se trasladaron a México solamente viven Rafael y Vicente. Los demás murieron ya lejos del Guaymas donde sus cunas se mecieron, del Guaymas de *aquel tiempo*, de su viejo Guaymas.

## LXXXIX

### “¡PROBE RANCHERITA!”

Si hasta ya entrado este siglo la pintura en las mejillas y en los labios estaba, por lo general, reservada a las mozas del partido, como lo asentamos en uno de los primeros capítulos, y esto en las ciudades, en los pueblos, en las haciendas, en los ranchos la sencillez era mayor. Las muchachas que vivían en ellos, solamente en las grandes ocasiones se empolvaban la cara y vestían las mejores ropas, siempre de telas baratas: indiana, carranclán y raras veces gasa.

Esta breve exposición lleva el propósito de que por medio de ella se comprenda fácilmente la descripción que hicimos, con términos del folklore sonoreño, por allá en 1901, de una joven campesina que desvió sus pasos del camino recto para ir por el atajo de la mala vida, y en versos titulados:

#### ¡PROBE RANCHERITA!

¡Probe rancherita!  
Yo la vide llegar de la hacienda,  
con su chambra de género blanco,  
y sus naguas floridas y nuevas,  
tenía los ojos muy negros, muy negros;  
la cara trigueña,  
y me daba un gusto verla tan alegre,  
siempre tan contenta.

¡Probe rancherita! Se enfermó la madre  
y a las dos semanas le cayó la tierra;  
la familia vendió las vaquitas  
pa cubrir las deudas,  
y dende aquel día  
de tan grande, tan grande tristeza,  
al padre afligido le entró la tiricia;  
pasaba, callado, las horas enteras,  
¡y empezó a emborracharse seguido  
pa olvidar las penas!

¡Probe rancherita! ¿Pa qué la trujeron?  
¡Mejor que se hubiera quedado en la hacienda!

\*

Un polquito de esos  
que son tan veletas,  
vido a la muchacha cuando ya vestía  
el luto de huérfana;  
la vido tan linda  
que se prendó de ella,  
y empezó a enamorarla, y la probe  
creyó en sus palabras tan dulces, tan tiernas  
como nunca las había oído;  
creyó en sus promesas,  
y una noche se jué con el polco  
y perdió la virtud y la inocencia.

¡Probe rancherita! ¿Pa qué la trujeron?  
¡Mejor que se hubiera quedado en la hacienda!

\*

Pasaron tres meses,  
y el polco veleta  
yo no sé cómo pudo dejarla  
cuando era tan güena

y tan hacendosa;  
y la probe rodó, como ruedan  
tantas infelices que nomás sin pensarlo se entriegan.

¡Probe rancherita! ¿Pa qué la trujeron?  
¡Mejor que se hubiera quedado en la hacienda!

\*

Agora la vide  
con naguas de seda,  
cargada de anillos,  
que ya no es la mesma;  
agora se pinta  
la boca y las cejas;  
anda en tratos con todos los hombres;  
perdió la vergüenza, ¡y hasta se emborracha  
como una cualquiera!

Agora la vide  
con naguas de seda;  
me acordé cuando vino del campo,  
tan sencilla y honrada como era;  
me acordé de la madre dijunta  
¡y me puse a llorar de tristeza!

¡Probe rancherita! ¿Pa qué la trujeron?  
¡Mejor que se hubiera quedado en la hacienda!

## XC

### “EL CHANIA” “EL CAMOTITO” LAS “CHINFONIAS”

Era el mediodía del sábado. Estábamos sentados a la mesa y teníamos enfrente una botella de vino que vaciado en nuestros vasos y apurado a sorbos lentos daría mayor gusto a la comida. Cerca, humeaba en la fuente el puchero con abundancia de verduras, que no escaseaban nunca, pues en grandes cantidades se recibían diariamente de las huertas de San José de Guaymas, de la de Bacochibampo, de Los Algodones y de Rocafuerte.

Los chicos de la casa no ocultábamos el gozo. Como día último de la semana, por la tarde no habría clases en la escuela, y teníamos por delante, en perspectiva, varias horas de haragandería para jugar al trompo, a las *catotas*, al *pícale*, al *tángano* y a la *bebeleche*. Hablábamos con animación cuando de pronto, arrastrándose trabajosamente por el piso de madera, *El Chanía* se deslizó desde el zaguán hasta el corredor, donde comíamos.

Era la hora en que solía ir por su limosna sabatina. De raza yaqui, baldado enteramente de las piernas desde su nacimiento, caminaba apoyándose en las manos, con las asentaderas a ras del suelo.

Le llamábamos con aquel nombre, porque en cuanto recibía la dádiva, la agradecía con voz en que las sílabas parecían alargarse, diciendo: “¡Dios in chanía!” que nosotros traducíamos libremente de la lengua “cahita” al español, como “¡Dios se lo pague!”

Arrastrándose otra vez salía a la calle, seguido por la india que le acompañaba.

Minutos después llegaba *El Camotito*, de raza indígena también, vestido con traje desechado de gente acomodada; a veces hasta con bombín, llamado por nosotros "bongo".

Le dábamos aquel sobrenombre por las piernas tan torcidas que para caminar y mantenerse en pie necesitaba del apoyo de un bordón, generalmente un vil palo de escoba. Recibía la limosna, y se marchaba silenciosamente, como había llegado.

Poco después de terminada la comida salíamos en busca de los muchachos de la vecindad, para jugar con ellos; pero detenía nuestros pasos la musicuilla de una "chinfonía", que, dando vueltas al manubrio, sacaba de los rollos de papel agujereado el hombre que la manejaba y que se había parado en una esquina para tocar a razón de un medio cada pieza.

Todo Guaymas, por razones que desconocemos, llamaba "chinfonías", a los organillos callejeros que hace largo tiempo no hemos vuelto a oír y ver. Hasta a don Juan Maimuni, el italiano que por primera vez se presentó en nuestra ciudad con uno de aquellos aparatos, le decíamos *El Chinfonía*. Abandonó el oficio de organillero ambulante y con los ahorros que pacientemente había acumulado, abrió un pobre tendejón en una casa de "Los Doce Apóstoles", la que da a la esquina de mayor tránsito entre las de la docena, por el rumbo donde vive Luis Servón.

Don Juan tenía dos hijos, de madre mexicana: Eduardo y Juanito. Conocido por *El tuerto Maimuni* el primero, a causa de una nube en un ojo, desapareció de Guaymas y probablemente ha vuelto al polvo ya. El segundo trabajó en la agencia del ferrocarril; pero un buen día partió para California, toreando a ciegas a la suerte, sin miedo a una de esas embestidas con que suele recibir a los aventureros. En 1912, salido apenas el sol, lo encontramos en un muelle de San Francisco en espera de una "chamba". Años después, se nos refirió que había sido visto en Palm Beach o en algún lugar cercano, con gorro y delantal de cocinero, y vendiendo enchiladas auténticamente mexicanas, que freía en una pequeña estufa en presencia de los "gringos" compradores.

Otros dos guaymenses –sus contemporáneos– *El Zurdo Bazoábal* y *El Chapo Iñigo* –sintiendo como él la sed de la aven-

rura- se ausentaron con igual destino, y anduvieron o andan todavía por aquellas tierras tan distantes y distintas del Guaymas de su tiempo, de su viejo Guaymas.

## XCI

### ¡PASAJEROS AL TREN!

“¡Ol abor!” (All aboard, como se escribe en inglés, y como si dijera: “¡Pasajeros, al tren!”) gritaba con voz gruesa, en el andén de la estación, el conductor yanqui de vestido azul y gorra de visera, que anunciaba la inmediata salida del convoy rumbo a Nogales, en un trayecto de 427 kilómetros.

Esto ocurría muchos años antes de 1906 en que se empezó a extender la línea férrea hacia el sur.

Los conductores eran, entonces, norteamericanos, a quienes de un tirón substituyeron un buen día, con ventaja, los mexicanos de nacionalidad y nacimiento.

En 1904, el intérprete y traductor de Sud Pacífico de México, don Gabriel J. González, publicó una lista de los empleados y trabajadores que prestaban sus servicios a la empresa desde largo tiempo atrás (desde que llevaba el nombre de Ferrocarril de Sonora y aun desde que se comenzó la construcción) y aunque tenemos la impresión de que está incompleta, vamos a darla a conocer con los datos que él dejó anotados y que, como quiera que sea, constituyen una grata evocación para los actuales ferrocarrileros.

Don Gabriel comienza mencionándose a sí mismo y sigue con el jefe de la estación de Magdalena, George G. Graham; con el de la de Santa Ana, E. G. Richardson; con el cajero George H. Lesser; con el director del hospital Dr. Isaac Rivera; con el guardián nocturno don Silvestre quiñones; con el apoderado general, don Guillermo H. Robinson; con el jefe de la estación de Guaymas, don Torcuato Marcor; con el capataz de

cochera de locomotoras en los talleres de Punta de Arena, don Arcadio Bojórquez y con el maquinista Tobin, de origen irlandés.

Pasa en seguida a enumerar las fechas de su ingreso, con los cargos con que lo hicieron: Mr. Graham, a los veinte años de edad, como jefe de estación Pesqueira, en marzo de 1883; Mister Richardson, de veintitrés años, en 1885, como telegrafista; George Lesser, a los veinte, en el mismo año, como escribiente de contaduría; el doctor Rivera, de veintidós, como ayudante del director del hospital, en 1885; don Silvestre Quiñones, en 1880, como carretero; don Guillermo Robinson, en 1882, con el mismo empleo que desempeñaba en 1904; don Torcuato Marcor, en 1883, a la temprana edad de trece años, como aprendiz de telegrafista; don Arcadio Bojórquez, en 1880, como simple jornalero, y el irlandés mister Tobin, en 1882 como mayordomo de cuadrillas.

De todos ellos, el único superviviente es don Torcuato.

Don Gabriel González, español, era esposo de una honorable dama norteamericana, doña Claudia, que profesaba la religión católica; estableció un estudio fotográfico, y con los trabajos de su ramo adquirió tan grande fama que se extendió hasta Madrid, donde el ordenador de pagos del Ministerio de la Gobernación, don Antonio Cánovas del Castillo y Vallejo, sobrino de un político eminente de la Madre Patria, muerto por un anarquista, y notable fotógrafo también, dio a conocer sus obras, con grandísimos elogios. Por razones que no viene al caso investigar, ella se marchó a su patria, y don Gabriel, cerca ya de la vejez, se dio con exceso a la bebida, perdió el empleo; incurrió a menudo en faltas graves, se embarcó en un vapor que salía para el sur y fue a morir en Panamá, lejos del Guaymas de sus buenos tiempos, el viejo Guaymas.

## XCII

### LOS CIRCOS NORTEAMERICANOS

Nunca como en noviembre de 1904 y en abril de 1905 la llegada de un circo a nuestro puerto había provocado alborozo semejante; y fueron dos los que llegaron, sucesivamente: el Noris and Rows y el Floto; norteamericanos ambos, que en sus trenes propios cruzaron la frontera, por Nogales, en medio de encendida y general expectación.

Traían en un vagón su propia imprenta, de la que salían cartelones y programas, y entre el personal acrobático y la ruidosa banda de metales y tambores, jóvenes y viejos que vendían chicle, cacahuates, *pop corn* (llamado por nosotros "ponteduro"), y *hot dogs* conocidos y saboreados en Guaymas por primera vez.

En una hora o poco más tenían ya instalada su gran carpa en la explanada cercana a la estación del ferrocarril; puesta la mesa para servir en ella la comida a empresarios, acróbatas, músicos y mozos, y en seguida todo listo para el paseo por las calles, anunciando la función.

Los camellos y los dromedarios caminaban, balanceándose, como buques del desierto; los seguían los enormes elefantes de colmillos largos; las llamas del Perú, de ligeras patas y de grandes ojos, y en sus jaulas, los leones, las panteras y los tigres cuya ferocidad ablandaría el látigo resonante de los domadores. A la retaguardia, pequeños carros romanos tirados por graciosos *ponnies*; la banda, hombres y mujeres con trajes de armenios, de árabes, de japoneses, y payasos de rostro pintarrajeado que ejecutaban toda clase de piruetas en sus velocípedos.

Los vecinos se embelesaban contemplando el fantástico desfile; abríanse las puertas y ventanas de las casa a las que asomaban multitud de caras admiradas y sonrientes, y las aceras se llenaban de curiosos.

¡El circo! . . . ¡el circo! . . . ¡el circo! . . . gritaban los muchachos, y las dos palabras, incensantemente repetidas, traducían su emoción: les parecía aquellos el episodio de uno de esos cuentos asombrosos de las Mil y Una Noches de que estaba saturada su imaginación.

En la tarde y en la noche, el público invadió en tropel la carpa cuyas localidades ocupó en su totalidad, y exactamente a la hora anunciada, por la puntualidad de los norteamericanos, heredada de sus antepasados los ingleses, las funciones comenzaron en tres pistas a la vez con ejercicios en la barra, el trapecio y el alambre; con la exhibición de animales amaestrados y domados, todo en ininterrumpida sucesión que mareaba a los espectadores, aturdidos por las voces de los vendedores de chicle; de *pop corn* y de *hot dogs* y por el ruido ensordecedor de tambores y metales.

Antes de la medianoche, se había comenzado a levantar la carpa; los elefantes, con sus trompas, sacaban las estacas donde habían sido atadas las cuerdas, y un enjambre de mozos enrollaban lonas, recogían los asientos, trapecios, barras, el equipo todo, llevado al tren a gran prisa; y a la siguiente mañana la explanada estaba nuevamente escueta, mientras el circo iba de regreso al norte, dejando atrás al Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## XCIII

### DESFILE DE SOMBRAS

Esta es una proyección de sombras; aparición fantástica de personajes de novela de la vida real, de fines del pasado siglo y de principios del actual.

Vistiendo pulcramente traje azul a rayas, con un rojo clavel en la solapa del saco y desembarazado andar de gente acostumbrada a moverse entre las grandes multitudes, se encamina al mercado con un canasto de fibras de carrizo, colgado al antebrazo, el precursor de los guaymenses que va a hacer las compras de la casa, con la bolsa del mandado. Es el gerente general del Sud Pacífico de México, mister Naugle. El primer hombre de alta o mediana posición que en Guaymas va en busca de carnes, frutas y verduras para el abastecimiento del hogar.

En los primeros días, la gente lo mira con curiosidad y hasta se ríe de él. Luego se acostumbra a verle de tal guisa, y mister Naugle continúa su tarea matutina, diariamente, hasta que regresa a su país.

De San Francisco, California, aparece un día en la ciudad un periodista que en la capital de la República es conocidísimo entre el gremio. Alto, blanco, de ojos claros, trae en su equipaje una cajita de bronce o de latón que guarda las cenizas de su esposa, fallecida en el puerto extranjero de su procedencia, y de la que estaba locamente enamorado. Es don Federico Mendoza y Vizcaíno. Pasa a Cananea y dirige una publicación semanal; años después llega a Chihuahua donde por corto tiempo es director de un diario; marcha a México y ya en los lindes de la ancianidad vuelve a enamorarse; esta vez de una jamona guapa.

Se desprende entonces de la cajita y la sepulta, con el polvo de la carne y huesos que contiene, en algún cementerio metropolitano.

En 1920 desempeña un cargo en la Oficina Impresora de Hacienda, de la misma capital, y dos años después, muere.

En la casa de su hermano, don José ocupa un cuarto con vista a la calle, en el cual, entre otros muebles, hay un piano. Dotado de excelente oído musical y depurado gusto artístico; solterón empedernido que se mofa con donaire de los hombres que se casan; moviendo lentamente la cabeza, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, arranca de las teclas de marfil alegres sonos. Es don Felipe Esprú.

Allá de tarde en tarde, después del mediodía, sale de su pieza; se coge al brazo de su amigo íntimo don Pancho Campillo y dando ambos traspiés, porque se les ha subido el tequila a la cabeza, se encaminan a una fonda a dejar satisfecho el apetito que la bebida mexicana les abrió de par en par.

Llega de México. Trae el nombramiento de vista de la Aduana y se instala en una pieza del antiguo y arruinado case-rón que ocupa la oficina pública donde viene a trabajar. Leal admirador y amigo del general Porfirio Díaz, se complace en proclamarlo. Ha vivido en París y es miembro de la Legión de Honor con que allá se le distingue. Viste impecablemente de etiqueta, cuando se presenta la ocasión; usa cortísima barbilla blanca; sus ojos son azules y de hombre de mundo sus modales. En todas partes se le recibe amablemente y da gusto conversar con él, por su fina educación. Es don Francisco J. Ituarte.

Se ausenta; en el último periodo de gobierno del general Díaz es diputado al Congreso de la Unión; sigue allí durante el régimen del señor Madero y después de que lo han asesinado; el general Huerta disuelve las Cámaras; él, ya sin investidura parlamentaria, va a roer su indignación en su pequeña casa de Santa María de la Ribera. Años después parte para Veracruz; ejerce allí la homeopatía, y allí desaparece.

## XCIV

### EL COMBATE DE MAZOCOPA Y EL RESCATE DEL PADRE BELTRAN

En enero de 1900, Guaymas se regocijó con la noticia: derrotada el 18 de ese mes en Mazocoba, por la tropa que mandaba el general Lorenzo Torres, una fuerza numerosa de yaquis sublevados, habían sido rescatados el sacerdote don Fernando Beltrán y cuatro hermanas josefinas, secuestrados por los indios en el pueblo de Vícam, cuando se alzaron nuevamente en armas después de un breve periodo de paz.

El padre y las hermanas, quienes los guaymenses vimos pasar por este puerto cuando se encaminaban al lugar donde se les secuestró, andaban por allá en misión evangélica, atendidos al sosiego de la tribu, a la sazón. Los trajeron por bosques y breñales, los llevaron a las cumbres de la sierra, y, según parece, los secuestradores con nociones ya del catecismo, asistían a los actos religiosos a que los llamaba el clérigo Beltrán.

Entre nuestros aborígenes es el yaqui, sin disputa, el más fuerte, el más altivo, el más valiente, el más sufrido; el más entero para resistir las fatigas del trabajo y de las marchas, como los zarpazos del hambre en el estómago.

Luchaba contra el *yori*, con la convicción de que lo había despojado de sus tierras, y lo mataba con ferocidad cuando caía en sus manos. El gobierno, por su parte, era a veces tan feroz como los indios en la represión, y así, entre ambos se entablaba una horrible competencia de barbarie; pero en la lucha a muerte entre unos y otros, la valentía y el arrojo de los miembros de la tribu se estrellaban ante la organización, las armas, el

número y la disciplina de los soldados federales, destacados entonces en su persecución. Y así fue como en Mazocoba, cuando se precipitaron con violencia sobre el lado que ocupaba el 29 batallón, los *pelones* hicieron en ellos tal carnicería que llegaron a cuatrocientos los indígenas tendidos en el campo de batalla, mientras otros, en gran número, esquivando la captura, se arrojaron por los despeñaderos hasta el fondo de los barrancos, donde las aristas de las rocas destrozaron sus bronceos cuerpos.

Entre los muertos fue identificado el cabecilla Pablo Ruiz, *El Opodepe*, a quien los rebeldes reconocían como jefe supremo y a quien se consideraba como el alma de la rebelión.

Además, como mil mujeres y niñas cayeron prisioneras.

No inventamos. Los datos están tomados de una copia exacta del parte oficial; pero lo que en el parte no se dice, porque el hecho no era de carácter militar y ocurrió días después, fue que el gobierno repartió algunas de las niñas, como bestiecitas montaraces, entre conocidas familias del Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## MEDICOS Y MEDICINAS

Cerca de veinte años antes de que finalizara el siglo XIX, el siglo de la electricidad y del vapor, como se le llamaba; o el siglo estúpido, como lo llamó el agresivo periodista galo León Daudet, los principales médicos de Guaymas eran dos: los doctores Prisciliano Figueroa y Agustín A. Roa, de la Escuela Militar.

En 1885, llamado como auxiliar del director del hospital del Ferrocarril de Sonora, llegó el doctor Isaac Rivera de la Facultad de Guadalajara.

Al doctor Figueroa no se le pueden negar méritos como impulsor de la enseñanza, ni como iniciador de obras materiales que mejoraron la fisonomía pueblerina de nuestra ciudad; pero, en cambio, no se debe callar que, como hombre sin escrúpulos morales, cometió actos indignos de un profesional de su categoría y, con mayor razón, de quien aspire a preciarse de caballero. Además, de genio adusto y orgulloso, como presidente del Ayuntamiento fue malquisto y hasta odiado por tenersele como ejecutor de arbitrariedades que se comentaban con palabras ardidadas de coraje.

El doctor Roa era el reverso: sencillo, paciente, honrado y buen padre de familia, se distinguía por su espíritu caritativo que le llevaba a curar sin cobro alguno a los enfermos pobres, y hasta a regalar las medicinas a los indigentes. Se le atribuía este aforismo: "De limpios y de tragones están llenos los panteones".

El doctor Rivera tenía dos hermanas, Ester y María, profe-

soras competentes, que vivían a su lado en un departamento de los bajos del hospital, del que poco después fue nombrado director y que estaba instalado en el edificio que hoy ocupa el hotel Republicano.

Pronto se hizo de clientela. Recién llegado de la Perla de Occidente, si algún domingo, entre seis y seis y media de la mañana, se le necesitaba con urgencia, ya se sabía dónde dar con él: en el templo, al que acudía indefectiblemente a oír misa en los días de precepto, envuelto en amplia capa en el invierno.

Los medicamentos que entonces recetaban los discípulos de Hipócrates eran: lamedor, para la tos; obleas de quinina empujadas con tragos de café, en el desayuno, para combatir las "fiebres"; pomada de belladona y cataplasmas de linaza, para las inflamaciones; tintura de nuez vómica, para abrir el apetito; zarzaparrilla, yoduro de potasio y píldoras de protoyoduro de mercurio, para los males de la sangre; obleas de anticamia, para los dolores de cabeza; nitrato de plata (llamado también piedra infernal) para ciertas cauterizaciones; toques de sulfato de cobre y gárgaras de vinagre, para la garganta; glicerofosfato de cal y quina Larroche, como tónicos; purgas de calomel y lavados de agua tibia con raspaduras de jabón de Cocula, puestos con jeringas de goma de más de un pie de largo, para desalojar del intestino las impurezas que lo dañaban, y salol y benzonaftol para limpia general.

La tuberculosis hacía entonces innumerables víctimas. Como enfermedad determinante de las defunciones, su nombre aparece, con frecuencia, en las actas levantadas en el Juzgado del Estado Civil; siguen las "fiebres" (amarilla o cerebral); la pulmonía, la diarrea, las "inflamaciones" y el "mozozuelo", dolencia que mataba niños. Hay un acta en que se asienta que el individuo mencionado en ella murió "de un pesar".

La clasificación, por lo menos en las actas, era tan simplista como los remedios recetados en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## XCIV

### FARMACIAS Y FARMACEUTICOS

*En aquel tiempo*, había en Guaymas solamente dos boticas: "La Mexicana", de don Luis G. Dávila, y "La Americana", de don Alejandro Wallace.

Don Luis era farmacéutico experimentado, con título profesional, cumplido caballero y organizador de funciones teatrales, con propósitos benéficos, y don Alejandro, boticario empírico, con rarezas personales de todos conocidas; habilísimo para la preparación de las recetas y aun con características de médico, porque las llevaba en la sangre, como que era hijo de un doctor inglés que se casó con una dama sonoreense (doña Joaquinita Elías) y que abrió su consultorio en este puerto hace muchos años.

El, hijo del doctor y de doña Joaquinita, ya en edad madura obtuvo en Norteamérica título profesional para ejercer la medicina y regresó a su tierra, para seguir atendiendo su farmacia.

En "La Mexicana", antes del noventa, comenzó a auxiliar a don Luis Dávila en sus funciones el joven Rafael Henríquez, primo hermano del doctor Rivera, venido de Guadalajara con amplios conocimientos en el ramo, mientras que en "La Americana" se encargaron sucesivamente del despacho, los jóvenes Pancho Canales y Julio Mitchell; guaymense el primero, y sinaloense el segundo. Aquél marchó a estudiar a México, donde se recibió de médico y llegó a ser secretario de la Dirección de su Facultad; en tanto que Julio, marchándose también, obtuvo el título de abogado y, con ese carácter, en la capital de la República ha desempeñado cargos oficiales de importancia.

Don Luis Dávila decidió ausentarse para radicar en Puebla, y traspasó su botica al doctor Rivera, asociado con su primo Rafael y con el doctor Carlos Gutiérrez, que acababa de llegar; pero a poco de ausentarse, don Luis sintió de nuevo la atracción de Guaymas y volvió con su familia para abrir una nueva droguería, "La Central".

Allá en su primera época, tuvo a su servicio como ayudante o mancebo a un jovencito inteligente, en cuyo labio superior apenas apuntaba el bozo; diestro en el manejo del mango del mortero para la elaboración de la pomada de belladona y en el desmenuzamiento de granos o cristales para preparar menjurjes. Se llamaba Salvador Alvarado. Comerciante después en el río Yaqui y en Cananea; general de División en el Ejército Constitucionalista, gobernador de Yucatán, ministro de Hacienda con Adolfo de la Huerta, en 1924 fue fusilado por un jefe desleal y sus propios subalternos en un lugar del sureste, a larguísima distancia del Guaymas de su tiempo, el viejo Guaymas.

## XCVII

### GUAYMAS SE TRANSFORMA

A principios de este siglo, Guaymas tenía ya ocho mil setecientos habitantes. Índice de su prosperidad, era sin duda, la apertura de las tres instituciones de crédito de que en uno de los primeros capítulos hablamos, y sus calles principales comenzaban a perder su arruinada vetustez, trasladada —con el transcurso de los años— a los barrios donde ahora se derrumban gran número de fincas entonces habitables.

Bressani y Serrano, ingeniero el segundo y ambos anunciados como contratistas, comenzaban a construir el edificio de la sucursal del Banco Nacional, después de la demolición de una casa que en el mismo solar se levantaba y cuya antigüedad era patente. En ella había vivido don José Maldonado con su esposa, doña Angelita, cuyos instrumentos de trabajo eran, a ratos, la paleta y el pincel con el que ejecutaban obras pictóricas de mérito, y con su hijo Aurelio que estudió leyes en la capital de la República donde ejerció la abogacía y donde duerme el sueño eterno.

En rumbo opuesto, a inmediaciones de la plaza y del que fue edificio de la Aduana, los mismos contratistas dirigían los trabajos de erección de otro edificio, el de la sucursal del Banco Occidental de México, en el terreno donde durante largo tiempo la hospedería y restaurante de la *Chata* Espinosa alojó y dio de comer a gran número de huéspedes y de abonados.

Recién llegado de Mazatlán y de no más de veintidós años de edad, allí vivió Juan de Heras, llamado por don Aniceto Ramírez para dirigir su diario *El Correo de Sonora*, y allí, pero en la

fonda, se servían sus alimentos a don Ceferino Freyre, español ya entrado en años que ejercía funciones de inspector naval, al servicio del gobierno mexicano cuya nacionalidad había adquirido.

Era un hombre excelente, vestido a veces con traje de civil y en ocasiones con el uniforme correspondiente a su alta jerarquía en la Marina; que también tenía sus rarezas; sobre la mesa de su despacho, una lista que decía: "cosas que me gustan, y cosas que me desagradan", y en la que iba anotando, a medida que en ellas reparaba, alguna de las unas o de las otras.

Entre las cosas que le satisfacían se contaban los calcetines de lana, y entre las que le eran odiosas, las máquinas de escribir, por donde se verá su apego a lo anticuado, a lo tradicional.

Un día, dado de baja o con jubilación, se marchó de México y fue a acabar sus días cerca de La Habana, de donde, entristecido, escribía a sus amigos, con recuerdos cariñosos para el Guaymas de su tiempo, el viejo Guaymas.

## XCVIII

### EL FUSILAMIENTO DE JOHN TAYLOR

El 9 de diciembre de 1889, a las 5 de la mañana, cuando aún no salía el sol, en el cementerio viejo fue pasado por las armas el canadiense John J. Taylor, de treinta y dos años de edad y carrocero que ejercía su oficio en Nogales, Arizona, donde fraguó el plan criminal que le costó la vida.

El año anterior, él y un mexicano de apellido Durón asaltaron en la estación de Agua Zarca el tren de pasajeros, que minutos antes había salido de Nogales, para robar una fuerte cantidad de dinero que, según ellos, creían, conducía el carro del Express. Dieron muerte al conductor Atkiston y al maquinista Forbes, norteamericanos ambos, e hirieron gravemente al mensajero Hay a cuya custodia irían los supuestos fondos; pero él se defendió valientemente de la acometida, con disparos de escopeta, y así fue como frustró su tentativa de colarse en el vagón. Por lo demás, el tren no transportaba los caudales que habían despertado su codicia, pues por causas imprevistas se había aplazado la remesa.

Aprehendidos ambos, se les trajo a Guaymas, donde el juez de Distrito les instruyó el proceso.

Se les encerró en la antigua e insegura cárcel ubicada en el solar donde ahora se levanta el Palacio Municipal, descrita ya en capítulo anterior, y se les condenó a la última pena; pero un día, al anochecer, Durón, Taylor y otro reo sentenciado por delito diferente a ocho años de prisión, hicieron una horadación en el techo de la celda donde estaban juntos y consiguieron escapar.

Un vecino, externando la sospecha de la fuga realizada, puso en movimiento a los guardianes del penal y a los miembros de la policía, con lo que el cabo de ésta, Miguel Navarro, minutos después de la evasión detuvo a Taylor, en tanto que Durón y el otro reo se volvieron ojo de hormiga, como dicen los actuales reporteros.

Había transcurrido corto tiempo, cuando en la fría madrugada de diciembre Taylor era llevado al camposanto, donde debería cumplirse la condena.

Los representantes de la autoridad y sus amigos se habían ya reunido allí en espera de la ejecución, y los empleados norteamericanos del ferrocarril iban llegando en carretelas para presenciarse también, como justo castigo a quien había asesinado, en Agua Zarca, a sus dos compañeros y paisanos.

En los Estados Unidos existía la costumbre de ahorcar a los ajusticiados con los zapatos puestos, como signo de ignominia. Taylor se quitó los suyos. —“No daré a ustedes esa satisfacción”—les gritó a los ferrocarrileros yanquis, y añadió una andanada de frases injuriosas dirigidas a ellos y a todos los de su nación. Luego, dulcificando la voz, dijo que en aquella hora suprema quería manifestar su gratitud a las damas que habían intervenido en su favor para que se le conmutara la sentencia, y se llevó la mano al corazón.

Se irguió de espaldas al muro; resonó lúgubrementemente la descarga de las carabinas, y se desplomó sin vida. Sus huesos se confunden con los de los desconocidos, de los pobres, de los desgraciados, en la fosa común donde sepultaron el cadáver en el Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## XCIX

### VELADA MUSICAL EN LA CASA DE DON VÍCTOR SALAZAR

La noche del 19 de mayo de 1890, en la casa del distinguido pianista y eminente profesor de música y compositor don Víctor Salazar, a quien en otros capítulos nos hemos referido, se efectuó una de aquellas veladas tan frecuentes en el Guaymas de aquel tiempo en las que era el arte la nota dominante.

Los trazos de una crónica sucinta descubierta en las páginas de un periódico de aquel año remoto, y las escenas presenciadas por nosotros en ocasiones semejantes, nos permiten reconstruir aquélla.

En la sala cuidadosamente amueblada y arreglada por expertas manos femeninas, mostraba el piano la blanca dentadura.

Sentóse en el banco el ilustre profesor, dio la señal y a los acordes arrancados con maestría al prócer instrumento, se unió la armoniosa voz de los violines, bajo los arcos de doña Beatriz, su esposa; de su cuñada Anita Sandoval y de Enrique Astiazáran en la ejecución irreprochable de la obertura *Pique Dame* de Suppé, entonces tan en boga que en toda función teatral de aficionados era invariablemente el preludeo.

Bajo el cielo primaveral de cuya bóveda limpísima descendían resplandores de diamantes, los transeúntes que pasaban por la angosta calle, detenían el paso, y se acercaban a las rejas de hierro de las ventanas abiertas para deleitarse escuchando la sonora melodía.

Don Víctor escribió gran número de piezas musicales de diversos géneros, y misterios para los rosarios que infinidad de

veces cantó el coro de la iglesia parroquial. Una de aquéllas: *Brisas de Mayo*. se contaba entre sus predilectas, y con ella y los mismos ejecutantes, se continuó el concierto hogareño, escuchado ahora por nuevos transeúntes que se unían a los anteriores.

Amparito Bustamante se sentó, a su turno, al piano, y con sus manos adornadas con sortijas de oro y brillantes, hizo saltar de la obscura caja de madera las dulces armonías de las *Danzas de Pomar*. Para el oído de la generación actual, la del mambo y otros ruidos indecentes, aquel nombre suena a cosa exótica y arcaica como el de las crinolinas de sus bisabuelas.

Jesuita Sandoval cantó con voz dulce y afinada una romanza, y su hermana Anita selló la artística velada con una fantasía en el violín.

En la crónica –más bien una simple nota informativa, una gacetilla, un suelto– se percibe la pluma de Alejandro Wallace que amaba a Anita y se casó con ella, como ya se dijo anteriormente. A Enrique Astiazarán, de familia distinguida, primero empleado de comercio y después comerciante establecido, la naturaleza le dio cuerpo pequeño. Se ponía a veces en puntillas para alcanzar a distinguir las notas encerradas en el pentagrama; pero en lo íntimo del ser se agigantaba cuando al roce del arco en las cuerdas respondía, sometiéndose a su arbitrio, su instrumento favorito, y con él deleitó al grupo selecto reunido en la casa de don Víctor Salazar, una noche del Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## C

### LA TUMBA DEL CAPITAN BACHMANN Y EL FIN DE *EL VIEJO GUAYMAS*

A pocos pasos de la puerta que da entrada al cementerio viejo, hay una tumba de severa construcción, siempre solitaria, sin una ofrenda, ni una rama ni una flor; en magnífico estado de conservación a pesar del tiempo transcurrido —cerca ya de medio siglo— y en la cual se lee una inscripción sencilla: "*Cap. Bachmann - Elsflerb - Ruhe Sanft*". Bachmann, el difunto cuyos restos el sepulcro guarda, fue el capitán de la barca *Baldur*; la palabra que a su nombre sigue, es la de la ciudad alemana de su nacimiento, cerca de Bremen, y en las dos últimas se contiene la oración cristiana por los muertos: "Descanse en paz".

Tras larguísima navegación desde Hamburgo, con las velas desplegadas y después de sortear el furor de las tormentas en el Cabo de Hornos, la nave, con la bandera del *Reich* en la popa, había entrado en el Pacífico, donde ya recorrido largo trayecto, como el viento se durmiera, la sorprendió tan grande calma que entorpeció su marcha de tal modo que tardó más de seis meses en llegar a nuestro puerto con la enorme cantidad de mercancías europeas que traía en sus bodegas.

La cuadrilla de trabajadores de Lelevier había comenzado la descarga, ayudada por los marineros de la barca. A la caída de la tarde, alguno de éstos, ya en reposo, se sentaba en el puente sobre un rollo de cordelería, y al compás de las notas que arrancaba a su acordeón, entonaba un *lied* romántico de su país.

El 23 de enero de 1903, el capitán Bachmann estaba contentísimo; no cabía en sí de gozo: había recibido la noticia de que

en el sorteo de una lotería de su patria, la fortuna lo había favorecido con un premio de varios miles de marcos, y con él llegaban los días apacibles, de tranquilidad completa en el hogar de su nativa Elsfleth. Libre de preocupaciones económicas, por las tardes se sentaría en el porche de la casa familiar para recrear su corazón con el recuerdo de los dilatados viajes por el mar; de las tierras de diversas latitudes visitadas en sus excursiones, y arrojando por la boca, en espirales, el humo de su pipa marinera.

La alegría lo trajo a la ciudad, a compartirla con sus amigos que eran muchos. Como buen germano, gustaba de los tragos de cerveza, que abundaron. Ya bien entrada la tarde se reunió con Fernando Iñigo, que había estudiado en colegios de Alemania, y con quien se complacía en conversar en su propio idioma; y lo acompañaba su piloto. Entre los tres siguieron menudeando los tragos, y ya a las once, al capitán se le había subido la bebida a la cabeza.

Riendo siempre, porque la risa era el sello de su genio bondadoso y su salud, cerca de la media noche decidió emprender el regreso a su gran barca. Invitó a su amigo mexicano a que lo acompañara, pero la invitación no surtió efecto, pues Fernando, con alguna excusa, la rehusó. Sin embargo marchó con él y con el piloto hasta el muelle donde un bote con dos bogas los esperaba.

La noche era magnífica, una de esas noches del invierno en que la serenidad del cielo se refleja en la quietud del mar, y al golpe de los remos el bote abría en él esos surcos luminosos que embelesan a la gente de los puertos.

¿Cómo se produjo la catástrofe? ¿Quién fue el responsable de la colisión?

De su viaje por los lugares de su itinerario, de regreso a Guaymas, había traspuesto la bocana y entrado en la bahía, al mando de Vicente Barcovitch, el vapor *Bernardo Reyes*. El bote de la *Baldur* se deslizaba en sentido contrario, por la misma ruta, y fue entonces cuando el barco que llegaba lo embistió con fuerza tal que lo hizo trizas. El instinto de conservación prestó alas a remeros y piloto, que de un salto se cogieron a la borda del vapor, mientras el pobre capitán, golpeado y magu-

llado, iba a caer en el agua, que se lo engullo. A las nueve y media de la mañana siguiente, no muy lejos de la orilla, el mar devolvió el cadáver cuyos huesos guarda el sarcófago severo, sin un recuerdo, ni una rama, ni una flor, no muy lejos de la puerta que da entrada al camposanto del Guaymas de aquel tiempo, el viejo Guaymas.

## INDICE

Presentación .....	7
Alfonso Iberri y <i>El viejo Guaymas</i> .....	11
I. El viejo Guaymas .....	17
II. La vida barata .....	19
III. La vida en el mar .....	21
IV. Los grandes barcos alemanes .....	24
V. La flota de la marina mercante de mayores proporciones que ha conocido México .....	27
VI. Las tiendas de ropa .....	29
VII. Los grandes almacenes .....	31
VIII. Carretadas de dinero .....	34
IX. El saco, prenda indispensable .....	36
X. Las tres muchachas más bellas .....	38
XI. La banda del regimiento .....	40
XII. Un antiguo cementerio .....	42
XIII. El cerro de la Cruz .....	44
XIV. La vida escolar .....	46
XV. Las escuelas oficiales .....	49
XVI. Guaymas da profesores .....	52
XVII. Los profesores Calleja y Reyes Párraga .....	55
XVIII. El desventurado fin de Chiapa .....	58
XIX. Una carta de Juan de Dios Peza, en verso .....	61
XX. Las Batuecas .....	66
XXI. Las casas de la loma .....	68
XXII. Siete noches de kermesse .....	70
XXIII. Una kermesse de siete noches .....	73
XXIV. Guaymas, ciudad cosmopolita .....	75
XXV. El entierro de un chino .....	78
XXVI. La vida teatral: Angela Peralta .....	80
XXVII. Zarzuelas y comedias .....	82
XXVIII. "El rey que rabió" y la compañía de Vigil y Robles .....	84
XXIX. El Hotel Almada convertido en teatro .....	87
XXX. El "Circo" de Salvini .....	89
XXXI. Las infamias de la leva .....	91

XXXII. Tipos célebres y pintorescos: "El Machete" . . . . .	93
XXXIII. "El Caballo" . . . . .	95
XXXIV. "El Coyoli" . . . . .	97
XXXV. Las fiestas patrias . . . . .	99
XXXVI. La cárcel nueva se inaugura con espléndido banquete . . . . .	102
XXXVII. Función teatral de guaymenses en Hermosillo . . . . .	104
XXXVIII. La crónica de las funciones . . . . .	107
XXXIX. El discurso del gobernador don Ramón Corral . . . . .	110
XL. El "Chapo" Crespo y Bretado . . . . .	112
XLI. Nápoles, el Niño y Tilo . . . . .	115
XLII. La muerte del aeronauta Charles Howard . . . . .	117
XLIII. . . . .	119
XLIV. La inauguración del mercado . . . . .	121
XLV. El álbum de Concha Hugues . . . . .	123
XLVI. . . . .	125
XLVII. El Prefecto del Distrito versifica también . . . . .	127
XLVIII. El vigía anuncia las naves que entran en el Golfo . . . . .	129
XLIX. Los grandes dramas del mar: el hundimiento del <i>Sonora</i> . . . . .	131
L. Una familia entera muere ahogada . . . . .	133
LI. Los Lorigos murieron de frío . . . . .	135
LII. Doña Elvira von Gündell . . . . .	137
LIII. La huerta de La Aurora . . . . .	139
LIV. Los tranvías de mulitas . . . . .	141
LV. Una casa de tres pisos enlutada por un fusilamiento . . . . .	143
LVI. Guaymenses en Los Angeles . . . . .	145
LVII. Cazando gazapos . . . . .	147
LVIII. Noviazgo y matrimonio del joven profesor que llegó a presidente . . . . .	149
LIX. ¡Se durmió la luna! . . . . .	151
LX. La compañía filarmónica de Guaymas . . . . .	153
LXI. La Sociedad "Amor al Arte" y sus grandiosos espectáculos . . . . .	156
LXII. El primer carnaval . . . . .	159
LXIII. Brillante desfile . . . . .	161
LXIV. Continuación y fin de la crónica . . . . .	164
LXV. En la plaza de armas . . . . .	167
LXVI. Noviazgo y matrimonio de la "Güera" Robinson . . . . .	169
LXVII. "Las muchachas" Valle . . . . .	171
LXVIII. Jesús Z. Moreno periodista, abogado y general . . . . .	173
LXIX. La venganza de María del Pilar . . . . .	175

LXX.	El día de San Juan .....	178
LXXI.	Los primeros circos .....	181
LXXII.	Cómo murió Refugio Atayde .....	183
LXXIII.	Los titeres, el Vale Coyote y las coplas de don Simón .....	185
LXIV.	Las fiestas del 3 de julio .....	187
LXXV.	Don Miguelito Campillo, poeta festivo .....	189
LXXVI.	Las serenatas .....	193
LXXVII.	La dramática muerte de Alberto Astiazarán .....	195
LXXVIII.	"El Doctor Ox" .....	198
LXXIX.	Alumnos de las escuelas públicas en 1888 .....	201
LXXX.	La visita del vicepresidente don Ramón Corral ....	204
LXXXI.	Continuación y fin de la crónica .....	207
LXXXII.	Una poesía del álbum conmemorativo de la visita .....	210
LXXXIII.	Las huertas de San José de Guaymas .....	214
LXXXIV.	El pescador Canivett .....	216
LXXXV.	La fiebre amarilla .....	218
LXXXVI.	La viruela .....	221
LXXXVII.	La peste bubónica .....	223
LXXXVIII.	El abastecimiento de agua potable .....	225
LXXXIX.	"¡Pobre rancherita!" .....	228
XC.	"El Chanía", "El Camorito", "Las Chinfonías" .....	231
XCI.	¡Pasajeros al tren! .....	234
XCII.	Los circos norteamericanos .....	236
XCIII.	Desfile de sombras .....	238
XCIV.	El combate de Mazocoba y el rescate del Padre Beltrán .....	240
XCV.	Médicos y medicinas .....	242
XCVI.	Farmacias y farmacéuticos .....	244
XCVII.	Guaymas se transforma .....	246
XCVIII.	El fusilamiento de John Taylor .....	248
XCIX.	Velada musical en la casa de don Víctor Salazar ....	250
C.	La tumba del capitán Bachmann y el fin de <i>El viejo Guaymas</i> .....	252



**Este libro se terminó de imprimir el  
día 26 de febrero de 1982 en Colofón  
Impresores S. A. de C. V.**

**Se tiraron 3,000 ejemplares.**



**Publicaciones del  
Gobierno del Estado  
de Sonora 1979-1985**